

A sepia-toned photograph of three young children walking away from the camera on a dirt path. The child on the left wears a light-colored long-sleeved shirt and dark pants. The middle child wears a striped long-sleeved shirt and shorts. The child on the right wears a patterned short-sleeved shirt and shorts. They are all holding hands. The background is a dense thicket of trees and foliage.

XLII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Elisenda Hernández Janés

CANCIÓN DE DESPEDIDA



Fundación José Manuel Lara

CUBIERTA

CANCIÓN DE DESPEDIDA

MAYO DE 2001

ISA

JULIO 2021

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

GLORIA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

ISA

GLORIA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

LUCÍA

GLORIA

ISA

CRÉDITOS

CANCIÓN DE DESPEDIDA

XLII PREMIO DE NOVELA FELIPE TRIGO

Elisenda Hernández Janés

**CANCIÓN
DE DESPEDIDA**

f)L Fundación José Manuel Lara

A mis amigas:
las que siguen aquí
y las que perdí por el camino

MAYO DE 2001

ISA

Andábamos aceleradas entre risas y conversaciones entrecortadas. Estábamos las cuatro: Gloria, Lucía, Marga y yo. Nos sentíamos libres y mayores, pero solo teníamos quince años. Los ojos nos brillaban, nuestras voces agitadas se perdían entre el rumor de los coches y el suave murmullo de la primavera. En pocos minutos íbamos a ver actuar a nuestro grupo favorito. Era nuestro primer concierto y la primera vez que atravesábamos juntas el bullicio nocturno de Barcelona. A la emoción inherente del evento se unía la excitación de lo furtivo: era un día laborable y nuestros padres no conocían nuestros planes. Nadie más que nosotras sabía que, un mes atrás, habíamos comprado las entradas en una tienda de la calle Tallers y las habíamos escondido como un tesoro. Tampoco que habíamos conseguido carnets de conocidas o hermanas mayores, ni que llevábamos exaltadas toda la semana ante la inminencia del concierto.

Bajábamos por las Ramblas del brazo. Había refrescado y el aire de la calle arrastraba promesas de lluvia. La primera penumbra del anochecer acariciaba la ciudad y encendía las farolas a su paso. Yo era la que estaba más nerviosa: nunca hasta entonces había mentido en casa. El sentimiento de culpabilidad se confundía con el miedo a ser cazada, pero pesaba más la ilusión de ver a Unfocused en directo y compartir la experiencia con mis amigas. Me sentía feliz de formar parte de ese risueño cuarteto que reía y cantaba canciones por la calle, yo, que siempre había sido una persona callada y aburrida, que nunca había tenido un grupo de amigas, que pasaba los fines de semana haciendo puzzles y leyendo libros.

Gloria y Marga estaban eufóricas. Ellas eran las fans número uno del grupo, los habían seguido desde sus inicios y habían convencido a las demás para ir a verlos esa noche. Gloria no había tenido que mantener su plan en secreto, como yo, sino que había encontrado una aliada en su hermana mayor, que estaba al tanto y tenía instrucciones de disuadir a sus padres en caso de que se les ocurriera intentar contactarla en casa de Lucía. Marga no tenía que preocuparse demasiado en ese sentido, ya que su padre estaba fuera en un congreso y su madre andaba siempre demasiado agotada como para emplear fuerzas en desconfiar de ella.

Lucía sonreía satisfecha bajo las luces nocturnas como si la ciudad le perteneciera. Ella era pieza clave en la logística de la operación y disfrutaba de su papel indispensable. La coartada de todas era una fiesta de pijamas en su casa: pedir unas pizzas, ver películas, charlar de nuestras cosas. Tampoco ella había tenido que sortear obstáculos

domésticos: esa semana le tocaba dormir en casa de su padre y él nunca le pedía explicaciones por nada. No solo le permitía hacer lo que le daba la gana, sino que daba por supuesto que los padres de sus amigas eran como él. Nos lo habíamos cruzado en el portal y se había despedido de nosotras, sonriente: «¡Que vaya bien el concierto!».

Lucía solo conocía un par de canciones del último disco de Unfocused, por lo que no podía participar en la conversación capitaneada por Gloria acerca de si tocarían tal o cual tema. Normalmente le gustaba llevar la voz cantante, pero no parecía que le importara no hacerlo esa vez. Daba la impresión de que oía nuestras exaltaciones desde un cierto paternalismo, como si de alguna manera ella estuviera por encima de nuestro infantil entusiasmo. Al fin y al cabo, Lucía ya había salido por la noche con su hermanastro y sus amigos, y lo que era nuevo para nosotras no lo era para ella.

Cayeron cuatro gotas y una repentina ventolera azuzó las hojas de los árboles. Gloria maldijo improperios, no había invertido más de una hora en plancharse el pelo para que ahora se pusiera a llover. Posó la mano sobre su cabeza para comprobar si se le había encrespado. Como no le quedó claro, se dirigió hacia mí y me preguntó:

–¿Pelitos? –era el término que utilizaba para referirse a esos molestos pelos que se levantaban con la humedad.

–No, nada.

–Solo aquí atrás, un poco –dijo Lucía.

–Mierda. ¿En serio?

–Pero muy poco –dijo Marga, y recorrió la zona con la mano para chafar un par de pelos.

Un piropo exaltado nos sobresaltó, alzamos la vista y vimos a tres chicos que nos miraban con descaro. Yo bajé la vista, muy incómoda. Gloria y Marga emitieron una risita nerviosa. Lucía fue la única que les sostuvo la mirada con ademán desafiante.

–¡Esa morena con ojos de gata! –dijeron.

Nos reímos. Lucía se giró hacia ellos y, simulando una garra con la mano, chilló:

–¡Miaau!

Envalentonados por su gesto, los chicos se pusieron a andar detrás de nosotras mientras nos lanzaban preguntas desde la distancia: ¿Cómo os llamáis? ¿A dónde vais? ¿Queréis compañía?

–Mierda –aceleré el paso–. Ahora creen que tenemos interés.

Gloria y Marga también lo hicieron. Lucía fue la única que siguió con su ritmo de antes y a los pocos segundos fue alcanzada por los chicos, con los que se puso a conversar animadamente.

–¿Estudias o trabajas? –le preguntaron.

–Trabajamos. Somos actrices de culebrones. Nos llamamos Cristal, Topacio, Rubí y Abigaíl.

Tras el desconcierto inicial, uno de ellos, el que parecía más despierto, le contestó:

–Mira qué bien. Nosotros somos Carlos Alfredo, Macuto y Tegucigalpo.

–Ese último te lo has inventado.

Se pusieron a coquetear. Los otros dos amigos se adelantaron para intentar algo con nosotras, pero al ver que no estábamos por la labor perdieron interés. El chico de Lucía acabó acompañándonos hasta Plaza Real e hizo ademán de comprar la entrada para el concierto. Gloria presenció ese gesto y, horrorizada, le hizo una señal a Lucía para que se acercara hacia donde estábamos.

–No me digas que este tío se nos acopla. Lucía, joder, que es nuestro primer concierto. Que hemos esperado este momento desde hace tiempo. Para disfrutarlo nosotras, las cuatro.

A Marga y a mí tampoco nos apetecía que ese chico se nos uniera, pero no nos atrevimos a expresarlo tan abiertamente.

–Ay Gloria, no seas así –dijo Lucía–. Pero sí seguro que te cae bien. Si es majísimo.

–Seguro que me cae de coña, pero esta es nuestra noche, nos la hemos jugado para estar aquí todas. Y este tío no sabe quiénes son Unfocused ni nada.

–¿Y tú qué sabes?

Solo había una cosa que podía llevar a Gloria a superar su timidez con los extraños: su mal humor. Le hizo un gesto al chico para que se acercara.

–¿Tú también eres fan de Unfocused, entonces? –le preguntó.

–Qué va, no los conozco de nada.

–¿Y qué música te gusta?

–Pues de todo. Me gusta todo. Escucho mucho la radio, los 40 Principales sobre todo.

Gloria le dirigió a Lucía una sonrisita de satisfacción. Se creó una situación incómoda en la que nos quedamos los cinco en corro, sin hablar. A nuestro alrededor, la gente iba entrando en el Sidecar.

–Están pidiendo carnets –murmuré preocupada.

El chico, que empezaba a darse cuenta de que no era bienvenido en el grupo, decidió batirse en retirada.

–Yo me voy, que aquí no pinto nada. Lucía, encantado de conocerte. Que lo pases bien esta noche. Cuidado con lo que bebes. Y no hables con extraños –le guiñó un ojo y se fue en dirección a las Ramblas.

Le observamos alejarse. No era feo, pero tampoco guapo. Tenía una buena planta, eso sí: muy alto y delgado.

–Tiene un culote mono, ¿no? –Marga trató de destensar la situación.

–Demasiado flacucho para mí –dijo Lucía, repentinamente airada–. ¿Entramos?

Nos pusimos en la cola. Los corazones nos latían con fuerza mientras repasábamos para nuestros adentros la documentación que nos había sido adjudicada. Gloria llevaba el carnet de identidad de su hermana y el resto llevábamos pasaportes de amigas suyas. El seguridad dejó pasar a Lucía, Gloria y Marga, pero se detuvo en mí.

–Carnet.

Busqué en el bolso con nerviosismo y le entregué el pasaporte de una amiga de la hermana de Gloria.

–Si tú tienes 18 años yo soy la madre Teresa de Calcuta. Lo siento, guapa, pero no entras.

Miré a mis amigas con terror. Ellas intentaron razonar con el segurata: era yo, solo que aparentaba menos. Siempre había sido muy infantil para mi edad. Que me preguntara los datos del pasaporte, ya vería cómo no mentía. Cuando vieron que eso no funcionaba, cambiaron de táctica: por favor, era nuestro grupo favorito, llevábamos meses esperando ese concierto, ni siquiera íbamos a beber alcohol. No solo no conseguimos que el segurata se ablandara sino todo lo contrario: amenazó con echarnos a todas si no desaparecíamos de su vista.

Nos apartamos un poco para debatir la situación.

–¿Qué hacemos? –dijo Marga–. No podemos dejar a Isa aquí sola.

–Qué mierda, joder. Qué hacemos. ¿Qué podemos hacer?

Gloria refunfuñaba. Sabía que lo decente era no entrar y que se vinieran todas conmigo, pero llevaba demasiado tiempo esperando ese concierto, por favor, teníamos que entenderlo. Se trataba de Unfocused, su grupo favorito de siempre. Tuvo una idea: ¿Y si me acompañaban a coger un taxi y Lucía me daba las llaves de su casa?

–Tengo una idea mejor –dijo Lucía–. Voy a conseguir que entres, pero tenemos que esperar un poco. Tienes reloj, ¿no?, perfecto. Desaparece de aquí y vuelve dentro de un cuarto de hora. Tú no te preocupes. Yo me encargo.

–No sé, Lucía, ¿estás segura? ¿No sería mejor que me fuera a tu casa?

–Confía en mí. Nos vemos aquí en un cuarto de hora.

Seguí sus instrucciones mientras las demás entraban en el Sidecar. Lo sucedido entonces me fue relatado con todo lujo de detalles al día siguiente a la hora del patio, cuando todavía nos estábamos recuperando de la excitación de la víspera. Una vez dentro de la sala, Lucía las había instado a buscar un buen sitio junto al escenario y les aseguró que volvería conmigo en unos minutos. Obedientes, ellas trataron de colocarse en la zona indicada, pero el local estaba abarrotado y era complicado avanzar entre los grupos de amigos que charlaban, cantaban consignas de conciertos y brindaban con sus cervezas. Además, resultaba embarazoso adelantar a esa gente que estaba allí desde antes de que llegaran ellas, que llevaban camisetas del grupo y que encima les sacaban diez años. Marga no lo veía claro: ¿y si se quedaban un poco más atrás? Gloria estuvo a punto de ceder, pero luego se armó de valor y, como el que se enfrenta a la selva con un machete, avanzó implacable hasta encontrar un hueco estratégico en la zona deseada.

Gloria y Marga se miraron con los ojos brillantes por el revoltijo de emociones: la escapada, los nervios por lo mío, la despiadada incursión en esa jungla de gritos y brazos peludos. Entonces, se apagaron las luces y unas familiares sombras salieron al escenario. Gloria emitió un chillido agudo que jamás había oído hasta entonces: un estallido de euforia que nació en su estómago y se fundió con los otros vítores y alegres

gritos de su entorno. Marga le sujetó muy fuerte del brazo y chilló también. En la penumbra reconocieron a Tom, el batería, luego a Kate, la bajista, a Mark, el guitarrista solista, y finalmente a Glenn Dakota, el cantante y guitarrista de acompañamiento. ¡Allí estaban, los tenían allí mismo!

Sonó el primer acorde de una canción antigua que no todo el mundo reconoció, pero que Marga y Gloria se lanzaron a cantar entregadísimas. Cuando aparecimos Lucía y yo, en el momento de los aplausos, nos abrazaron como si lleváramos siglos sin vernos.

–¡Pero cómo coño lo habéis hecho! ¡Lo habéis logrado! ¡Sois las mejores, las mejores! –chillaban entre risas y abrazos.

Sentíamos en nuestro interior una alegría que se nos desbordaba, una euforia salvaje al haber conseguido lo imposible.

Más tarde les explicaríamos que Lucía había simulado un robo y había obligado a la seguridad a ir tras un imaginario ladrón. Que, siguiendo sus indicaciones, yo había aprovechado para entrar en el Sidecar y me había encerrado en el lavabo hasta que ella había venido en mi busca. Que, una vez reunidas en el baño, nos habíamos abrazado exultantes y nos habíamos puesto a bailar al ritmo de una música imaginaria. Que Lucía me había instado a soltarme el pelo y a pintarme los labios para no ser reconocida por la seguridad en caso de que me cruzara con él. Esos detalles se los daríamos después, en el camino de vuelta a casa, con nuestras voces excitadas y afónicas retumbando en la noche por encima de un profuso aguacero primaveral, desafiando esa extraña lejanía auditiva que envolvía los sonidos después de un concierto. En ese momento solo saltamos, nos abrazamos, intercambiamos frases que el ruido y nuestra propia excitación nos impidieron acabar de entender y que quedaron interrumpidas por el característico inicio de «Inside Your Eyes», uno de los grandes éxitos del grupo. Todo el mundo reconoció la canción, que fue acogida con generalizado entusiasmo. Nos miramos emocionadas, nos abrazamos formando un corro. Y mientras la voz de Glenn Dakota nos cantaba sobre el amor, ese amor que a los quince años era un anhelo poderoso e idealizado, nos sentimos invencibles, capaces de todo. No siempre era así: en nuestras rutinas adolescentes había también lugar para las melancolías. Yo a menudo me sentía sola, con mis padres tan estrictos y una naturaleza introvertida que me dificultaba abrirme a los demás. A Gloria no le gustaba la imagen que le devolvía el espejo. Marga estaba enamorada de un chico que no le hacía caso. Y por mucho que presumiera de poder hacer siempre lo que le daba la gana, sospechaba que a Lucía le habría gustado tener unos padres que la pusieran a ella en el centro como hacían los nuestros. Pero en ese momento las penas parecían muy lejanas y el futuro era una feliz promesa en el horizonte que íbamos a descubrir juntas, unidas por un vínculo que por entonces creíamos que jamás se rompería. La primavera terminaría y más tarde llegaría el verano, y el otoño, y tras el invierno, los atardeceres de lluvia de una nueva primavera. Los días se sucederían sin tregua y nuevas gentes llegarían a nuestras vidas, pero de algo estábamos convencidas: por mucho tiempo que pasara, nosotras seríamos amigas para siempre.

JULIO 2021

ISA

De vez en cuando pensaba en Marga, en su contagiosa risa desde el pupitre de al lado, en las chiribitas de sus ojos en las noches de fiesta. Qué jóvenes éramos, qué llenas de energía e ilusiones. Por entonces parecía que la vida iba a ser siempre así: un suceder de atardeceres claros, brisas suaves y cielos estrellados. Por mucho que cada una de nosotras tuviera sus dramas particulares, por mucho que en algún momento de la noche, Marga torciera el gesto y se echara a llorar porque tal chico había dejado de llamarla. Las primeras veces empatizábamos con la causa y tratábamos de animarla:

–Ese tío es un imbécil –decíamos–. Ese idiota no te merece.

Pero a medida que se repetían los episodios de llanto descontrolado, aprendimos a relativizarlos y a relacionarlos con su verdadera causa: el particular efecto que tenían en ella los efluvios etílicos a determinada hora de la madrugada. Qué difícil era hacerla remontar a partir de ese momento. Cuántos trayectos de vuelta a casa empañados con sus lágrimas y balbuceos.

Marga siempre fue impulsiva, irracional, un punto excéntrica. Cuando desapareció de nuestras vidas, poco después de cumplir 24 años, pasamos meses tratando de localizarla. Jamás contestó a ninguna de nuestras llamadas. Todos nuestros *emails* y mensajes quedaron sin responder. Contactamos con sus amigos de trabajo, con conocidos en común: nadie sabía nada. Hasta que, preocupadas por su paradero, la buscamos en casa de sus padres. Nos abrió la puerta su madre, con la que hasta entonces habíamos tenido buena relación pero que esa tarde nos recibió con frialdad. Como si no nos reconociera, o aún peor, como si nos responsabilizara de alguna afrenta que desconocíamos. La mujer se mostró tan arisca como contundente: Marga estaba perfectamente, pero no quería ser encontrada. Que dejáramos de buscarla y nos olvidáramos de ella. Nos cerró la puerta en las narices, literalmente.

Tras el impacto inicial yo reaccioné con tristeza, viendo en esa puerta que se cerraba el inevitable final de una etapa. Gloria con enfado: ¿Cómo se atrevía esa señora a darnos semejante trato tras las múltiples ocasiones en las que le habíamos sacado a su hija las castañas del fuego? Lucía, con esa incredulidad irónica con la que se tomaba los desplantes.

–No me extraña que a Marga le falte un tornillo, con esa madre. ¿Habéis visto qué zapatillas? Madre del amor hermoso. Ya volverá cuando nos eche de menos.

Pero los años se sucedieron y jamás volvimos a saber de ella. Y como la pintura que se desgasta con el paso del tiempo, su recuerdo perdió también matices y luminosidad. Poco a poco, Marga dejó de ser un tema recurrente en nuestros encuentros para convertirse en una lejana evocación de esos tiempos que no volverían. Gloria fue quien peor lo pasó con todo aquello. Era quien más unida había estado a ella y quien más la echó de menos. Pero acabó superándolo, o eso creímos entonces. Acabamos las carreras, entramos en el mundo laboral, yo me casé, Gloria tuvo hijos, Lucía viajó por los rincones del mundo. Los espejos empezaron a devolvernos arrugas alrededor de los ojos. Hasta que once años después de su desaparición, Gloria se presentó con un plan descabellado: había localizado a Marga a través de una agencia de detectives y quería que fuéramos a su encuentro.

GLORIA

Me miraron como si estuviera loca, como si estuviera como una puta cabra, como si se me hubiera ido la cabeza por completo; qué bueno, que en realidad las entiendo, que supongo que es normal que no esperaran que más de diez años después yo siguiera erre que erre con ese tema, pero es que, joder, todavía no puedo entender qué pasó. Es que Marga desapareció de nuestras vidas sin darnos ni una mísera explicación, sin ni siquiera una llamada o una palabra de despedida, es que ya le vale, en serio, que lo pienso y todavía me pongo de mal humor. Y me fastidia, porque sigo echándola de menos, echo de menos esas llamadas sin motivo solo para hablar de cualquier chorrada, esas quedadas improvisadas para pasear o ver alguna peli, esas noches que empezaban con un «¿quedamos para tomar algo?» y acababan de madrugada en el Karma y más tarde en el Papillón. Todavía me río sola a veces, recordando ese fin de año en el que le arrancaron el bolso en la calle Robadors y tras soltar una lagrimita asustada, decidió que lo mejor era seguir con la fiesta y ya ir a comisaría a hacer la denuncia una vez hubieran cerrado el New York, o cuando la profesora de filosofía nos vio riendo en clase y nos dijo: «A ver, qué pasa, yo también quiero reírme de la filosofía», y nos entró un ataque de risa espantoso, las dos rojas y llorando, incapaces de parar, y la profe nos echó fuera de malas maneras, y nuestro ataque de risa se acrecentó en el pasillo hasta el punto de que casi no podíamos ni respirar. O cuando la de historia me pilló en la agenda la nota que me había escrito Marga simulando ser la profesora de francés: «Glogia no se compogta bien en clase, se tiga pedos todo el gato y dice pogquerías, su compogtamiento no es nogmal, el otgo día intengtó magsturbag a Gafael y no me pagece apgopiado paga una niña de su edag andag pog allí hasiendo pajas». Recuerdo incluso con una sonrisa las cosas que en su momento me fastidiaron: como cuando se presentó como una cuba una de las primeras noches que quedé con la gente de la universidad y no pude salir de fiesta con ellos, sino que tuve que arrastrarla hasta mi casa porque no se aguantaba en pie, o la de cuando en el colegio decidimos escabullirnos de la hora de la comida porque servían la hamburguesa esa asquerosa que nos daba arcadas, y al final de la jornada, cuando ya nos íbamos a casa victoriosas con nuestra travesura sin descubrir, decidió unilateralmente chivarse a una monja de lo que habíamos hecho con la esperanza de que le diera un trozo de pan, alegando que estaba desfallecida y que se iba a desmayar. Que histérica y exagerada podía llegar a ser a veces.

Mi amigo Iván del curro me dio la idea; antes de entrar en Musicalia, había trabajado como administrativo en una agencia de detectives y siempre me contaba historias divertidas al respecto, me habló de precios y servicios, e incluso me ofreció ponerme en contacto con una antigua compañera suya para hablar sin compromiso. Yo acababa de cobrar un generoso bonus por colocar la canción de un desconocido grupo húngaro en una multimillonaria campaña de helados, me apunté un tanto gordo en la empresa y tenía un dinero inesperado con el que no contaba, fue un impulso, una decisión irracional y a lo mejor un poco enloquecida, no voy a negarlo, pero me pareció maravilloso poder soltar pasta y resolver de una vez por todas aquel interrogante que llevaba tanto tiempo obsesionándome. Tenéis que entender que Marga era mi mejor amiga y que cuando tu mejor amiga desaparece de un día para otro sin una explicación y su madre te dice que está bien, que lo que pasa es que no quiere verte, pues la cosa fastidia, qué quieres que te diga. El caso es que pagué y me dijeron lo que quería saber: que Marga vivía en Tenerife, que llevaba tres años trabajando como administradora de fincas, que su casa estaba en Bajamar, un pueblecito al lado de la costa, pero que ella trabajaba en Santa Cruz, a media hora en coche, que su pareja era profesor de surf y que tenían un hijo que iba a un colegio de la zona. Fue muy fuerte ver la vida de Marga resumida en ese informe elaborado por extraños, una vida entera mantenida en secreto y revelada a cambio de dinero; Isa y Lucía tampoco lo podían creer, me miraron con los ojos como platos y me dijeron, tú estás loca, tú estás como una puta cabra.

LUCÍA

«No me parece buena idea», lo dije desde el principio. «¿Qué sentido tiene perseguir a alguien que no quiere saber nada de nosotras?». Gloria insistió: «Necesito ponerle un cierre a mi pasado. Merezco una explicación o, como mínimo, una despedida». Es difícil de entender que siga encallada en esa historia después de tanto tiempo. Madre de dos hijos. Recién ascendida en su trabajo. Con una vida tan diferente a la que llevaba entonces, ¿y todavía empeñada en mirar atrás? Marga se largó, fue una pena, ¡pero supéralo ya, hija mía!

Acepté el viaje porque no tenía ningún otro plan. El carpintero quería llevarme a Sintra a conocer a su familia, lo que me daba una pereza monumental. ¿Qué se me había perdido a mí en Portugal compartiendo lavabo con sus padres y hermanas? Qué poco me conoce para proponerme un plan así. Unos amigos me habían propuesto ir a Tailandia en septiembre, pero ese era un mes de mucho trabajo en la agencia y no podía irme de vacaciones entonces. La escapada a Londres con las del coro la habíamos cancelado porque Inglaterra había impuesto una cuarentena de catorce días para viajes desde España. Así que, ¿por qué no una escapadita a Tenerife con mis amigas de siempre? Aunque tenía mis recelos. Quiero mucho a Gloria y a Isa, pero la vida nos ha llevado a cada una por nuestro lado. Buscamos cosas diferentes. A mis 35 años, siento la necesidad de exprimir al máximo estos últimos coletazos de juventud. Cada vez tolero peor que las conversaciones giren en torno a cólicos infantiles o papillas de legumbres. Lo siento, pero no me interesa y no estoy en disposición de fingir que lo hace. Tal vez sea una falta de consideración, ¿pero acaso no lo es monopolizar la conversación hablando de pañales, babas y llantos nocturnos? Hablo en plural, pero en realidad me refiero a Gloria. Isa se limita a escuchar y a opinar de vez en cuando. Ella no es madre, pero es tan dócil que escucharía a quien fuera con tal de no hacerle un feo. Yo no soy así y estos asuntos me deprimen, no puedo evitarlo. No es el monopolio del pañal lo único que temo. También sus sonrisitas cuando me insinúe a quien sea o me vaya a pillar hachís en Tenerife. ¿Pero acaso no tengo derecho a disfrutar de mis vacaciones como me venga en gana?

ISA

Me avergonzaba reconocerlo, pero pensar en el viaje me sumía en una inquietante sensación. Me había acostumbrado a dormir en mi lado de la cama, con mi novela y mi vaso de agua en la mesita de noche, con la respiración tranquila de Carlos al lado velando mi sueño. A desayunar con un libro, sin más trasiego que el murmullo de la cafetera y el golpe seco de la tostadora al expulsar las tostadas, sin hablar con nadie, en absoluto silencio. A ducharme sin prisas, disfrutando del agua demasiado caliente sobre mi piel enrojecida. A recorrerla ceremonialmente con la esponja empapada de jabón y salir solo cuando el cuarto de baño era una nube de vapor que me mantenía caliente incluso en pleno invierno. En definitiva, a pequeñas rutinas domésticas que creía decisivas para mi bienestar y de las que me resultaba todo un sacrificio prescindir. Ya no era esa veinteañera que se amoldaba a compartir habitación con desconocidos en albergues de ciudades extranjeras o a sentarse a comer en chiringuitos de salubridad cuestionable. Y no es que entonces fuera una persona aventurera, no lo era en absoluto, pero tenía cierta flexibilidad que se había esfumado con el paso del tiempo.

Siempre me he considerado una persona prudente, discreta, aburrida. Estos dos últimos años de pandemia habían acentuado mi naturaleza hogareña hasta convertirme prácticamente en una ermitaña. Iba de la universidad a casa y de casa a la universidad sin más interacción que la que tenía con mis alumnos, con Carlos, con mi familia o con la cajera del súper. Vivía con el terror constante de contagiarle el virus a mis padres. Veía en el claustro a profesores y alumnos charlando con la mascarilla bajada y crecía en mí una inquina insólita y profunda. Empecé a rehuir el contacto humano y a cogerles manía a los estudiantes que me abordaban tras las clases con sus opiniones y preguntas. Algunos se me acercaban mucho al hablar, como aquel niño que me cuestionaba en clase y me miraba por los pasillos con unos ojos que me atravesaban como una lanza.

Incluso tras las dos dosis de la vacuna, me inquietaba la perspectiva de encerrarme cuatro horas en un avión lleno de desconocidos en esos tiempos en que las nuevas variantes del virus hacían estallar rebrotes una semana sí y otra también.

Desconfiaba, además, de la manera en que Gloria estaba gestionando su protección. Me constaba que su madre seguía cuidando de sus hijos aun cuando su clase había sido puesta en cuarentena por el positivo de una profesora. Que su marido todavía no se había vacunado ni tenía intención de hacerlo. Que la misma Gloria despotricaba con

frecuencia de las medidas de seguridad y se comportaba como si esta historia del coronavirus no fuera con ella.

Había otra razón que me hacía dudar de si emprender o no ese viaje: el dolor. Las molestias menstruales que había sufrido durante toda mi vida habían adoptado una fiereza preocupante en los últimos años. Me habían diagnosticado endometriosis, una enfermedad crónica que afecta a una de cada diez mujeres, de la que no se conoce la causa ni el remedio. Sucede cuando la mucosa que recubre el interior del útero crece en otras zonas del cuerpo provocando adherencias entre los órganos y la aparición de quistes. Como todas las enfermedades, puede presentar diversos grados en función de su gravedad. La mía era una endometriosis profunda que se había expandido hasta los ovarios y el músculo uterino. A la tortura de las reglas se fueron sumando periodos de ovulación igual o más dolorosos. El cómputo de días en los que me encontraba mal fue en aumento, lo que tuvo un pernicioso efecto en mi estado de ánimo que acentuó la reclusión doméstica. En ocasiones los antiinflamatorios me ayudaban a mantener a raya el dolor, pero a menudo este era tan intenso que la química era insuficiente para combatirlos. Carlos se responsabilizaba de todas las labores domésticas durante esos días, me preparaba infusiones de hinojo y me bajaba del altillo la esterilla eléctrica para que me la pusiera en la barriga. También se mostraba comprensivo con la limitación de nuestra vida sexual, reducida a las fechas convenientes y a la única postura que no me dolía. Aun así yo me sentía fatal cuando no era capaz de reír sus bromas ni corresponder sus besos porque tenía atravesada una garra en los ovarios que me impedía hacer otra cosa que no fuera quedarme anclada en el sofá rezando para que el dolor me diera una tregua.

Tenía un miedo atroz a que uno de esos episodios me asaltara lejos del confort de mi casa y la comprensión de mi pareja. No me tocaba la regla para esas fechas, pero las dos últimas jornadas del viaje coincidían con los primeros días de la ovulación.

Carlos creía que esa escapada podía hacerme bien, actuar como una especie de bálsamo reconstituyente que me alejara de mis dolores y mis miedos. A él siempre le habían divertido las batallitas de esos otros tiempos más agitados, y conocía el efecto rejuvenecedor que mis amigas provocaban en mí. Yo no lo tenía tan claro, pero transcurrieron los días y la inacción acabó por abocarme a emprender ese viaje por el que no estaba especialmente ilusionada. Así es como me sorprende actuando a menudo: siempre con dudas, nunca por convicción, navegando en incolora tierra de nadie. Eternamente indecisa, eternamente cobarde, aceptando los acontecimientos vitales por inercia, por el mero hecho de que han llegado de esa manera.

GLORIA

Yo lo monté todo, absolutamente todo: cogí los vuelos, reservé los hoteles, alquilé el coche para movernos por allí, tracé las rutas, creé el grupo de WhatsApp «Expedición Tenerife» en el que compartí toda la información, pero en el que no hablaba nadie más que yo; la verdad, empezaba a ponerme de mala hostia ese pasotismo generalizado. A mí me hacía mucha ilusión escaparnos las tres como en los viejos tiempos, pero ellas se comportaban como si ese viaje fuera una carga más que un aliciente, como si ni siquiera guardaran tan buen recuerdo de los viajes pasados, plagados de anécdotas: cuando en Ámsterdam conocimos a unos frikis obsesionados con el mago Tamariz o cuando en Londres hicimos un simpa en un restaurante en el que nos habían tratado fatal y un tipo enorme que creíamos que era del restaurante y que se parecía a Bunbury empezó a perseguirnos, y nosotras venga a correr y correr hasta que no pudimos más, y resultó que a Isa se le había caído el billeteo al suelo y que el pobre hombre solo trataba de devolvérselo.

Ya lo tenía todo preparado: lunes y martes mis padres irían a buscar a los niños al casal, miércoles y jueves iría David y viernes irían mis suegros. A David no le hacía gracia todo aquello, y mira que no le había explicado lo del detective, que entonces me habría montado la de Dios es Cristo y lo peor es que por una vez habría tenido algo de razón, que con lo justos que íbamos de pasta en casa era lamentable que me hubiera gastado ese dineral en encontrar a Marga. Decía que ya éramos mayorcitas para viajes de ese tipo y que le dejaba empantanado con mil mierdas para irme de cachondeo, parecía haber olvidado el largo año que me pasé amamantando a Joan mientras él se iba al Plataforma con sus amigos, unos cuarentones en el Plataforma con todas las quinceañeras y uno de ellos con la mujer en casa amamantando a su hijo, qué espectáculo más lamentable. Y todas esas noches en que bajaba al Sotavent a ver el partido y yo sola tenía que encargarme de los baños y las cenas, y sus tres horas semanales de entreno que eran sagradas e intocables mientras que cuando yo me apunté a hipopresivos para recuperar la figura tras el parto, tuve que remover cielo y tierra y pedirle favores a todo el mundo porque decía que le era imposible salir antes del trabajo. La tuvimos muy gorda ese día, es que es muy egoísta a veces, en serio, pero paro ya de hablar de este tema, que me malhumora y me entristece mucho pensarlo.

Necesitaba escapar de todo unos días. Llevaba un tiempo a tope en el trabajo, con mal rollo en casa, sin poder dormir porque había un crío imbécil llamado Nicolás que le

hacía la vida imposible a Joan en el casal, un asqueroso que ya le había puteado en el colegio y que ahora le estaba arruinando también las vacaciones. En el cole le llamaba mariquita porque era malo en fútbol y bueno haciendo dibujos, le daba collejas y varias veces le había bajado los pantalones en medio de la clase. Me había enfrentado a su madre en diversas ocasiones y la tía se disculpaba y decía que no volvería a repetirse, pero al día siguiente el malnacido de su hijo atacaba de nuevo; había hablado con la profesora, que se puso del rollo no dude que tomaremos las medidas pertinentes, bla, bla, pero a Joan siguieron dándole collejas y llamándole maricón en clase. Desesperada, le pedí a David que me acompañara al colegio para presionar a la directora, pero me salió con que si eso eran cosas de chiquillos y con que nadie quería ser amigo del típico niño que le lloraba a sus padres por cualquier chorrada.

Cuando Joan se enteró de que Nicolás también iría al casal de verano estalló en llanto desconsolado y me suplicó que lo desapuntáramos, me juró que se quedaría en casa tranquilo sin molestar, que después de ese curso horrible por favor no lo obligáramos a sufrir también en verano. Dios, fue espantoso. No sabía qué hacer. Acabábamos de soltar una pasta inhumana por ese casal y no podíamos tener al niño suelto por casa todo el mes en que tanto David como yo trabajábamos a jornada completa; además, no podía permitir que un niño asqueroso tuviera tanto poder en nuestra casa como para joder nuestros planes. Le prometí que las cosas cambiarían, que hablaría con la gente del casal para asegurarme de que Nicolás le dejaba en paz, y así lo hice: fui a ver a las dos *hippies* que organizaban el tinglado y las puse en antecedentes. Me sonrieron y me dijeron que no me preocupara, que eso no era como un cole, que allí los niños estaban en feliz armonía, que eran una gran familia y que nadie se metía con nadie. Les dije que un matón seguía siéndolo por mucho que su entorno fuera de feliz armonía y que por favor se encargaran de vigilar a ese demonio de Nicolás para que no se metiera con mi hijo, y ellas me aseguraron que nadie se metería con Joan, pero que debía entender que todos los niños lidiaban con sus propios problemas y que ninguno de ellos era un demonio aunque se portara mal. Me mordí la lengua porque quería tener la fiesta en paz, pero me despedí intranquila sin tener nada claro que ese par de pánfilas fueran a proteger a mi hijo, y mis sospechas fueron confirmadas el primer día cuando, a la salida del casal, Joan apareció lloroso y apenas abrió la boca de camino al coche. Al principio no quiso contarme nada, pero finalmente logré sonsacarle: Nicolás le había colgado un cartel con la palabra «maricón» en la espalda con el que se había estado paseando por el patio durante un buen rato ante el recochineo generalizado, y al despedirse le había dicho que al día siguiente en la piscina se iba a enterar, que le iba a bajar el traje de baño delante de todos y que más le valía que supiera nadar rápido porque cuando le alcanzara le ahogaría. El corazón se me aceleró tanto al escuchar eso que de verdad pensé que me daba un infarto. Hijo de la grandísima puta, malnacido de mierda, ese anormal del culo iba a enterarse de lo que valía un peine. Le di un beso en la frente a Joan, le dije que esperara en el coche con Sofía y fui a la zona de la fuente donde

hacía unos minutos había visto al mierdas de Nicolás dándole patadas a un balón a la espera, supuse, de que la desgraciada de su madre fuera a recogerle. Tuve que contenerme para no propinarle un guantazo allí mismo, respiré hondo pero no sirvió de nada y roja de rabia, antes incluso de llegar frente a él, le solté: «Tu eres un mierdas, niño». El niño me miró con un amago de sonrisa desconcertada en su rostro blando de imbécil; entonces, sin ni siquiera pensar en lo que decía, añadí: «¿Tú te llamas Nicolás o Mierdolás? Deberías llamarte Mierdolás porque eso es lo que eres, un mierdas». El niño primero se quedó serio y luego esbozó una sonrisa burlona; entonces me di cuenta de que con esa clase de alimaña había que ir más allá, que no era suficiente con perder los nervios, que había que ser más sibilina, más calculadora y mucho, mucho más cruel. Respiré hondo de nuevo, esta vez un par de veces, me acerqué más y me agaché para estar a su altura. «¿Sabes que, Mierdolás? Mi hermano es policía. Y guarda una pistola en casa. ¿Sabes qué voy a hacer si vuelves a molestar a mi hijo? Cogeré la pistola e iré a tu casa. Te apuntaré en la frente y te mataré».

Oía mi voz lejana como si fuera la de otra persona, no podía creer lo que estaba haciendo, me había convertido en una desequilibrada mental que amenazaba de muerte a niños de siete años. «¿Lo has entendido?», le pregunté antes de irme, el niño no dijo nada. Lo repetí más fuerte: «¿Lo has entendido?», y el niño esbozó un débil: «Sí». «Bien. Recuérdalo mañana en la piscina y en cualquier otro momento que tengas la tentación de meterte con Joan. No le mires. No le hables. Déjale tranquilo. Si no, ipum!», hice el gesto de la pistola y le apunté en la cabeza.

Aquello fue demasiado, esa noche no pegué ojo recordando ese gesto final que le había hecho con la mano, no se me quitaba de la cabeza, me veía a mí misma desde fuera, como la madre desquiciada de una película, pero no podía permitir que mi Joan, el niño con el mejor corazón del mundo, que era bueno por dentro, que no estaba corrompido por la vida, que era sensible, vulnerable y maravilloso, sufriera por culpa de ese desgraciado. Que un niño cruel le hiciera sentir acomplexado por su naturaleza delicada y única, que incluso pudiera llegar a hacerle sentir avergonzado de su propia sexualidad, en caso de que Joan fuera homosexual, que desde luego era pronto para saberlo. Yo no tenía la culpa de que sus padres fueran retrasados y los profesores unos incompetentes, no podía quedarme de brazos cruzados y contemplar cómo a mi hijo le creaban un trauma de por vida.

Pero los malos pensamientos llegaron por la noche, en ese momento me había dirigido al coche con la cabeza bien alta, convencida de haber hecho lo correcto: yo era una lunática, sí, pero a Joan no iba a volver a amargarle ese hijo de puta.

LUCÍA

Voy a correr un rato antes de ir al aeropuerto. Llego hasta el puerto. Me detengo frente al mar. Me relaja fijar la mirada en sus ondulaciones en movimiento. Me acuerdo de un fin de semana que pasé de niña en casa de Gloria, uno de tantos. Sus padres nos llevaron a dar una vuelta en una Golondrina que salía de un poco más abajo de Colón. Íbamos con su hermana Claudia, que era muy divertida y siempre ideaba juegos. Gloria y yo debíamos de tener unos 6 años, Claudia 8. Una anciana a bordo nos miraba sonriente. ¿Creería aquella anciana que todos éramos familia?, recuerdo que pensé. ¿Creería que éramos tres las hijas de ese matrimonio juvenil de gafas de sol y camisetas por fuera del pantalón? Esa posibilidad me hizo sentir orgullosa. Me produjo satisfacción que alguien creyera que mis padres me llevaban a dar un paseo en Golondrina. Decidí darle motivos a la anciana para pensarlo. Acentué los actos de cercanía con la familia de Gloria. Le dije a la madre: «Mira las gaviotas, qué bonitas», y al padre: «Qué gafas de sol más chulas». Él me las dejó y durante un rato las llevé contentísima como una niña caprichosa que se ha salido con la suya. Con una cámara de juguete fingía hacer fotos a Gloria y a Claudia. Me comportaba como una hija alegre y pizpireta porque así era como quería que me viera la anciana. Porque así era como quería verme yo. ¿Pero era yo en realidad esa niña alegre y pizpireta?

Correr tiene este efecto en mí. Me limpia la cabeza y a veces me hace pensar en cosas extrañas. ¿Qué sentido tenía presumir de una familia que no era la mía? Mis padres me quieren, pero jamás me llevaron en Golondrina. Tampoco al circo, ni a la feria, ni a los autos de choque. Me llevaron a muchos restaurantes y al cine. Con frecuencia, a películas de mayores que me permitían presumir en clase. Siempre me integraron en sus planes. Nunca dejaron de hacer nada para cuidarme. Cenas con amigos. Cócteles al atardecer. Obras de teatro en las que me quedaba dormida.

Mi padre es un buenazo, pero anda muy justo de personalidad. Pasó de ser el pelele de mamá al pelele de Cristina. Nunca se enteró de nada. Mi madre tampoco, demasiado liada con sus ligues y amistades. Hace poco cumplió cinco años con su actual pareja y ahora se cree autorizada para darme consejos sobre relaciones. «¿Cuándo vas a sentar cabeza? Ya verás cuando se te caigan las tetas y te dejen de mirar por la calle. ¿Quién te hará compañía entonces?». Ella, que se había pasado la vida encadenando novios. Que se los traía a casa y se los follaba ruidosamente mientras yo leía *Las gemelas de Sweet Valley*. ¿Ahora me habla de sentar cabeza?

«No siempre tendrás este cuerpo, más vale que te hagas a la idea». La misma cantinela desde que tenía quince años. Como si estuviera resentida conmigo por ser más joven que ella. Como si, en el fondo, tuviera ganas de que llegara ese día en el que se me caerían las tetas.

Nunca me ha tratado como a una hija. Ni siquiera de niña, cuando habría necesitado a una madre. ¿Sabéis esas series de televisión en las que las madres van de amigas de sus hijas? Siempre me han parecido espantosas. Una madre tiene que limpiarle los mocos a su hija, protegerla del frío, contarle cuentos si tiene miedo. Tiene que prevenirla de los cerdos que meten mano. Tiene que enseñarle a valerse por sí misma y a no dejarse intimidar. No explicarle sus miserias de trabajo, ni sus males de amores, ni sus problemas de dinero. Eso lo hablas con tus amistades. No con tu hija adolescente que no sabe ni ponerse un tampón. Y eso es lo que hacía mi madre conmigo.

El sol empieza a asomar en el cielo. De repente me siento contenta de alejarme de todo por unos días. Quiero volver a sentirme como esa adolescente echada para adelante que cuela a sus amigas en los conciertos. Como esa mujer despreocupada que coge lo que quiere cuando y como lo quiere. No era así como me sentía esa mañana, pero sabía por experiencia que comportarme como esa mujer me convertiría en ella. Así que era el momento de ponerse en marcha.

ISA

Tras los reflejos del sol en la ventana en movimiento, se dibujó a lo lejos el aeropuerto y sentí en el estómago esa familiar punzada de cuando emprendo un viaje en avión, esa mezcla de excitación y ansiedad hormigueando por dentro. Me despedí de Carlos con un abrazo largo y sentido como si me fuera meses en vez de una semana. Por algún motivo absurdo al que no puedo dar explicación, se me saltaron las lágrimas cuando me dio las bolsas con los bocadillos de tortilla que nos había preparado. Yo le había dicho que no hacía falta, pero él había insistido alegando que la comida del aeropuerto era un engañabobos, que sabía a plástico y te la cobraban como si fuera de oro.

En el aeropuerto había más ajeteo del que había imaginado en ese contexto de pandemia: nacionales y extranjeros ataviados con mascarillas arrastraban maletas, señalaban mostradores, se abanicaban con la mano. Un par de minutos después de la hora a la que habíamos quedado llegó Lucía, radiante como siempre, ataviada con un glamuroso vestido de estampados tribales. Se lanzó a darme un abrazo que yo acogí con cierta rigidez. Ella lo notó y se separó rápidamente.

–Perdona, tienes razón. Hay que ser prudentes –me enseñó el puño y lo chocó contra el mío–. Qué abrigada vas, hija mía. Pero muy guapa, como siempre. Aunque a ver si tomamos un poco el sol, reina.

Ella estaba muy morena y llevaba un maquillaje que acentuaba la luminosidad de su rostro. Lucía siempre había sabido vestirse y pintarse como una modelo o una actriz de cine. Era una experta en cosmética y tenía muy dominados los tonos y técnicas que embellecían sus facciones exóticas, un punto agresivas: grandes ojos negros, pronunciado puente de la nariz, barbilla con tendencia a inclinarse hacia adelante.

–Sí, yo estoy paliducha. A tu lado parezco una momia.

Soltó una sonora carcajada.

Diez minutos después llegó Gloria acalorada, con una maraña desgredada por moño, un trozo de camisa dentro de los pantalones y otro fuera.

–Hola, hola, perdonad el retraso. ¿Qué tal vamos, muy justas o bien? ¿Vamos tirando?

Sin esperar nuestra respuesta, anduvo hacia la zona de salidas a toda prisa y nos hizo un gesto para que la siguiéramos. Nosotras así lo hicimos, acoplando involuntariamente nuestro paso a su ritmo acelerado.

A medio camino Lucía intervino:

–¿Por qué estamos corriendo? Si vamos perfectas. El embarque empieza en media hora. Calma.

–Pero no sabemos la cola que habrá en los controles, como haya mucha la liamos. Además, a los últimos en embarcar les obligan a facturar la maleta y luego es un palo, se pierde un montón de tiempo.

Lucía arqueó las cejas, pero no dijo nada.

Apenas había gente en los controles de seguridad y en pocos minutos estábamos ya en la zona de embarques. Gloria propuso comprar algo para comer en el avión y yo mostré la bolsa de las provisiones como un trofeo. Las dos estallaron en exaltadas exclamaciones sobre lo maravilloso que era Carlos y el detallazo que había tenido. Gloria propuso grabarle un audio de agradecimiento, extrajo su móvil del bolso y se lo acercó para cantar: «Ese Carlos, ese Carlos, hey, hey». Lucía se le unió con entusiasmo y poco después evolucionaron y empezaron con «es un *masterchef* excelente, es un *masterchef* excelente, es un *masterchef* excelente, y siempre lo será, iy siempre lo será!».

Abrieron el embarque y Gloria insistió en que nos pusiéramos en la cola a pesar de que la letra de nuestro billete era la asignada a los últimos en subir al avión. Lucía dijo que era una tontería, que no tenía sentido esperar media hora de pie cuando podíamos hacerlo sentadas. Gloria repitió que si no lo hacíamos nos obligarían a facturar las maletas.

–¿Pero y qué? –dijo Lucía–. ¿Qué importa que nos obliguen a facturar? Es gratis, ¿no? Así nos ahorramos el coñazo de tener que buscar espacio libre en el avión para la maleta.

Gloria resopló.

–Bueno, vale, como queráis –se sentó de nuevo en el asiento, visiblemente molesta.

Yo propuse una solución intermedia: esperar diez minutos y colocarnos en la cola entonces. Estuvieron de acuerdo.

Gloria resultó tener razón con el asunto de las maletas: una azafata marcó nuestro equipaje con unas pegatinas y nos explicó que por falta de espacio tendrían que guardarlo en la bodega.

–¡Os lo he dicho! Es que os lo he dicho, joder –dijo de malas maneras.

La miré con cierta preocupación. Gloria nunca había sido un remanso de paz, pero normalmente le costaba algo más ponerse de mal humor. No mucho más, pero sí un poco más. Lucía también debió de darse cuenta, ya que entornó los ojos y contuvo un suspiro. Estuvimos un rato en silencio hasta que Lucía trató de normalizar la situación y le preguntó por los planes que teníamos.

–Lo comentaste en el grupo pero ahora no me acuerdo. La idea es recoger el coche en el aeropuerto e ir hasta Santa Cruz. ¿Correcto?

–Sí, ya vi que no le hacíais ni puto caso al chat –soltó Gloria, al momento pareció darse cuenta de que se había excedido y profirió una risita forzada, como queriendo compensar su brusquedad–. Pero sí, esa es la idea. El aeropuerto en el que aterrizamos

está en el sur de la isla, tenemos unos 40 minutos hasta Santa Cruz. Yo había pensado turistar por allí unos días y hacer escapadas a los pueblos más bonitos. Y el fin de semana acercarnos a Bajamar, donde vive Marga.

La mención a Marga tuvo la virtud de destensar la situación. Nos miramos las tres con una sonrisa nerviosa. Aquella idea de bombero de Gloria había cuajado hasta convertirse en un plan emocionante. Gracias a esos detectives íbamos a reencontrarnos con nuestra amiga misteriosamente desaparecida once años atrás.

—¿Cómo lo haremos? —pregunté—. ¿Le diremos la verdad o nos haremos las encontradizas?

Gloria lo tenía claro:

—Lo mejor es fingir igual o más sorpresa que ella. Si se entera de que hemos contratado a un detective para encontrarla se enfadará y con razón.

Tras debatirlo un rato, decidimos que lo mejor era propiciar el encuentro en Santa Cruz, donde trabajaba Marga. Era más creíble que se hubieran ido de vacaciones a la capital que a Bajamar, el pequeño pueblo en el que vivía.

Nuestros asientos en el avión estaban separados, por lo que tuvimos que despedirnos en el pasillo. A mí me tocó al lado de la ventana, en la zona del final de todo. Escribí a Carlos para informarle de que estábamos a punto de despegar y para comentarle el éxito que habían tenido sus bocadillos. A través de la ventana, la contemplación de los operarios del aeropuerto manejando maletas me sumió en un dulce sopor. Minutos después, una voz familiar me sobresaltó.

—Señor, ¿le importaría cambiarme el asiento para que pueda sentarme con mi amiga? —Lucía hablaba con el hombre sentado a mi lado—. Me haría un favor enorme. Mi sitio es muy bueno, delante de todo, el 4A. El avión hace menos ruido allí y queda más cerca de la salida.

El señor la miró con desconcierto.

—Tengo la maleta aquí arriba...

—Yo me comprometo a bajarla cuando toque. Dígame, ¿qué maleta es? —ni corta ni perezosa, Lucía abrió el maletero e hizo un repaso de las maletas almacenadas—. Veo una roja, una verde, una mochila de ruedas...

—Deje, deje. Ya la iré a buscar yo cuando lleguemos.

—No, de verdad, si a mí no me cuesta nada.

—Está bien, está bien —el hombre se levantó de su asiento y salió hacia el pasillo—. Que disfrute del viaje.

Lucía se dejó caer a mi lado con una sonrisa de oreja a oreja, encantada de haberse salido con la suya como de costumbre.

—Te las prometías tan felices leyendo tranquilamente todo el trayecto, ¿no? —lo decía en broma, pero acertó de pleno—. Pues te he fastidiado los planes.

Cogió una revista que había en el asiento de al lado, la ojeó, la devolvió al lugar en el que estaba.

–Oye, ¿tú sabes qué le pasa a Gloria? Está histérica. Madre mía, cómo está el patio. Y el viaje no ha hecho más que empezar. La cosa promete.

GLORIA

Me sentó mal que Lucía se sentara al lado de Isa en vez de a mi lado, qué quieres que te diga, tuvo que pasar por delante de mi asiento para llegar al de Isa, muy feo, la verdad; pero bueno, mira, así intentaba descansar y recuperarme después de la noche de mierda que había pasado. Pero ya le valía. Es patético a mi edad sentir celos por cosas como estas, lo sé, pero lo reconozco, me dolió verla mover hilos para estar con Isa dejándome a mí aquí sola, era así, tenía un mal día y en mis días malos chorradas como aquellas me fastidiaban. Me hizo pensar en aquel verano en que Lucía me convenció para ir a las colonias inglesas del colegio y desde el primer día se hizo amiga de otra gente y me dejó colgada, en lo mal que lo pasé ese verano por su culpa. Y yo ni siquiera tenía ganas de ir a esas colonias de mierda, prefería quedarme en Barcelona con Claudia, bañándome en la piscina de casa de los abuelos y yendo al cine por las tardes, pero me había dejado convencer por ella: que si lo pasaríamos genial, que si haríamos fiestas por la noche y nos bañaríamos en el lago; y el primer día va Lucía y se hace íntima de una de un curso mayor y de repente ya no se sienta conmigo en el autobús, ni en el comedor, ni en las clases de inglés de la mañana. Todavía lo recordaba, a veces, y sentía rencor después de todo este tiempo, qué patético, lo sé, pero es que me dejó colgada mientras que yo solo estaba allí porque me había convencido ella. Tuve que ir con el grupo de Adri y Sandra, que eran más pánfilas que yo qué sé, pero que al menos me esperaban para ir a comer.

Nuestra relación cambió ese verano, esas colonias nos distanciaron; tal vez fue por eso que poco a poco me fui alejando de ella para acercarme a Marga. Luego nos reconciliamos y volvimos a ir juntas, pero desde ese momento nació en mí la sensación de que yo jamás sería la primera opción de Lucía, que siempre sería el segundo plato con el que sólo se conformaría tras haber agotado otras opciones más interesantes. Eso se hizo especialmente patente años después, ya en la época de la universidad, las noches en que salíamos las dos solas y a la mínima de cambio me dejaba colgada para liarse con el primero que veía. No sé cómo acababa cayendo en esa trampa de salir con ella a solas una y otra vez, supongo que porque andábamos las dos solteras, porque Fer solo quería ir a locales gays y porque, cuando no ponía todos sus esfuerzos en ligar, Lucía era la persona más divertida del mundo; pero cuando se iba con el primero que la abordaba era una putada, porque a mí nunca me ha gustado eso de bailar sola y porque la verdad es que nunca he sabido ligar en discotecas, no se me daba bien eso de intercambiar miraditas y bailes sensuales con los que me gustaban, yo era más de bailar de cualquier

manera, hablar entre gritos y, de vez en cuando, liarme con los que me atraían de los que me abordaban, que solían ser pocos; o de emborracharme lo suficiente como para liarme con los que no me atraían y amanecer al día siguiente con un martillo golpeándome el cráneo.

En eso sí que envidiaba a Lucía, ese poder de seducción innato que le permitía conseguir siempre al objeto de su interés; bueno, casi siempre, con el chico guapo medio alemán del colegio no pudo y eso que se empleó a fondo. Consiguió hacerse amiga de su hermana, que ni siquiera iba a nuestra clase, y acabar en su casa un día sí y otro también; pero aun así no lo logró a pesar de desplegar todos sus encantos, y su derrota me produjo una enorme satisfacción, no puedo negarlo. Joder, qué persona más asquerosa soy, alegrándome del fracaso de una amiga, lo sé, lo siento, pero tenéis que entenderme: ella siempre se salía con la suya y a mí también me hacía gracia ese medio alemán, la derrota de Lucía le quitaba importancia a la mía. No tenía que amargarme porque el medio alemán no se había fijado en mí si ni siquiera se había fijado en Lucía.

No me gusta reconocermme con estos pensamientos, me hacen sentir miserable, pero una se cansa de oír a diario lo maravillosamente bien que siempre le van las cosas: el pastizal que le pagan en su trabajo, los superligues que la adoran, los elogios y la admiración que despierta allí adonde va. Me pregunto si a Isa le pasará lo mismo que a mí, si sentirá un atisbo de frustración cada vez que Lucía saca a relucir alguna de sus implacables victorias, si se alegró como yo cuando el medio alemán pasó de su cara o incluso cuando la dejó esa andaluza tan guapa con la que estuvo saliendo una temporada, la única vez que la he visto llorar por alguien. Por Dios, con lo mal que lo pasó la pobre, qué horrible, qué espantoso esto último que acabo de decir. Además, que no es verdad, que yo quiero que Lucía sea feliz y que consiga todo lo que se proponga, pero estaría bien que las demás pudiéramos también conseguir lo que queremos, aunque fuera solo de vez en cuando.

LUCÍA

Me siento al lado de Isa para comentarle lo del hijo de mi jefa. El chaval ha escrito una novela y busca a alguien que se la publique. Esperaba marcarme un tanto y pasarle el contacto de alguna editorial, pero Isa dice desconocer ese mundillo. Sabe de publicaciones académicas, pero de ficción ni idea. «¿Ninguno de los gafapastas que estudiaron contigo publica novelas?». Me cuesta creerlo, ¿no es a eso a lo que aspiran los frikis de los libros? Dice que no. Los de su entorno más cercano o se han dedicado a la docencia o han cambiado de sector. Pues vaya.

Le propongo ver algo en el iPad. Lo tengo lleno de series y algunas como *The Crown* o *Downton Abbey* me las bajé pensando en ella. Rechaza mi oferta, quiere leer. Me pongo a ver una comedia chorra. Cada vez valoro más el entretenimiento puro y duro sin otra pretensión que la de hacerme pasar un buen rato. No tengo ganas de invertir mi tiempo en historias deprimentes. ¿No existe ya suficiente desgracia en la vida? Recuerdo cuando hablaba de esto con Gloria, tiempo atrás. Por entonces estaba de acuerdo conmigo, pero dudo que lo reconociera ahora que se las da de superintelectual y reivindicativa. Su nuevo círculo de amistades debía de considerar intolerables todas esas pelis de instituto que tanto habíamos disfrutado. Me las imagino con sus gafas y sus peinados: «¿Cómo os puede gustar esta basura de *Alguien como tú*? Apesta a heteronormatividad y a cosificación de la mujer. ¿*Nunca me han besado*? Blanquea el abuso de menores. ¿*Diez razones para odiarte*? Idealiza el amor romántico».

Gloria se alza como gran defensora del feminismo, pero luego tolera que David la mangonee a su antojo. Jamás olvidaré su mirada esa noche en la que Gloria quiso pedir una pizza. Una mirada de desprecio que decía: «¿De verdad vas a pedir esto? Tú sabrás lo que haces». Recuerdo la expresión avergonzada de Gloria y se me remueve todo. La manera como bajó la vista y pretendió vender como propio lo que le venía impuesto de fuera. «No había visto que tenían burrata, qué rica. Mejor pediré una burrata».

Con la de complejos que ha arrastrado siempre Gloria, solo le falta que un imbécil le venga con esas. Yo soy la primera que me cuido, tanto o más que él. ¿Pero privarme de una pizza un viernes por la noche? Venga, hombre. ¿Tendría que haber comentado algo? Tal vez, aunque Gloria habría saltado como una fiera. Siempre lo hace cuando alguien cuestiona a su David, a pesar de pasarse la vida discutiendo con él.

¿Se nota?, no le tengo demasiado aprecio. No me gusta su manera de hablar. Siempre en posesión de la verdad universal. «En esta vida uno debe saber...» ¿De

verdad me vas a hablar sobre lo que uno debe saber en esta vida? Por favor. Quién sabe, a lo mejor estoy siendo injusta. Los únicos *inputs* que recibimos son los que Gloria nos da en pleno ataque de nervios cuando se quiere desahogar tras una bronca. Es probable que las cosas buenas las dé por supuestas. Además, la convivencia con Gloria no debe de ser fácil.

ISA

El traqueteo del avión llenó mi cabeza de algodones y alejó las conversaciones hasta convertirlas en murmullos deslavazados. Las letras del libro empezaron a desdibujarse bajo mis ojos entrecerrados. Mis pensamientos adoptaron un cariz neblinoso: se mezclaron fragmentos de lo recién leído con evocaciones internas. En la novela que estaba leyendo, una mujer acababa de ser madre y, como me sucedía desde aquella última visita a la ginecóloga, pensar en ese tema me sumió en un gran desasosiego.

Venció la bruma del sueño, finalmente, me entregué a ella como el náufrago resignado que se deja arrastrar por impetuosas aguas marinas. Soñé sueños extraños, dudo que puedan ser de otra manera, con tramas dispersas que en ese momento me parecieron ensambladas unas con otras, pero que en realidad no compartían más que el versátil hilo de la incoherencia. Tras un rato zambullida en esas aguas profundas empecé a asomar a la superficie, fue perdiendo grosor esa membrana que separa la lucidez del sueño. En la niebla tomó forma una imagen, un recuerdo lejano se abrió paso por el páramo misterioso de la memoria. Recordé un cuento que me había contado mi madre hacía tiempo. Una fábula extraña sobre un rey de tierras lejanas al que un misterioso hechicero regalaba un cordel mágico enrollado en un ovillo dorado. En ese cordel estaba impreso su futuro, ese ovillo contenía el devenir del resto de los días que le quedaban por vivir. Los majestuosos palacios por los que taconeaban sus zapatos con hebillas, las doncellas extranjeras a las que sonreiría a lo lejos, los atardeceres violáceos en los que dejaría perder su mirada. Todo estaría allí, estampado en las fibras que sostenía entre sus manos. Si cada noche antes de entregarse al sueño, desligaba el ovillo un par de centímetros, vería proyectado en el cordel el suceder del día recién vivido. Pero tenía que cumplir una regla: solo podían consultarse las experiencias recién vividas, jamás las que quedaban por vivir. Era muy importante que no sucumbiera a la tentación de consultar lo que le depararía el futuro, de lo contrario acecharían las penumbras y caería sobre él una maldición.

El rey agradeció el singular regalo y aseguró que cumpliría las normas especificadas. Esa misma noche, antes de meterse en el lecho real decidió estrenar el ovillo mágico. Expectante, deshizo con delicadeza una pequeña porción de cordel tal y como le había indicado el mago. Efectivamente, allí vio proyectado el día: desde el momento en que su sirviente descorrió los cortinajes de su aposento para que se filtrara el primer sol de la mañana hasta ese mismo instante en que contemplaba absorto los reflejos impresos en

el hilo prodigioso. Al acabar, obedeció las instrucciones del viejo mago y guardó el ovillo a buen recaudo hasta la noche del día que llegaría tras el sueño, pero habían sido muchas las emociones vividas y no logró caer dormido. Empezó a pensar en sus compromisos del día siguiente: el paseo a caballo con el rey del país vecino, el banquete con los nobles del condado para discutir alianzas ante un posible conflicto internacional, la visita del alto sacerdocio al caer la tarde. Iba a ser un día intenso de cuyo buen devenir dependería su futuro en el trono, por lo que resultaba imperativo emprenderlo con aplomo y profesionalidad. Sin duda conocer su transcurso de antemano le ayudaría a perfeccionar sus formas y corregir posibles malentendidos. Era lógico, se habría atrevido a decir que incluso una obligación real, prepararse esas reuniones con todos los medios a su alcance.

Se levantó, pues, del mullido lecho, sostuvo el ovillo dorado entre sus manos y recorrió un trocito más. Con asombrosa claridad se desplegaron frente a su mirada las horas de ese día que estaba por llegar. Se deleitó en la contemplación del beicon jugoso que crujiría bajo su tenedor en el desayuno de la mañana siguiente, en el agua caliente que caería sobre su piel en el baño matinal, en el intenso olor a pino y jazmín que acariciaría sus sentidos atravesando a caballo los jardines reales. Repasó los detalles de la conversación que mantendría con reyes, nobles y sacerdotes, se detuvo en los momentos más reveladores y decisivos para el devenir de su país, retrocedió un poco para cazar algún matiz resbaladizo que se le había escapado la primera vez. Al caer el día objeto de su visionado, no fue capaz de desprenderse del ovillo y lo destensó solo unos centímetros más para comprobar cómo transcurriría la visita de esa princesa a la que querían casar con su hijo, y luego un poco más para asegurarse de que haría buen tiempo en las celebraciones planeadas para el fin de semana. Deshizo el hilo y lo deshizo un poco más hasta perder por completo el control de sí mismo. Se embriagó con el perfume de las primaveras venideras, se le enrojecieron las mejillas bajo el sol de los veranos que tendrían que llegar, las hojas de árboles melancólicos crujieron bajo sus pies en otoño y los ojos se llenaron del blanco helado de los inviernos futuros. Presenció la boda de su hijo, la muerte de su amada esposa, los tiempos sombríos ahogados en brebajes y hierbas, los rifirrafes políticos y las contiendas con países vecinos, la firma de treguas, las aventuras amorosas con mujeres de la corte, el nacimiento de su nieto, primero, y poco después de su preciosa nieta. Las extremidades empezaron a pesarle, su cabello se llenó de destellos plateados. Hasta que la enfermedad le nubló la vista y se vio morir en ese lecho en el que unos minutos atrás había tratado de conciliar el sueño. Embriagado todavía con la inexplicable sensación de haber contemplado el transcurrir del resto de su vida, tardó unos segundos en darse cuenta de la temeridad en la que había incurrido. La perturbación al tener presente en la memoria su propia muerte se agravó al recordar la advertencia del mago que tan flagrantemente había contradicho. Por unos minutos temió lo peor, pero al ver que nada sucedía, logró tranquilizarse. Las maldiciones no existían, al fin y al cabo, y de nada servía amedrentarse ante una

amenaza sin sentido. Se dispuso a enrollar el cordel de nuevo, sin prisas, de forma concienzuda y meticulosa. Hasta que consiguió que recuperara la forma original del ovillo que había sostenido entre sus manos antes de conocer su destino. Su apariencia era la misma y así pues, nada había sucedido. Guardó el ovillo a buen recaudo y cayó en un sueño profundo, pero dentro del cajón, de manera casi imperceptible, cedió un pedazo de tirante cordel. Se destensó un centímetro, un centímetro nada más, pero éste ejerció presión sobre el siguiente centímetro, que a su vez quedó levemente destensado y destensó el centímetro a continuación. A medida que el rey avanzaba entre los confines de su sueño, el cordel se desenrollaba poco a poco y arrastraba con él días, semanas, meses de vida. Los centímetros sin destensar empezaron a ser minoría: el sueño del rey se agitó. Los crujidos del ovillo al expandirse aumentaron su frecuencia: empezó a tener dificultades para respirar. Hasta que el último pedazo de cordel se destensó irreversiblemente y el rey exhaló un postrero suspiro. Al día siguiente lo encontraron muerto en su cama, encogido sobre sí mismo, inexplicablemente envejecido. Los cabellos completamente blancos, el rostro arrugado, las extremidades raquíticas de un anciano, las manos huesudas aferrándose a las sábanas como si supiera lo que le esperaba y se resistiera a despedirse de la vida.

LUCÍA

«Eo, Isa, ¿en qué piensas?», pregunto al verla tan absorta. Me mira con ojos lejanos. «En algo que siempre dice mi madre: que no sirve de nada preocuparse por el futuro. Que hay que vivir el presente y no preocuparse por lo que vendrá». «Buen consejo. ¿Y ya lo aplicas? Diría que tú tiendes a preocuparte por el futuro». Asiente con una sonrisa entristecida. «Pues sí. Tienes razón. Pierdo mucho tiempo preocupándome por lo que vendrá, siempre lo he hecho. En las épocas del colegio me costaba dormir pensando en si me preguntarían en clase al día siguiente. ¿Te acuerdas del año que me operaron y pasé más de un mes sin ir al cole? Fue cuando empezasteis a hacer ejercicios con la barra de equilibrios en clase de gimnasia. Yo le tenía pánico a la barra y más aún a la idea de tener que enfrentarme a ella en una clase que me llevaría una ventaja de meses de práctica. Estaba agobiadísima con ese tema. Mi madre me repitió lo que me decía siempre, que me preocupara solo por el día en el que estaba viviendo. ¿Y sabes qué? Cuando volví a clase, la profe de gimnasia se olvidó por completo de la barra de equilibrios. Empezamos a jugar a deportes divertidos como vóley o ping-pong. Eso me hizo ver que mi madre tenía toda la razón: no servía de nada preocuparse por el futuro. No solo no servía de nada, sino que además te impedía disfrutar del presente. ¿De qué me habían servido todas esas noches en vela atormentándome con la maldita barra de equilibrios?»

GLORIA

A pesar de que me caía de cansancio no logré dormir durante el trayecto, cosa que ya esperaba porque nunca he podido dormir en ningún otro lugar que no sea una cama; no dejaba de pensar en cómo le estaría yendo a Joan en el casal, en que tal vez había sido una irresponsabilidad por mi parte largarme así en ese momento, cuando el pobre niño lo estaba pasando tan mal, y en las salvajadas que le había dicho al desgraciado de Mierdolás. A veces me daba la impresión de que éramos Joan y yo contra el mundo, porque David parecía desentenderse de sus problemas como si en parte también le molestara que su hijo fuera diferente del resto, porque era verdad que Joan era diferente: era un niño tranquilo al que le gustaba leer y jugar con barriguitas, al que no le atraían los legos ni las pelotas de fútbol, y eso último era lo que David llevaba peor, ya que había sido monitor de fútbol sala toda su vida y soñaba con poder jugar con su hijo algún día, enseñarle todos sus trucos y verle mejorar poco a poco.

Salí antes que ellas del avión y las esperé en el *finger*: charlaban animadas y casi parecieron sorprendidas al verme como si hubieran olvidado que viajaban conmigo; las maletas tardaron un siglo en salir, me abstuve de comentar nada porque no hacía falta: era evidente que yo tenía razón y que deberíamos habernos colocado en la cola para evitar facturar.

Odio el momento de recoger las maletas del aeropuerto porque nunca estoy segura de cuál es la mía y alguna vez he alargado el brazo para coger la maleta equivocada y de pronto, chata, perdona, pero creo que te llevas mi maleta, y yo rojísima, perdón, perdón, tenga usted. Si viajo con gente es diferente ya que mis acompañantes son siempre más observadores que yo y me ayudan en el trámite, aunque ese día no iba a precisar de ayuda porque antes de salir de casa había marcado mi maleta con un flamante lazo rojo; aun así, siempre existía el riesgo de que el lazo se encallara o se perdiera por el camino, y al aparecer la maleta sin marcar yo la descartara por ese mismo motivo... Esa absurda posibilidad no tuvo lugar, como era de prever, y las tres recuperamos nuestro equipaje sin más complicación.

Lucía se empeñó en coger un carrito a pesar de que tampoco íbamos tan cargadas y de que tuvimos que abandonarlo poco después para coger el autobús lanzadera que nos llevó al local de coches de alquiler, que resultó estar en un polígono industrial en el culo del mundo. Yo había reservado un Volkswagen blanco a un precio muy económico, pero los de la compañía de coches nos dijeron que esa oferta estaba solo disponible si se

pagaba en metálico; si pagábamos con tarjeta estábamos obligadas a contratar un seguro a todo riesgo que costaba casi igual que el coche. Nos miramos desconcertadas, aquello no tenía ningún sentido, si aceptaban tarjeta por qué no íbamos a poder pagar el que habíamos reservado, pero no, no, dijeron, esa oferta en particular era solo para metálico, y nosotras, pero si en la reserva no pone nada de solo metálico, y ellos, bla, bla, y que nos decidiéramos ya porque además había cola. Lucía y yo queríamos pedir una hoja de reclamaciones pero Isa nos disuadió: chicas, nos están estafando, es verdad, pero si ahora pedimos la hoja de reclamaciones nos harán esperar, nos tratarán fatal y no servirá de nada porque tampoco podremos llevarnos el coche barato, así que por qué no somos conscientes de que esta gente son unos miserables y que nosotras estamos por encima, pagamos el seguro a todo riesgo que además nos permitirá ir más tranquilas y aprovechamos nuestro primer día en la isla. La verdad es que expuesto así tenía todo el sentido, es muy práctica Isa y tiene unos nervios de acero, nunca pierde la calma, ojalá fuera yo también un poco como ella, ojalá todos lo fuéramos.

Agradecí que Lucía se ofreciera a conducir ya que me cuesta aclimatarme a un coche y a una zona que no conozco, más aún en un día como ese en el que no me funcionaba la cabeza, en el que mi cerebro era un muro de ladrillo y me suponía un esfuerzo sobrehumano cualquier proceso mental. Llevaba una semana durmiendo una media de cuatro horas diarias porque cuando Sofía no tenía pesadillas a Joan le dolía la barriga o a David le cogían calambres en la pierna y me despertaba de una patada en plena noche o se ponía a roncar como un animal o yo no podía dejar de darle vueltas a la idea de que había amenazado de muerte a un niño de siete años.

Ya en el coche, Isa se extrañó de que hubiéramos volado a Tenerife Sur si Santa Cruz estaba en el Norte y existía otro aeropuerto llamado precisamente Tenerife Norte, pues de haber viajado hasta allí nos habríamos ahorrado los cuarenta minutos que teníamos ahora por delante, ¿acaso no había vuelos al norte?, preguntó desde el asiento de atrás, y yo que iba de copiloto la miré por el retrovisor y le dije que los vuelos al norte eran hasta cien euros más caros por esas fechas, y debí de decirlo con un tono muy cortante ya que ella calló en seco y pareció encogerse. A lo mejor fui demasiado brusca, pero es que francamente, encima de que yo me había encargado de comprarlo todo y después de que me hubieran dejado tirada en el avión, que me vinieran con estas no me parecía justo, qué queréis que os diga. También es verdad que luego me supo mal porque Isa pasó de estar de muy buen humor a quedarse callada mucho rato y parecer compungida, y me pregunté si tal vez me había pasado porque a veces soy muy desagradable y no me doy cuenta y luego me arrepiento. La pobre Isa no tenía además la culpa de que Lucía hubiera pasado por delante de mí en el avión, del rollo recochineo, para llegar a su asiento y mover cielo y tierra para sentarse a su lado, dejándome a mí atrás como si fuera una apestada o algo así. Vale, ya dejo el tema, que sé que puedo ser un poco cansina, a veces, lo siento, si es que en realidad no sé cómo me aguantan y menos aún los días en los que llevo más de una semana durmiendo cuatro horas.

ISA

Camino de Santa Cruz, la vista a través de la ventana era una paleta de tonos ocres: explanadas desérticas interrumpidas por ocasionales arbustos, montañas rojizas flanqueadas de maleza árida, caminos terrosos salpicados, de vez en cuando, de cactus y otras plantas resistentes al constante abrazo del sol.

Lucía conducía con soltura y a buena velocidad. A su lado, Gloria contemplaba el paisaje y, de vez en cuando, jugueteaba con los dedos en el cristal al ritmo de la titubeante música que emitía la emisora de radio mal sintonizada. A medida que avanzábamos en nuestro trayecto la vegetación se hizo más frondosa y los amarillos dieron paso al verde. Me fijé en un indicador del camino que señalizaba la dirección hacia el aeropuerto de Tenerife Norte, cuya existencia desconocía, y comenté:

–Mirad, hay otro aeropuerto en el norte. Debe de estar más cerca de Santa Cruz que el del sur, ¿no?

Lo dije por decir, sin acritud alguna, pero Gloria se lo tomó como un ataque.

–Pues claro que queda más cerca, pero los vuelos eran mucho más caros a Tenerife Norte.

Me sorprendió bastante ese corte, pero decidí no darle importancia. Gloria estaba especialmente irritable esa mañana y más valía no darle cuerda cuando se ponía así. Supuse que los estragos del poco dormir estaban haciendo mella y anoté mentalmente preguntarle al respecto en otro momento.

Lucía me lanzó una rápida mirada cargada de ironía a través del retrovisor, como si el mal humor de Gloria la divirtiera. Minutos después cambió la emisora, que cada vez se oía peor, y dio con una en la que sonaba «Que canten los niños», de José Luis Perales.

–¡Hombre! –dijo Lucía–. ¡Esto pondrá a Gloria de mejor humor!

Aunque con el ceño fruncido, Gloria sonrió. Nos habían enseñado esa canción en el colegio y Gloria era la reina de las anécdotas escolares, maestra en desempolvar viejas batallas y recordarlas con sorprendente nitidez. Una nebulosa ocupaba espacios de mi memoria en los que ella era capaz de dibujar nombres y lugares concretos: los profesores de tal curso, las excursiones en autocar, los recitales de Navidad. Referido a esa canción en particular, sin embargo, yo guardaba un recuerdo muy claro.

–Ahora te voy a poner a prueba –le dije–. A ver si eres capaz de decirme cuándo nos enseñaron esta canción.

Gloria me miró con desconcierto.

–Supongo que en clase de música, ¿no?

Negué con la cabeza. No había sido en clase de música, sino un día en clase de mates en que, ante la alegría generalizada, nuestro tutor interrumpió la lección y levantó la pizarra que comunicaba nuestra aula de séptimo A con la de séptimo B para ensayar unas canciones todos juntos. En realidad no íbamos a séptimo de EGB sino a 1º de ESO, pero nuestro curso había sido de los primeros a los que les tocó la LOGSE y durante un tiempo nos resistimos a utilizar esa terminología extraña que nos diferenciaba de hermanos mayores y estudiantes de cursos superiores a los que llevábamos años queriendo alcanzar.

El acto de levantar la pizarra iba siempre acompañado de un ambiente de gran cachondeo: los profesores de las aulas contiguas se ponían a charlar mientras los alumnos armaban jaleo. Yo aprovechaba esos momentos para mirar a Xavi, el chico pálido y delgado de la otra clase del que llevaba años secretamente enamorada.

Tiempo después, ya en Bachillerato, Xavi y yo acabamos haciendo buenas migas a raíz de mi noviazgo con Carlos, que era uno de sus mejores amigos. Nuestra relación fue siempre estrictamente platónica, aunque mi corazón nunca dejó de acelerarse al verle llegar. El destino nos unió aún más al año siguiente cuando ambos estudiamos en la misma universidad, si bien carreras diferentes: yo Filología Hispánica y él Humanidades en el edificio histórico de la Universidad de Barcelona donde doy clase ahora.

Poco antes de acabar la carrera, a Xavi le diagnosticaron un cáncer de cerebro que lo mató en unos pocos meses. Fue el mismo año en que Carlos y yo lo dejamos, y a mi madre le practicaron una mastectomía para frenar un cáncer que acabó superando tras varias sesiones de quimioterapia. Tengo una imagen extraña asociada a ese curso fatídico, una visión somnolienta e inquietante en la que aparezco tratando de abrirme paso por un túnel abarrotado de alquitrán. Por mucho que intento avanzar, ese lodo infernal se me mete en la nariz y presiona mis piernas hacia abajo hasta sumergirme en su oscuridad implacable. Así es la tristeza para mí: un abrazo negro y viscoso que te inmoviliza y te llena los ojos de sombras que ocultan todo lo demás. En mis peores tiempos, llegué a quedarme metida en la cama durante días sin comer y sin ni siquiera ducharme. Me convertí en un despojo inservible en el momento en el que mi madre más me necesitaba. Afortunadamente llegaron tiempos mejores: el alquitrán empezó a secarse y se fragmentó en pedazos sólidos y manejables. Conseguí levantarme y chutar los pegotes de oscuridad que me entorpecían el paso. Me arranqué la piel negra y bajo ella nació una nueva: más vulnerable y a la vez más endurecida que nunca. Vulnerable porque ahora era consciente de que la vida podía convertirse en túnel y el túnel podía enterrarte en vida. Endurecida por ese mismo motivo.

El caso es que la canción de Perales me remontó a esa mañana de pizarras levantadas en la que Xavi era un niño paliducho al que yo admiraba desde la distancia. Por unos momentos visualicé la escena: los pupitres en línea, los colgadores en la pared del fondo, el patio a través de las ventanas con porticones de madera. El profesor paraba el

radiocasete a medida que nos enseñaba las diferentes estrofas. Al acabar, cantamos el tema entero con la grabación sonando de fondo. La canción empezaba con una introducción que era también el estribillo. Entremedio se intercalaban las vocecillas aflautadas de los niños.

Yo canto por que sea verde el jardín,
y yo para que no me apaguen el sol,
yo canto por el que no sabe escribir,
y yo por el que escribe versos de amor...

En esa última línea, Xavi separó la vista de la partitura y miró hacia delante mientras cantaba con una entrega no exenta de cierta ironía. Ladeó la cabeza como dando énfasis, medio en cachondeo pero sin serlo del todo, y en ese momento sus ojos se detuvieron en los míos. Por un fugaz instante nos miramos sonrientes, antes de que nuestras miradas se separaran. Fue una coincidencia sin ningún significado, pero se quedó grabada en mi memoria para ser rescatada muchos años después y humedecerme los ojos en esa otra vida en la que Xavi no existía y yo estaba casada con su mejor amigo.

LUCÍA

«Les debía de encantar Perales a las monjas, nos enseñaron un montón de canciones tuyas: la de los niños, la del velero, una de Navidad...», dice Gloria. Asiento: «La de los niños siempre me pareció una cursilada, la del velero tenía más garra. También cantábamos «Blowing in the Wind» en catalán, ¿os acordáis?, y la de «Heal the World». Estas se entiende, por su letra pacifista, ¿pero cantar en misa la del velero llamado libertad, que era sobre alguien que se iba de casa a descubrir mundo?».

La canción tranquiliza a Gloria, que está que salta por cualquier cosa. Cuando tiene motivos para enfadarse como con el sablazo del coche, en cambio, se deja apaciguar por Isa. Por no discutir, ella callaría incluso si le cobraran por partida doble.

Son casi las tres cuando llegamos al apartamento. No es muy grande pero es correcto. Un dormitorio para cada una. Una pequeña cocina. Un comedor. Una terraza. De las paredes blancas cuelgan acuarelas de barcos y casitas. Todo muy neutro, casi infantil. Las camas parecen cómodas. De colchón duro, como a mí me gustan, y fundas a juego con las cortinas. La terraza tiene el suelo desconchado y un gran tiesto con geranios que agonizan. Al momento de verlos, Isa busca un recipiente vacío en la cocina, lo llena de agua y lo vuelca en el tiesto.

Paseamos por el barrio. Según lee Isa en la guía, recibe su nombre de un exalcalde que cedió fincas y terrenos de su propiedad para urbanizar la zona. En una calle estrecha encontramos un restaurante de cocina autóctona que tiene buena pinta. Compartimos unos arenques, una ración de queso canario y unas papas con mojo picón.

ISA

Un rumor alegre se extendía por el restaurante, una cadencia jovial a base de cubiertos tintineantes y conversaciones ajenas que invitaba a la charla y la distensión. Nos sentamos en la única mesa libre, al lado de la nevera Kalise en la que se adivinaban limones helados, trufas de chocolate y tarrinas de crocanti. Ansiosa como siempre, Gloria pidió una nueva ronda de cervezas cuando teníamos la primera a la mitad, lo que nos llevó a acelerar el ritmo. Antes incluso de que nos trajeran la comida, se apoderó de mí cierto abotargamiento, esa pesadez propia del beber en horas de sol con poca comida en el estómago.

—¿Cómo es que Carlos y tú todavía no tenéis hijos? —me soltó Lucía a bocajarro—. Siempre creí que serías la primera y que a estas alturas tendrías ya una buena prole.

Forcé una sonrisa en mi rostro tirante, repentinamente tembloroso, e imposté un par de tosecillas para darme tiempo a recuperarme tras el dolor inesperado que me causaron sus palabras. Lucía no tenía mala intención. Yo no le había explicado —ni a ella ni a nadie— que llevaba años intentando quedarme embarazada, ni que en la última visita a la ginecóloga me habían dicho que la endometriosis me lo iba a poner muy difícil para concebir de forma natural. Tampoco que teníamos cita en la Dexeus a la vuelta del verano para empezar con un proceso de fecundación *in vitro*, ni mucho menos que la especialista había señalado mi baja reserva ovárica y mis antecedentes familiares de menopausia precoz como indicadores de que no debíamos ser demasiado optimistas.

Yo era la primera que daba por supuesto que a mi edad sería madre, pero los años se habían escurrido entre los dedos y ahora tenía miedo de que fuera demasiado tarde. Pero no tenía ganas de compartir con ellas estas inquietudes mías y no sabía muy bien por qué. No me cabía duda de que tanto Gloria como Lucía habrían tratado de animarme de haberlo sabido, y aun así no encontraba en mi interior la serenidad ni la madurez de espíritu necesarias para abrirme con ellas. Me disgustaba imaginarlas comentando este asunto entre ellas o haciendo partícipes a sus amistades o parejas.

—¿Te acuerdas de Isa? Pues la pobre lleva tiempo queriéndose quedar embarazada y no hay manera.

No quería convertirme en tema de conversación ni añadir la presión del entorno a la que ya de por sí supondría el tratamiento. Verme obligada a recibir preguntas que, dependiendo del devenir de los acontecimientos, a lo mejor no tenía ganas de contestar.

–¿Cómo ha ido, tenéis noticias? ¿El embrión no se ha implantado? Vaya, lo siento mucho. Ya veréis como sí funciona la próxima vez.

Tenía la intención de vivir el proceso en soledad: la medicación para la estimulación ovárica, la medicación para la endometriosis, la transferencia embrionaria, y hacer partícipe de lo sucedido a mi entorno cercano solo en caso de que el resultado fuera el esperado. No acababa de entender qué mecanismos de mi interior me llevaban a actuar de esta manera y sospechaba que no me habría gustado reconocerlos en una tercera persona. Mi silencio me convertía en instigadora de ese tabú existente en torno a la endometriosis, en parte activa de ese tremendo silencio en el que vivíamos las mujeres que nos enfrentábamos a problemas de fertilidad. No creía sentirme menos válida ni menos mujer por no ser capaz de concebir de manera natural, y sin embargo me comportaba como si así fuera, como si estuviera avergonzada de lo que me sucedía, como si tuviera algo que ocultar.

–Me sorprende que le preguntes esto –dijo Gloria–. ¿No eres tú la que siempre se está quejando de sentirse juzgada por no tener hijos ni intención de tenerlos?

–No la estoy juzgando, faltaría más. Solo me sorprende, porque siempre he visto a Isa como una mujer con un gran instinto maternal.

–Pues me vas a perdonar, pero eso que le has preguntado es una impertinencia.

–Hostia, Gloria, de verdad. Cómo te gusta discutir.

–No, perdona, pero es que es verdad. Sus motivos tendrá para ser o no ser madre. ¿Qué pasa, que ahora tiene que justificarse por no ajustarse al molde que habías imaginado para ella?

Lucía profirió un suspiro de hastío.

–No, evidentemente no tiene que justificarse de nada. Solo era una pregunta entre amigas de toda la vida. Y parece que la que se enfada eres tú, no ella –se volvió hacia mí–. Isa, ¿crees que mi pregunta ha sido una impertinencia?

Sopesé mi respuesta. Reconocer que sí me lo había parecido me obligaba a dar explicaciones del porqué, y eso era lo último de lo que tenía ganas. Al mismo tiempo, no quería dejar a Gloria en la estacada.

–No –mentí, cobarde–, pero entiendo el punto de vista de Gloria. Son temas muy personales.

–Pero estamos en familia, ¿no? Yo soy la primera en explicaros cosas íntimas sobre mí.

Vi de reojo cómo Gloria arqueaba las cejas ante tal afirmación y comprendí sus motivos. Lucía estaba más que dispuesta a hablar de sus intimidades sexuales, pero raramente compartía con nosotras sus problemas o preocupaciones. Siempre parecía irle todo fenomenal, o al menos eso era lo que nos hacía creer.

En mi silencio quedó implícito que, efectivamente, existía algún motivo por el que no era madre todavía, uno que nada tenía que ver con mi falta de voluntad. Gloria habló antes de que el silencio se hiciera incómodo.

–Yo nunca he tenido un gran instinto maternal –dijo–. Es así, ya lo sabéis. Nunca he sido la típica que se emociona con los niños y que a la mínima les hace monerías y quiere cogerlos. Pero con los hijos propios la cosa cambia, el sentimiento es muy fuerte, muy bonito. Lo que no quita que, joder... sea muy duro, a veces –los ojos se le humedecieron–. Perdonad. Duermo poco y ando muy tonta, supongo que ya os habéis dado cuenta...

Nos contó que le daba la impresión de que no iba a volver a estar tranquila nunca más en la vida. Ni siquiera cuando sus hijos crecieran y ya no tuviera que preocuparse por si se caían, se peleaban o se electrocutaban, ya que después de la infancia llegaría la adolescencia y después la veintena, y le entraban todos los males al pensar que podrían ser tan irresponsables como lo había sido ella.

–Mujer, no será tanto –intervine–. ¿Qué disgusto les has dado tú a tus padres?

–Ellos no se enteraron, pero me refiero a todas esas noches de borrachera liándome con desconocidos, pillando mierdas, confiando en conductores que habían bebido...

–Sí, eso da miedo –admití.

–Pero a ti te saldrán sensatos, seguro. Los míos tienen todos los puntos para ser unos descerebrados.

Lucía y yo nos reímos.

–Todo esto me recuerda que tengo que hacer unas gestiones –dijo Lucía con ademán misterioso.

–Lucía, por favor. Que ya tenemos una edad.

–Solo quiero algo de fumeteo, que no cunda el pánico. Para conciliar el sueño por las noches.

GLORIA

Hay que ver, que yo digo que estoy preocupada por si mis hijos se drogan y va y sale ella con que tiene que pillar algo para fumar, la madre que la parió. Menos mal que yo ya dejé todo eso atrás, que hace diez años que no fumo ni tabaco ni nada, y menos mal también que nunca me sentó demasiado bien, porque Lucía no se daba cuenta, pero lo que tenía era una adicción, que necesitaba su porro antes de ir a la cama para poder dormir y que la cosa no era para reírse. Era hablar de porros y pensar en Fer y en todas esas tardes en el Pelli o el Opció o sumergidos en una jaula de humos, en los ataques de risa pero también en los blancazos y las paranoias, como ese día que me vi vieja en el espejo o cuando me pareció que me ponía roja roja como si hubiera metido la cabeza en una olla de agua hirviendo, como un bogavante; pensaba en Fer y en cómo ya de tan jovencito se le iba la pinza y creía que la gente le perseguía para matarle, y ya más tarde en el brote psicótico que le pilló en Benicàssim y que le retiró de la circulación durante tanto tiempo, y sentía una pena por dentro que me dejaba encogida. ¿Qué habría pasado si, en vez de seguirle el rollo, le hubiera cortado las alas? A lo mejor ahora todavía seguiríamos tocando y seríamos nosotros, y no el capullo de Álex y los suyos, los que presentábamos disco en el Cruilla de este año. Nunca olvidaré la última vez que lo vi, con esa mirada perdida en algún lugar lejano al que nadie más que él podía acceder, solo en su jaula de idiotcias y distorsiones, con lo inteligente que era, tan joven y lleno de planes, convertido en un loco de esos que ves deambulando por los metros y los túneles, que se adivinan desde la distancia y te llevan a cambiarte de acera para no cruzarte con ellos.

Lucía se pira a hacer su gestión y nos quedamos Isa y yo en el restaurante un poco más, la convenzo para que nos pidamos un postre, una tarta de chocolate y almendras llamada Príncipe Alberto que tiene una pinta loca, el camarero reconoce el acento y nos dice catalanas, y nosotras, sí, y añade, *voldreu alguna cosa més?*, con muy buen acento, la verdad, celebramos su chapurreo y nos dice que vivió muchos años en Barcelona trabajando en un bar del Born. Nos explica el origen del Príncipe Alberto, creado por una repostera famosa de La Palma que lo bautizó con este nombre porque su hija decía que la tarta estaba tan buena como el príncipe de Mónaco, que se encontraba visitando la isla por entonces. El postre resulta delicioso, y al acabar se nos acerca el camarero de nuevo, ¿un roncito miel?, cortesía de la casa, y nos sirve una generosa ración en un vaso con hielo, un líquido amarillo y viscoso que da gusto mirar, una dulzona pasta de ámbar

que nos llena la boca de una agradable sensación de empalago. De pronto estamos en la gloria allí, Isa y yo, riéndonos de cualquier chorrada, con ese camarero tan simpático que nos invita a licores, qué lejano quedaba Mierdolás y las rampas nocturnas de la pierna de David, y las peleas por tener que encargarme yo siempre de los baños y las cenas. Qué vida aquella la que había llevado antes, en la que cada día podía ser de licorcitos y charlas con amigas, en la que no había llantos ni broncas, en la que tenía ganas de follar todo el tiempo, antes de que la rutina se adueñara de mi sexualidad y tú te pones aquí, yo me pongo allá, pim, pam, pum, se acabó el trámite y ya estoy liberada hasta la semana que viene.

LUCÍA

Le digo al taxista la dirección del contacto que me ha pasado una amiga del coro. Marcos, se llama. Resulta ser un chico muy majo. Hoyuelos en las mejillas, ojos verdes que se le achinan al sonreír. Cultiva su propia maría. Vive alejado del centro, en un bloque de apartamentos que parecen de veraneo. Piscina comunitaria. Pista de tenis. Guiris jubilados. Césped. Me ofrece un zumo de naranja. «¿Te apetece? Acabo de exprimirlo». Me hacen gracia los vasos de su cocina. Son iguales a los que hay en casa de Gloria: vasos de plástico de festivales de música. Él usa uno gastadísimo de un viejo Primavera, a mí me da uno del Mad Cool. «Eres festivalero, ¿eh?» Él sonríe: «Festivalero y melómano». Hace años tocaba en un grupo de *indie*. Llegaron a actuar en el Summercase, pero de eso hace ya mucho. Le hablo del grupo de versiones que monté con Gloria. «¡No me digas! ¿Y qué tocabas?» «Yo cantaba. Mi amiga tocaba la guitarra». Asiente. ¿Es decepción lo que leo en su mirada, esa misma decepción que ya he reconocido en la mirada de otros músicos cuando oyen que no sé tocar ningún instrumento, que solo canto? Eso me parece. Aunque tal vez me equivoque porque luego dice: «Los miércoles suelo ir a un bar de micro abierto y a veces me animo a salir. Igual te gustaría acompañarme». Me parece un buen plan.

Se niega a cobrarme. Insisto, pero no cede. Al final escondo veinte euros y le escribo desde la calle. «Te he dejado algo debajo de la alfombra». Su respuesta llega al momento: «¡No hacía falta, mujer! Nos tomamos algo con eso el miércoles. Me ha encantado conocerte». Me envía una carita sonriente y otra que lanza un corazón. Guardo el móvil en el bolsillo. Sonrío.

Me reúno con Isa y con Gloria en el apartamento. Vaciamos maletas, vagueamos un rato y nos dirigimos al súper. Algo tan sencillo como comprar cuatro cosas para comer se convierte en un suplicio. Gloria tiene instalada una *app* que desglosa la composición de productos y los evalúa según sus efectos sobre la salud. Antes de depositar un artículo en la cesta, escanea el código de barras con el móvil y comprueba si se ajusta a sus estándares. «¿Café soluble? Mediocre. En el apartamento hay cafetera, ¿por qué no cogemos café molido, que aparece como bueno?» «¿Lomo embuchado? Malo». Escanea cuatro tipos de lomo, todos con el mismo resultado. «¿Estás segura de que quieres lomo embuchado? A ver qué tal el jamón. Lo mismo. ¿Y si cogemos jamón dulce o pavo?» «Estas galletas de chocolate ya ni las escaneo, está claro qué va a salir. Cógete al menos estas digestivas, que tienen fibra».

Al principio me río, luego me pongo de mal humor. «¿Desde cuándo te has vuelto tan quisquillosa? Quién te ha visto y quién te ve».

En el pasado, Gloria había hecho tonterías con la comida. Empapuzarse, desaparecer, rociar el lavabo con desodorante. Ese tipo de tonterías. Me alegro de que haya dejado los malos hábitos atrás, ¿pero tiene que arrastrarnos a todas en su cruzada contra los conservantes y aditivos?

«Intento cuidarme un poco ahora que soy madre», dice, aunque yo sé que es David quien ha impuesto esa dictadura en su casa. Cuando está a punto de descartar las patatas fritas al jamón por unas *light*, intervengo. «Venga ya, Gloria, déjanos guarretear un poco, que estamos de vacaciones. Yo pillo una de estas, tú cógete las *light* y todas contentas. Y ya que te veo tan concienciada con tu salud, ¿por qué no vienes mañana conmigo a correr? Tengo intención de salir cada día. Así puedes permitirte alguna patata frita de vez en cuando». Niega con la cabeza. Su traumatólogo le ha desaconsejado correr por un problema crónico de espalda.

ISA

Amaneció un martes radiante de cielo azul y luz clara. Me desperté pronto y me dispuse a preparar el desayuno sin prisas. Exprimí naranjas para hacer zumo, quité con parsimonia los bordes del pan Bimbo, disfruté del silbido de la cafetera perdiéndose en el sigilo del vecindario que todavía dormía. La terraza estaba bañada por un sol suave que caía sobre la piel como una caricia. Respiré hondo y me llené con la placidez de la mañana.

Antes de empezar a desayunar, le hice una foto al conjunto formado por la bandeja con el café, las tostadas y mi libro, y se la envié a Carlos. Él sabía que ese era uno de mis momentos favoritos del día y que así era como me gustaba disfrutarlo: en silencio, mientras leía. Me contestó poco después:

—¿Cogiendo fuerzas antes de que se despierten las bestias?

Aunque podía no parecerlo, utilizaba ese sobrenombre de manera cariñosa, haciendo referencia a la naturaleza imprevisible y escandalosa de Gloria y de Lucía. También él estaba familiarizado con esa tendencia suya de pasar de la pelea a la carcajada en cuestión de segundos, así como con el constante intercambio de inofensivas y no tan inofensivas pullas. A menudo bromeaba diciendo que si no fuera por mí, que actuaba de bisagra entre las dos, se habrían sacado los ojos mucho tiempo atrás.

Era cierto que a veces podían resultar agotadoras, pero por lo general yo disfrutaba de ese bullicio que impregnaba el ambiente cuando se juntaban. Para alguien de naturaleza silenciosa como yo, resultaba admirable esa capacidad que tenían de sacar conversación hasta de las piedras. Me había fijado en ellas la noche anterior durante la cena que habíamos improvisado en el apartamento: en la manera que tenían de enlazar una anécdota con otra e intercambiar comentarios ingeniosos. Yo estaba rendida y me fui a la cama antes, desde mi cuarto las oía parlotear y carcajearse de los personajes de la tele.

Gloria y Lucía tenían la facultad, además, de crear un ambiente de confianza que no exigía de mi intervención para hacerme sentir cómoda. No era como cuando me iba a cortar el pelo e, invariablemente, la peluquería acababa inmersa en un feliz alboroto del que todo el mundo participaba menos yo. En esas ocasiones me sentía fuera de lugar, tenía incluso la impresión de irradiar una especie de frialdad que obligaba a los demás a mantener las distancias. Con ellas no tenía esa sensación, más bien todo lo contrario: si había alguien capaz de hacerme sentir despreocupada y habladora, eran ellas. Tampoco

era que me soltara del todo, ni mucho menos. Yo vivía bajo un caparazón de timidez del que jamás llegaba a desprenderme, pero ellas actuaban como un punzón en su superficie y perforaban agujeros por los que circulaba un aire refrescante y revitalizador.

Por estimulante que resultara verme apartada de mi habitual reclusión, era agradable disfrutar ahora de ese momento de soledad, descubrir en el silencio el rumor de la brisa y la lejanía de la vida al despertar. No duró demasiado, pronto empezaron a oírse ruidos procedentes de las habitaciones y minutos después apareció Lucía ataviada con su uniforme de *runner*.

–¡Buenos días! ¿Has dormido bien?

–Muy bien. ¿Y tú?

–Como los ángeles –se sirvió una taza de café y se la bebió de pie, sin ni siquiera ponerse azúcar–. Qué bueno te ha quedado. Al final hizo bien Gloria en no pillar el soluble. Que por cierto, qué pesada se puso ayer en el súper, joder. Que a mi edad tenga que suplicar para poder comprar una bolsa de patatas. Bueno, me voy a correr un rato, no tardaré. ¡Hasta luego!

Me asomé a la terraza y la vi alejarse calle abajo con sus zancadas atléticas, la coleta oscilando alegre de un lado al otro en la mañana de verano.

GLORIA

Me desperté casi a las diez, había dormido nueve horas seguidas, no me lo podía creer, qué milagro más maravilloso, cuánto hacía que no dormía así; se me había olvidado esa sensación, la de despertar descansada, sin ojeras, sin malos humores, con ganas de emprender el día que brillaba tras la ventana. El olor a café, la amigable figura de Isa en la terraza, la vida sin legañas ni nieblas, ¡todavía era posible vivir así!, sin ojos enrojecidos, sin súplicas porque no quiero ir al cole ni quejas porque Joan me ha escondido el cepillo de dientes o Sofía se ha comido la última madalena o te has despertado cuatro veces durante la noche, hostias, así no hay quien duerma y tengo una reunión de monitores esta mañana, la primera vez me desperté porque te pilló una rampa y me diste una patada que me dejaste tiesa y ya me desveló durante horas, pues lo siento, qué quieres que te diga, ya te he dicho que yo no puedo controlar cuando me pasa eso.

Tendría que haber llamado a David la noche anterior, pero al final se me hizo tarde y no lo llamé, sí le escribí varios wasaps preguntándole cómo había ido el casal de los niños, la merienda con mis padres, los baños, las cenas, y me contestó que todo bien, sin novedades en el frente, no me comentó nada de amenazas de muerte a Mierdolás, ni de peleas ni cucharazos de puré de verduras en la encimera ni yogures precipitados contra el suelo, lo que sin duda era milagroso y me llenó de buen humor, ¡buenos días, Isa!, ¡qué bien huele aquí, por favor, café recién hecho!, y por aquí me sirvo un zumo y por aquí tuesto un poco de pan, y creo que le pondré también un poco del lomo embuchado de Lucía, Dios, está buenísimo, al final hizo bien en insistir para comprarlo, Isa se medio ríe con esa expresión tan suya, que por lo visto Gloria ha dicho lo mismo del café.

LUCÍA

Bajo por una calle ancha, luego por otra que desemboca en la Avenida Marítima. Bordo la plaza de España, ¿hay un hombre sentado en la orilla de la fuente como si estuviera en un lago? Pienso en si comentarles o no a las chicas lo del micro abierto del miércoles. Guardo mal recuerdo de la última actuación con Gloria. Esa mirada fulminante encima del escenario, ese desprecio por haber fallado una nota. Un concierto entre amigos por el que ni siquiera cobramos, ¿tan grave fue que desentonara un segundo? Como una fiera, se puso. Siempre nos fue mejor en los ensayos que en los directos. En los ensayos improvisábamos, hacíamos el tonto. Lo pasábamos bien. Éramos cómplices, éramos amigas. En los directos nuestra actuación se convertía en una batalla de egos. Dejábamos de ser un equipo para comportarnos como rivales. Yo siempre he sido una exhibicionista y en el escenario me crecía. Bailes, bromas, saltos, extravagancias, ¿no es eso lo que tiene que hacer una buena *frontwoman*? Gloria se hacía poquita cosa. Se mostraba tirante, casi antipática, concentrada solo en su guitarra. ¡Sonríe un poco, hija mía!, daban ganas de chillarle. No daba pie a ninguna de las bromas que habíamos ensayado. Yo tenía que arreglármelas sola y, a veces, descuidaba la voz. Ella se aferraba a esos descuidos para volcar sobre mí la rabia acumulada contra ella misma por haberse mostrado tan sosa. ¿No se suponía que aquello era lo que más le gustaba en el mundo? ¡Pues no se notaba!

Me inquieta la idea de tenerla allí delante si salgo a cantar con Marcos. Pocas personas consiguen hacerme sentir insegura, muy pocas. Mi madre y Gloria son dos de ellas.

ISA

Tras los desayunos y las duchas, nos dirigimos a la playa de las Teresitas. Estaba a un cuarto de hora en coche de donde nos encontrábamos, en el norte de Santa Cruz. Resultó ser una playa de arena fina y aguas limpias, salpicada de palmeras y rodeada de montañas. Tiempo atrás había estado constituida de arena negra volcánica, pero en los años setenta se había rellenado artificialmente con arena procedente del desierto del Sáhara para ampliar su extensión.

La playa era amplia y, aunque había bastante gente, conseguimos colocarnos en un buen sitio en segunda línea de mar. La brisa suave arrastraba soplos de agua salada y el aire contenía un irresistible aroma vacacional. Había acertado al hacer ese viaje, me dije, venciendo los recelos de volar en pandemia y alejándome de la seguridad de mi casa para emprender esa escapada entre amigas. A pesar de que a lo lejos planeaba el miedo a esos temidos días de ovulación, tenía la esperanza de que estos se vieran atenuados por mi buena disposición mental. Había leído que el estrés agravaba el dolor de la endometriosis, por lo que no era completamente absurdo pensar que las vacaciones me darían una tregua.

Charlamos un rato, luego nos bañamos y dormimos al sol. Tanto a Gloria como a Lucía les gustaba hacer *snorkel*: habían traído gafas y tubo de Barcelona y bucearon en la zona de las rocas mientras yo tomaba el sol en la orilla. De vez en cuando, yo me incorporaba para localizar sus tubos lejanos y los contemplaba con cierta envidia. Siempre he sido muy torpe y cuando Gloria me dejó su equipo para que probara un rato, no supe encajar bien el tubo en la boca y acabé tragando agua. Al verme salir tan rápido con el rabo entre las piernas, Gloria se ofreció a acompañarme.

—Debías de tener el tubo mal puesto, esto tiene fácil arreglo. Debes morder a saco el trozo este, sin miedo, tiene que quedar dentro de tu boca. ¿Vamos al agua y probamos?

—No, da igual, ya veo que esto no es lo mío.

—Pero qué dices, que no, mujer, pero si no tiene misterio. A la que te salga una vez ya verás que ya está.

—No sé, a mí las gafas nunca se me sujetan bien, se me empañan, me entra agua. Y ahora con esto del tubo es una complicación añadida.

—¿Sabes lo que te iría bien? Una de esas máscaras que ya llevan el tubo incorporado. Es solo ponérsela y listos. Lo malo es que no puedes sumergirte, pero van bien para bucear desde la superficie.

Esta tarde podíamos comprar una, estaban muy de moda y se vendían en cualquier lado. A mí me daba pereza todo aquello y aun así, me alegré de que insistiera. A menudo tendía a dejarme arrastrar por mis desidias y convenía darme un empujoncito. Gloria, tozuda y entusiasta con las cosas que le gustaban, era una fantástica empujadora.

De vuelta a la toalla estuve leyendo un rato, aunque con el runrún de la incansable conversación de Gloria y Lucía resultaba difícil concentrarse. Pero no me importaba, resultaba bonito verlas charlando tan contentas como las mejores amigas que siempre serían por mucho que se empeñaran en enfrentarse por chorradas. Tampoco esa mañana me molestaba la sensación de distancia de la peluquería, me sentía afín a ellas e integrada en el risueño conjunto que dibujaban nuestros cuerpos en la playa: éramos tres mujeres disfrutando de las vacaciones, tres amigas bajo el sol.

En un momento dado, Gloria se puso también a leer y una repentina ventolera hizo volar su punto de libro hasta más allá de nuestras toallas. Aterrizó más o menos cerca de donde estaba yo y me apresuré a cogerlo. Me quedé helada al ver que se trataba del recordatorio del funeral de Xavi. Se lo devolví a Gloria, que pareció avergonzada al darse cuenta.

—Hostias, no recordaba que esto estuviera aquí. Nunca sé dónde guardar los recordatorios de funerales y siempre acabo metiéndolos en libros. Este fue el libro que debía de estar leyendo por entonces —me lo enseñó: se trataba de *Nubosidad variable*, de Carmen Martín Gaité—, lo estoy releendo. ¿Lo has leído?

—Sí —dije—, pero mi cabeza estaba en otro sitio, en ese día oscuro en el tanatorio de Les Corts en el que vi a Xavi por última vez, metido en una caja de madera.

Lucía presencié la escena y leyó la desazón en mi rostro.

—Qué tiempos más chungos, ¿eh?

—Mucho. Fue un año espantoso, justo ayer lo estaba recordando —me sorprendí entonces explicándoles algo que nunca les había contado: el recuerdo de la canción de Perales y el encuentro fugaz de miradas de esa otra vida.

Lucía y Gloria sonrieron con aire melancólico.

—Estabas coladísima por él —dijo Gloria.

—Sí, aunque él nunca lo supo.

—¿Nunca? ¿Ni en la universidad, cuando os hicisteis tan amigos?

Negué con la cabeza.

—Nunca se lo dije. Siempre he sido una cobarde —quería decirlo en tono de broma, pero me salió una voz amarga.

—Eso no es verdad —dijo Gloria con rotundidad—. Tú no eres cobarde, no sé por qué dices eso, ya basta de tirarte piedras siempre, Isa.

—Gloria tiene razón. ¿Por qué dices eso?

Me encogí de hombros.

—No, por nada —hice un gesto con la mano para tratar de quitarle importancia, pero mis palabras allí estaban, flotando todavía en esa pesada atmósfera que se había creado

de repente, espesa de viejas tristezas y fantasmas del pasado.

No les expliqué que una parte de mí todavía se preguntaba, a veces, si la razón por la que empecé a salir con Carlos a los dieciséis fue para acercarme a Xavi. Por mucho que Carlos me hiciera gracia, tan alto y desgarbado, con su aspecto despistado y sus pelos revueltos. Por mucho que me halagara que estuviera siempre tan pendiente de mí y que me mirara con ese descaro desde la otra punta de la clase. Por mucho que, aunque me avergonzaba admitirlo, disfrutara de esa admiración que su atención me granjeó a los ojos de los demás. Carlos estaba bien considerado entre las chicas del curso, incluso Lucía comentaba que lo encontraba atractivo y a Marga le había hecho gracia durante una temporada. Yo nunca había estado con chicos y siempre me había considerado poquita cosa: su interés me hizo sentir bien conmigo misma. Esa sensación de no pertenencia al lugar en el que me encuentro, con la que convivo desde que tengo conciencia, se redujo cuando empecé a salir con él y no miento si digo que aquel curso fue uno de los más felices de mi vida. Al fin y al cabo, Carlos es un ser maravilloso y resulta extremadamente fácil quererle y dejarse querer por él. Aun así, era con Xavi con quien soñaba en esos tiempos de hormonas revolucionadas y sentimientos a flor de piel, era su cuerpo el que imaginaba encima de mí cuando aprendí a masturbarme y tuve conocimiento de la importancia de las fantasías en el cultivo de la sexualidad.

—¿Dejaste de estar enamorada de él alguna vez? —preguntó Gloria entonces, como si me hubiera leído el pensamiento.

Su pregunta me golpeó por su sinceridad y su simplicidad. Era la pregunta que había evitado hacerme siempre, la que trataba de esquivar escudándome en la confusión mental y en la imposibilidad de ponerles etiquetas a los sentimientos. Ella la había pronunciado sin apenas esfuerzo, con la contundencia necesaria, un punto imprudente, de quien arranca una tirita sin saber si ha cicatrizado la herida que cubría.

Tardé unos segundos en contestar.

—Siempre tuve sentimientos muy fuertes hacia él —contesté, sincera—. Que convivían con los sentimientos también muy fuertes que tenía, y que tengo, hacia Carlos —esboqué una débil sonrisa—. ¿Se me notaba mucho?

GLORIA

Yo sí lo notaba porque cuando aparecía Xavi por el irlandés en el que quedábamos para beber antes de ir de fiesta se te iluminaba la cara como una bombilla, porque de pronto parecías más joven y más ingenua, y te reías por cualquier cosa, y hacías un esfuerzo por dejar de ser tan hermética, y te quedabas hasta tarde en vez de volver a casa antes de que cerrara el metro, y te pedías otra copa y lo dabas todo, y los ojos te brillaban cuando bailabais los dos y hacíais el tonto, y porque aunque seguías siendo cariñosa con Carlos y jamás hicieras nada inapropiado que pudiera herirle, yo te conozco desde que eres una niña y te había visto crecer enamorada de él, y había jugado contigo al juego de diez chicos, diez chicas y él siempre iba el primero, siempre, y porque los sueños adolescentes son así, ya lo cantaban los Undertones, tan difíciles de superar.

Lo sabía porque su muerte te dejó tan hecha polvo que casi te fuiste con él, te incapacitó para seguir sintiendo nada por nadie, a nosotras no nos llamaste en un año y a tu madre la descuidaste a pesar de su enfermedad y a tu novio de siempre lo apartaste de tu lado porque no había espacio en tu vida más que para la tristeza y el vacío que él dejó. Y no sé si debería contarte que, cuando vivía, a veces daba la impresión de que él sabía cómo te sentías y se aprovechaba de la situación, que le encantaba saberse adorado por ti y se servía de tu devoción para darse impulso; o si por el contrario debería explicarte lo que parecía otras veces, que te correspondía con igual intensidad, que te miraba con unos ojos diferentes a los que ponía para mirar al resto del mundo, más profundos, más sinceros, que prácticamente te lo daba todo al mirarte y que quería mucho a Carlos, sí, pero te quería más a ti. Finalmente no digo nada porque da igual ya, porque no te mereces quedarte encallada en el recuerdo de lo que no fue, porque me sabe mal haber alimentado tus fantasmas y no quiero hacerlo más, y porque allá al fondo se oye el rumor del mar y venga, va, vamos a bañarnos, que dentro del agua nos sentiremos vivas porque lo estamos, estamos vivas, y eso es algo que no debemos olvidar.

LUCÍA

Luego soy yo quien hace preguntas insolentes. ¿A quién se le ocurre sacar eso tantos años después? ¿Qué importancia tiene a día de hoy que Isa estuviera, o no, enamorada de Xavi? Me sorprende esa enfermiza tendencia a mirar atrás. Todo el día con la nariz en el pasado. Me acuerdo de cuando en el colegio, tal o de cuando en la universidad, Pascual. ¿Podemos, por favor, centrarnos en el presente? En ese sentido soy opuesta a ellas. No me gusta pensar en lo que ya he vivido. Mucho menos en lo que deseé no haber vivido jamás. Odio los recordatorios de Facebook sobre publicaciones pasadas. Me parecen un insulto. Una broma cruel. Nunca estaremos tan jóvenes como en esas fotos. Nunca tendremos tanto por delante como teníamos entonces. ¿Qué sentido tiene machacarnos con ello?

Dicho esto, yo no sabía que Isa había seguido sintiendo algo por Xavi una vez dejamos el colegio atrás. ¿Por qué nunca actuó en consecuencia? Todas esas tardes en el cine. Esas quedadas para estudiar. Esas noches saliendo de fiesta. ¿Cómo es posible que nunca hiciera nada? Una palabra, una mirada, un beso habría sido suficiente. Ya te vale, Isa. Siempre en tu sitio. De puntillas. Mirando tras el cristal. ¿Por eso te fuiste a casa esa noche en que Xavi y yo nos enrollamos? ¿Por eso jamás me preguntaste al respecto ni mostraste el menor indicio de curiosidad?

«No pasó nada esa noche», le digo cuando volvemos de bañarnos y nos quedamos solas un momento. «Un par de besos y cada uno a su casa. Y no lo habría hecho de haber sabido lo que sentías». «Pues ojalá te hubieras acostado con él», fuerza una sonrisa, «a lo mejor se me habría quitado la tontería». La miro con curiosidad. Sé que no siente lo que dice y me extraña que todavía tenga esa necesidad de ocultar sus sentimientos, tanto tiempo después. ¿Pero qué sabré yo si nunca he sentido nada así por nadie, si siempre que he querido a alguien lo he hecho con reservas, si me he esforzado tanto en trazar líneas y en poner espacios de por medio que esa distancia ha acabado formando parte de mí?

ISA

Comimos en un restaurante cercano a la playa, bajo el toldo rojizo de una terraza bastante concurrida. El viento arrastraba risas, olor a fritanga, retazos de conversaciones extranjeras. A lo lejos, el mar centelleaba bajo el sol radiante; el ambiente era cálido y festivo. Tras esos largos meses de pandemia resultaba casi irreal estar allí, rodeadas de bullicio, pidiendo una parrillada de marisco para compartir. Cuando nos trajeron los platos, Gloria dio palmas con las manos y se removió exaltada en su asiento.

–¡Excitación pre-alimento! –dije riéndome. Así era como habíamos bautizado a ese estado de feliz agitación en el que entraba Gloria en los momentos previos a hincar el diente–. Cuánto tiempo sin presenciarla.

–Comprensible –dijo Lucía–, como David la tiene a pan y agua...

Gloria se había reído con mi comentario, pero con el de Lucía frunció el ceño.

–Qué exagerada eres, por favor. Por un día que en vez de pizza me pillé una burrata, de verdad, en mala hora. ¿Hasta cuándo vas a recordármelo?

–Ahora no pensaba en eso, sino en la dictadura de la *app* esa para seleccionar alimentos.

–Esa no me la descubrió David, sino las colegas del huerto.

–Hombre –Lucía se rio–. Era de esperar.

En los últimos años, Gloria había desarrollado aficiones relacionadas con la naturaleza sobre las que a Lucía le gustaba bromear. A través de una asociación vecinal de Poble Sec, donde vivía, había conseguido una parcela en un huerto comunitario en el que cultivaba vegetales de temporada. Allí había trabado amistad con gentes del barrio, en particular, con una pareja de lesbianas de las que se había hecho inseparable, con las que asistía a charlas y talleres de temática feminista y anticapitalista.

Lucía ironizaba sobre su repentino interés por esos temas, que consideraba impuestos desde fuera en vez de fruto de un proceso de natural concienciación. Yo sospechaba que la razón por la que se metía con Gloria por ese motivo era mucho más sencilla: estaba celosa de sus nuevas amistades y esa era su manera de protegerse.

–Tú te ríes, pero es interesante saber la de mierdas que nos metemos en el cuerpo a diario.

–Por supuesto, pero obedecer ciegamente una *app* me parece ingenuo, como mínimo. Se tendrían que investigar los criterios que sigue. Hay un gran negocio

montado en torno a los productos *eco* y además, que un producto sea ecológico no siempre significa que sea más sano.

–A ver, explícame eso.

–Pues que normalmente las dosis de pesticidas que se utilizan en los productos agrícolas son mínimas, y que tendrían que consumirse toneladas para que resultaran perjudiciales.

–Aun así, siempre será mejor que no lleven ni esos mínimos.

–A lo mejor es preferible comer un tomate de temporada cultivado con pesticidas que un tomate ecológico importado de la otra punta del mundo.

–Por el hecho de ser importado será menos sostenible, pero no menos sano.

–¿Y eso no debería tenerse en cuenta?

–Sí, pero no es de lo que estábamos hablando...

Las contemplé enzarzarse en una de esas absurdas discusiones suyas en las que me daba tanta pereza intervenir. A veces daba la impresión de que disfrutaban con aquello, de que incluso exageraban sus posturas para diferenciarse una de la otra y justificar el enfrentamiento. A cada réplica los ánimos se crispaban; los temas más intrascendentes se volvían personales y alguna vez habían acabado a gritos. A menudo discutían sobre música: una de las peleas más sonadas que recordaba había surgido a raíz de un comentario de Lucía sobre lo innovadora que era Rosalía. Tan o más innovadora que los Beatles, había dicho la insensata, con la feliz imprudencia de quien enciende un mechero cerca de un charco de gasolina. Como era de prever, Gloria había saltado como una fiera, y la cosa había acabado yéndose de madre con descalificaciones personales del estilo, qué sabrás tú si no tienes ni puta idea de música. A Lucía le gustaba provocar y Gloria era una presa fácil. Yo no lograba entender qué llevaba a Lucía a querer chingarla todo el rato ni qué llevaba a Gloria a tomarse tan a pecho todo lo que Lucía decía. Con lo fácil que habría sido dejar que sus palabras le entraran por un oído y le salieran por el otro, como hacía yo. ¿Que Rosalía era mejor que los Beatles? Sí, mujer, sí, claro que sí. Y que Beethoven.

GLORIA

Me desperté pronto esa mañana, demasiado pronto, mierda, y ya no pude dormir más, estaba nerviosa pensando que en unas horas íbamos a ver a Marga, mil preguntas se amontonaban en mi mente, cómo iría todo, estaría cambiada, seguiría teniendo ese pelo tan suave y tan rubio que casi era blanco y esa piel casi transparente que se enrojecía a la mínima cuando se reía, cuando algo le daba vergüenza o cuando en algún lugar olía mal; siempre fue muy sensible a los olores, de pronto se ponía rojísima y los ojos le lloraban y decía, vámonos de aquí, por favor, esto es espantoso, y nosotras nos partíamos al ver que sufría tanto. Le haría ilusión vernos después de todos estos años o lo contrario, se sentiría avergonzada de haber desaparecido como lo hizo, pensaría todavía a veces en todas esas llamadas después del colegio solo para charlar, despotricando de profesores, hablando de chicos y de grupos de música y del futuro: de cuando nos fuéramos de gira mundial como teloneras de Unfocused y nos hiciéramos íntimas de Kate, yo estaría con Glenn y ella con Mark y en los camerinos conoceríamos a Green Day o Garbage o Weezer, y haríamos todos piña y comentaríamos nuestro reciente *single* y saldríamos en la portada de la *NME*. Ella se compraría una batería, por entonces solo daba golpes con los lápices, la escuadra y el cartabón, y yo mejoraría a la guitarra y seríamos el mejor grupo de *power pop* femenino de la historia. Recordaría todo eso con la misma emoción con la que lo recordaba yo, con esa mezcla de alegría y tristeza flotando en mis ojos, maravillada con esa inocencia, con esas ganas de vivir y esa sensación de euforia al enfrentarnos a un futuro que era un puñado de páginas sin escribir, un futuro tan inmenso y misterioso como el cielo o el mar; o diría, en cambio, qué ingenuas, qué idiotas éramos, todo el día construyendo castillos en el aire, y estaría tan contenta mediando en comunidades de propietarios y debatiendo sobre si ese aire acondicionado cumplía las normas o si deberían pavimentarse los escalones de la entrada.

Habíamos esperado hasta entonces porque el miércoles era el día en que los detectives habían anotado que Marga salía a tomar un café con sus compañeros de trabajo; los otros días o bien no salía o lo pedía para llevar y se lo bebía en la oficina, así que ese era el día, cómo iría todo, qué le diríamos, qué nos diría.

Por la noche Lucía había quedado con su amigo de la marihuana en un local de micro abierto, a mí la verdad es que no me apetecía ir, no tenía ganas de enfrentarme a todos esos músicos mediocres que daban rienda suelta a sus frustraciones a costa de la paciencia de los demás, esos cantautores plastas, raperos penosos, poperos entrados en

carnes; no quería beber un par de cervezas y caer en la tentación de convertirme en uno de ellos, en la madre de familia que aparcó sus sueños de *rockstar* para amamantar y hacer baños y limpiar babas. No me malinterpretéis, yo estaba contenta con la vida que llevaba, que había días mejores y peores, evidentemente, pero no habría cambiado a mi familia por nada del mundo, ni siquiera por hacer música todo el día, y en mi trabajo iba tirando y era buena en lo que hacía, a pesar de que cansaba estar siempre del lado del empresario y no del artista, a pesar de estar rodeada de puteros y cocainómanos que miraban de arriba a abajo por los pasillos, a pesar de tener que lidiar con seudoejecutivos mediocres que contaban los minutos que habías llegado tarde según la máquina de fichar, a pesar del ambiente opresivo y machista de las reuniones y de que mi sueldo era mucho menor que el de mis compañeros, en fin, tal vez no estaba tan bien, ahora que lo pensaba. Esa sensación cuando recordaba las fantasías de estrellato con Marga a la hora del patio, o esos primeros conciertos con Fer y Álex en la universidad, o incluso los ensayos con Lucía en nuestros buenos momentos, ese peso en el estómago rodeado de vacío, ese puño allí dentro mal colocado de pronto, no tenía que ver con la frustración de no haber cumplido mis sueños de adolescente sino con el temor de que a partir de ahora todo estuviera previsto, con la imposibilidad de mirar hacia delante, como lo hacía entonces, a un horizonte imposible de adivinar; y probablemente me habría asaltado igual de haberme convertido en lo que deseaba a los trece años, porque no se trataba de no haber cumplido un sueño sino de haber dejado los sueños atrás. Tal vez era por eso por lo que estaba tan nerviosa, porque el reencuentro con Marga era también un reencuentro con mi juventud perdida, con esa juventud escandalosa que duró tantos años y aprovechó el jaleo de las carcajadas, los bajones y las noches sin dormir para disolverse poco a poco en la niebla gris del paso del tiempo.

LUCÍA

Me sorprende ver a Gloria en pie cuando me despierto para ir a correr. Olor a café. Tostadas a medio comer. Una guitarra en el sofá. «Estaba muy inquieta con lo de Marga y ya no he podido dormir más», me cuenta cuando le pregunto. «Curioseando por el altillo he encontrado esta guitarra».

Gloria siempre nerviosa por una cosa u otra. ¿Cuándo descubrirá que tanto nervio no sirve de nada? De nuevo le ofrezco venir a correr conmigo, pero me sale con lo de su espalda. Me sirvo una taza de café y me siento con ella en la terraza. Sol amable. Cielo en calma. Vecindario en silencio. Está leyendo el informe de los detectives. Me lo enseña:

... procedemos a describir las rutinas llevadas a cabo por LA INVESTIGADA en un miércoles laborable:

–9.00: Se apea de su vehículo RENAULT 5, MATRÍCULA *** (en adelante, EL VEHÍCULO), tras aparcarlo en PARKING CENTER, con domicilio ***.

–9.05: Entra en el edificio localizado en *** , domicilio social de FINCAS HERNÁNDEZ.

–12.00: Sale del edificio acompañada de un hombre de alta estatura, complexión fuerte, moreno, cuarenta años aprox., y dos mujeres: una rubia de mediana estatura, complexión delgada, veinticinco años aprox., otra de alta estatura, pelo castaño claro, complexión fuerte, treintaicinco años aprox. Los cuatro se dirigen al BAR LA OFICINA, localizado en ***.

–12:30: Salen del bar y regresan a FINCAS HERNÁNDEZ.

–16.00: La INVESTIGADA abandona FINCAS HERNÁNDEZ para dirigirse hacia PARKING CENTER.

–16:05: EL VEHÍCULO abandona PARKING CENTER y conduce en dirección sudoeste hasta coger la autopista TF5. Toma la salida 8A hacia TF-13, en dirección La Laguna Centro ciudad / Tegueste. Sigue por TF-13 hasta llegar al pueblo de BAJAMAR.

–16.50: La INVESTIGADA se apea del vehículo y lo aparca en parking privado perteneciente a finca localizada en domicilio ***.

¿El plan? Plantarnos en el bar La Oficina y esperar a que Marga llegue con sus compañeros de trabajo. Forzar un intercambio de miradas. Hacernos las sorprendidas. «¡No puede ser! ¿Pero qué haces aquí? ¡Qué fuerte, por favor!».

Le diríamos que estábamos de vacaciones. Que habíamos escogido ese destino en busca de playa y relax. ¿Pero cómo justificar el encontrarnos justo en esa zona? Buscamos en Google Maps alguna atracción turística que pueda explicar nuestra presencia allí. La encontramos en el parque García Sanabria, a apenas cinco minutos del bar. Se ve muy bonito en las fotos, así que podemos aprovechar para visitarlo.

Gloria se lleva el puño a la boca para demostrar su agitación. Es un gesto muy de ella, lleva haciéndolo desde niña. Me río y doy golpes en la mesa con la palma de la mano. «¡Marga, que hoy no te escapas!».

Hacemos memoria, ¿cuándo la vimos por última vez? En el cumpleaños de alguien, en una pizzería. Todos pedimos pizza excepto ella, que pidió unas tostadas. Nos chocó aunque tampoco mucho, estábamos acostumbradas a sus rarezas. Recordamos esa tarde que quedamos para hacer un trabajo y ella se presentó borracha porque su madre le había recomendado beber whisky para combatir los dolores de regla. Tela. Y esa otra vez que...

Gloria recuerda viejas batallas, lo que más le gusta en el mundo. Yo me río, pero no las vivo tanto como ella. No estoy segura de si he echado de menos a Marga durante estos años. Creo que no. Era divertida y compartimos buenos momentos, pero nunca fue muy importante para mí. La vida ya nos había separado cuando desapareció. Yo acababa de empezar en Talentia, y cada dos por tres me enviaban a Londres a hacer formaciones. Aquel año conocí a un montón de gente y apenas noté su ausencia. Gloria, en cambio, lo pasó mal. La desaparición de Marga coincidió con el final de Dreams and Beans, el grupo que tenía con Fer y Álex. La relación con Álex estaba cada vez más deteriorada porque Álex se enrollaba con otras un día sí y otro también. Fer se metía de lo lindo y nunca estaba allí cuando lo necesitaba. Yo estaba fuera cada dos por tres. Isa estaba depresiva perdida. Marga se había largado. ¿El resultado? Gloria se había sentido muy sola.

Aparece Isa por la terraza. No tiene buena cara. Normalmente está duchada y cambiada de buena mañana. Hoy está en pijama, como nosotras. Pálida, ojos hinchados, ojeras que parecen pintadas con rotulador. «¿No has dormido bien?». «Me he despertado con mucho dolor...», se señala la barriga. «Justo recordábamos el remedio de Marga para los dolores de regla, ¿te acuerdas?». Se ríe, pero su mirada está apagada. Parece estar muy lejos. ¿Nos ocultará algo? Isa es una persona misteriosa. Sonrisa callada, ojos negros que miran siempre hacia dentro.

ISA

Albergaba la esperanza de que el dolor me diera una tregua hasta el fin de semana, pero no fue así. De momento era manejable, pero más que suficiente como para hacerme temer lo que llegaría dentro de dos o tres días, cuando alcanzara su máximo esplendor. No solo le tenía miedo al dolor que estaba por llegar, sino también a esa tristeza brumosa que traía consigo, al trapo húmedo que se enroscaba alrededor de mi alma durante esos días. Había leído que en las endometriosis más avanzadas, el tejido endometrial podía llegar hasta los pulmones e incluso hasta el cerebro. No se trataba de mi caso, afortunadamente, pero a veces imaginaba que era por culpa de ese tejido por lo que me sentía tan triste en los días de dolores. Que esas mucosas rojizas se enredaban en los conductos por los que circulan las sustancias que levantan el ánimo y los bloqueaban, dejándolos vacíos e inservibles.

Me senté con las chicas en la terraza y allí me quedé inmóvil y callada, sin ánimos de participar en la conversación, ni siquiera de servirme un café. Posé mi atención en los geranios de la terraza. Todavía estaban pochos, pero tenían mejor aspecto que a nuestra llegada. Desde entonces los había podado, había cambiado la ubicación del tiesto y los había regado cada noche, siguiendo las indicaciones de Carlos.

–El resto del año no hace falta regarlos tanto, pero en verano sí. Siempre por la noche, para que no se quemem.

Esa ligera mejoría que habían experimentado me animó un poco. Me sentí bien al saberme la responsable de haberles devuelto a esos geranios parte de su fuerza y color. Me reconfortó pensar en Carlos y en sus detalladas instrucciones para salvarlos.

A lo lejos, amortiguada por la espesa membrana del cansancio, llegaba a mis oídos la conversación de Lucía y Gloria. Hablaban de Marga y de los tiempos en los que desapareció, ese mismo año convulso en el que tanto Gloria como yo lo habíamos dejado con nuestras respectivas parejas.

–Menos mal –dijo Gloria–, menos mal que lo dejé con Álex.

Un soplo de aire me apartó de los geranios y me hizo pestañear.

–Menos mal que yo volví con Carlos –pensé, y debí de decirlo en voz alta ya que Gloria y Lucía sonrieron. Luego Lucía dijo:

–Qué mal lo pasó Carlos con todo eso. No hay duda de que tú lo estabas pasando peor, ¿eh? Pero el pobre sufrió mucho también.

Asentí. Quise decir que lo dejé para hacerle un favor, que no era plato de gusto estar a mi lado en ese estado lamentable, tirada en la cama, fantaseando con acabar con todo. Pero me limité a asentir.

—Nos apartaste a todos de tu vida ese año —intervino Gloria—, pero fue él quien se dio cuenta de que necesitabas ayuda y te arrastró a ver a un médico.

—Sí —dije—. Así fue. No sé dónde estaría de no ser por él. Bajo tierra, a lo mejor —de nuevo, la membrana convertía las voces, también la mía, en sonidos lejanos e irreales, pero no lo eran: las voces dibujaban palabras y estas recién pronunciadas habían llenado de preocupación las miradas de mis amigas; sonreí para quitarle hierro al asunto, aunque supongo que fue inútil después de aquello—. Él me salvó. En todos los sentidos.

GLORIA

David libraba los miércoles por la mañana, así que lo llamé para que me contara qué tal estaba yendo todo por Barcelona, ya que no hablaba con él desde que habíamos llegado a la isla. Con los niños había hablado el día anterior, estaban la mar de contentos porque los abuelos les habían traído chuches y unos muñecos de la Patrulla Canina; además, Sofía estaba ilusionadísima con un cuenco de barro que había hecho en el casal y Joan había aprendido a tirarse de cabeza en la piscina; ni una mención a Mierdolás ni a nadie que se metiera con él, todo parecía estar yendo como la seda, gracias, gracias, Dios mío, muy triste que en esta vida solo se lograra avanzar con amenazas, pero bienvenidas fueran si habían conseguido librar a mi hijo de ese desgraciado. Pero cuando hablé con David esa mañana estaba que trinaba: que cómo se les ocurría a mis padres traerles chuches a los niños, que la próxima vez ya directamente les trajeran cocaína, no te fastidia, que era una falta de consideración; en otras circunstancias me habría reído de semejante exageración, pero esa mañana no porque se puso muy pesado, realmente se le iba la olla a veces y a ver si iba a tener razón Lucía con lo de que se pasaba, se pasaba cuatro pueblos. Se suponía que era yo la que tenía problemas con la comida y ahora iba a resultar que él era todavía peor, que lo suyo era enfermizo y francamente, a lo mejor me saldría más a cuenta que tuviera barriga y me dejara un rato en paz ya con ese tema, que me agotaba, de verdad. Me mordí la lengua para no soltarle que mis padres traerían chuches, pero estaban allí al pie del cañón siempre que se les necesitaba a diferencia de los suyos, que parecía que te perdonaban la vida cada vez que se les pedía algo y que varias veces nos habían dejado con el culo al aire en el último momento. Lo que me daba más rabia era que con mis padres David era todo sonrisas y halagos, que no tenía narices de decirles: no les traigáis chuches a los niños, por favor, que lo tienen prohibido porque son fatales para la salud; no, no, con ellos era dulce como la miel de la Alcarria y luego era yo quien tenía que comerse sus broncas. Le dije que las guardara él y les diera dos chuches al día a cada uno, con la merienda, por ejemplo, y me salió con que él no quería guardar esa porquería y que más valía que se las comieran rápido y desaparecieran de su vista; razonamiento tan ridículo, tan sumamente patético, que no me vi capaz de rebatirlo sin perder los nervios y cagarme en él y enviarle a la mierda, por lo que finalmente opté por callar y anotar mentalmente hablar con los niños más tarde y hacerles prometer que no se empapuzaran, que se las repartieran en varios días, que si no les sentarían mal. Por el tono de alarma de David yo había imaginado un bolsón de

chuches descomunal, prácticamente un cucurucho, pero luego hablé con mi madre y me dijo que solo eran dos plátanos, dos fresitas, dos nubes y una piruleta de corazón para cada uno, así que realmente no había para tanto, cómo puede ser tan exagerado este hombre, por el amor de Dios, y cómo es posible que se ahogue en un vaso de agua.

Nos pusimos en marcha: eran ya pasadas las once cuando salimos de casa, por lo que no teníamos tiempo que perder. Bordeamos la plaza Weyler para coger la calle Méndez Núñez y llegar al parque, me habría gustado pasear por él sin prisas pero no nos dio tiempo de ver más que el precioso reloj de flores de la entrada; seguimos luego todo recto, bajamos un par de calles hasta llegar a la de la Rosa y en una de sus esquinas estaba el bar La Oficina, a pocos metros del edificio en el que trabajaba Marga; eran las doce menos cinco, por los pelos.

Tomamos asiento en una mesa del lateral, que nos ofrecía una buena visión de conjunto, Lucía y yo nos sentamos de cara a la puerta de la entrada, Isa de espaldas, el bar estaba muy lleno y desde la barra una señora de aire dicharachero nos preguntó qué queríamos, la distancia que nos separaba me obligó a chillar para contestarle: idos cortados, uno con la leche muy caliente, una coca-cola, y...!, bajé la voz: yo voy a pedir un cruasán de esos pequeños de chocolate, ¿vosotras queréis algo?, vale, ipues dos cruasanes pequeños de esos que tienes de chocolate, gracias! Y esperamos.

LUCÍA

Marcos me escribe. Me envía una canción por YouTube y me pregunta si me apetece cantarla con él. No le contesto. He perdido el interés. Qué absurda esta manera de ser. Esta retorcida ley de oferta y demanda emocional que me lleva a despreciar la atención en cuanto la recibo. ¿Tendría más ganas de verle si hubiera pasado de mi cara? Seguro. ¿Por qué tengo que ser así? Me pasó lo mismo con el carpintero. Me tenía loca al principio, pero me cansó en cuanto se volvió zalamero y dependiente. No he contestado a ninguno de sus mensajes desde que llegué aquí. Lo pienso y me da pena. Aunque mejor así: más vale que se dé cuenta de que lo nuestro no va a ninguna parte.

Qué lástima haberme vuelto tan cínica. Al final voy a ser como las amigas de Gloria, las grandes detractoras del mito del amor romántico. Sería bonito sentir de nuevo como una adolescente. O como Isa, tan segura de haber hecho lo correcto al volver con su novio de siempre. O tal vez no. ¿Toda la vida con la misma persona? Madre mía, ¿en qué cabeza cabe? Los mismos labios, las mismas manos, los mismos ojos, la misma polla, una sola manera de dar besos, un olor en la almohada, siempre el mismo. Día tras día, año tras año. Qué tortura. No digo que no estén hechos el uno para el otro. Tal vez lo estén, si es que eso es posible. ¿Pero no habría sido mejor aprovechar la separación para picotear un poco de aquí y de allí? ¿Volver con conocimiento de causa y posibilidad de comparar? No me extraña que esté encallada con el recuerdo de Xavi. Tantos años de monogamia deben de llevarle a una a aferrarse a lo que sea. Más le valdría atesorar otro tipo de recuerdos. Un buen polvo con un desconocido, por ejemplo, en vez de la mirada de un niño cantando canciones de José Luis Perales.

ISA

Las conversaciones se entremezclaban unas con otras, voces agudas y voces graves trenzadas en un flujo constante de vocales y consonantes que saltaban a trompicones por el local y dificultaban la comunicación. O al menos así me lo parecía a mí, que andaba algo aturdida esa mañana. Hacía calor. El aire acondicionado no estaba encendido y los ventiladores que pendían del techo no eran suficientes para combatir el denso bochorno que pesaba en el ambiente.

Gloria retorció una servilleta y, a cada segundo, dirigía inquietos vistazos hacia la puerta.

–Bueno, pues ya son las doce. Marga podría entrar en cualquier momento.

Lucía trataba de amenizar la espera charlando y haciendo bromas, pero Gloria era incapaz de concentrarse en nada que no fuera su agitación por la posible incursión de Marga en el bar.

Pasaron los minutos y Marga no aparecía. Empezamos a impacientarnos.

–Deja que le eche un vistazo al informe –dijo Lucía.

–¿Ahora? –Gloria se removió en su asiento–. No sé si es el mejor momento... Bueno, toma, pero ten cuidado, tápalo un poco, así, que no se vea...

Lucía esbozó una sonrisita irónica, pero no dijo nada. Entonces, la mirada de Gloria se congeló en la zona de la puerta de la entrada.

–Ay Dios –dijo. Su boca se convirtió en una línea apretada.

–¿Está aquí? –pregunté.

Permaneció con la mirada fija en ese punto.

–Juraría... –balbuceó–, pero no...

Lucía asomó la cabeza para vencer obstáculos visuales y miró hacia la puerta sin disimulo. Incapaz de contenerme, yo me giré e hice lo mismo. Con igual o más descaro, Gloria se levantó para alcanzar la zona acristalada de la pared que daba a la calle junto a la que estábamos sentadas, a unos centímetros sobre nuestras cabezas. Recorrió el exterior con la mirada.

–¡Mirad, allá al fondo! La chica que está justo a punto de girar la esquina. ¡La del vestido azul!

Ambas obedecimos, incorporando involuntariamente su agitación en nuestros gestos y palabras.

–¿Cuál? ¡No la veo!

–¿La del moño?

–¡La de al lado! ¡Vestido azul y bolso en bandolera! ¡Pelo suelto a la altura de los hombros!

Mi miopía, leve pero suficiente como para que se difuminen las formas a cierta distancia, me impidió ver a quién se refería. Me apresuré a buscar las gafas en el bolso y ponérmelas, pero para entonces ya no había rastro de ninguna chica en esa esquina.

Lucía asintió con ademán pensativo y se sentó de nuevo.

–La he visto. Podría ser ella, pero no estoy segura.

Gloria permaneció de pie mirando a través del cristal.

–Joder, creo que era ella.

Había entrado en el bar y hasta le había parecido que miraba hacia nuestra zona, pero se había dado media vuelta antes de que pudiera estar segura de si era o no ella. Había sido todo muy rápido. Tendría que haberse ido corriendo detrás.

–¿Estaba sola?

–Creo que no, que ha entrado con más gente.

–A lo mejor se le ha olvidado algo en la oficina.

–O se ha largado corriendo al reconocernos –Lucía soltó una de sus carcajadas–. Vamos a ver. Aquí dice que ella siempre aparece con –leyó–: «hombre de alta estatura, complexión fuerte, moreno, cuarenta años aprox., y dos mujeres: una rubia de mediana estatura, complexión delgada, veinticinco años aprox., otra de alta estatura, pelo castaño claro, complexión fuerte, treintaicinco años aprox.» –repasó el local con la mirada para comprobar si algún grupo respondía a esas características–. Mirad, allá al fondo: un tío moreno y dos tías –nos giramos hacia donde nos indicaba–. No, pero no son rubias. Esperad, ¡no!, mirad allí. Justo al lado de la barra. Un tío cuarentón, sí, una rubia y otra medio rubia. Sí, esos sí.

Seguimos la dirección de su mirada y contemplamos al grupo en cuestión. Por edades y características físicas encajaba con la descripción de los detectives.

–Podrían ser ellos –dijo Gloria–, hostias, sí, podrían ser ellos. Voy a acercarme a poner la oreja, a ver si me entero de algo.

La vimos dirigirse hacia la zona y detenerse al lado de la mesa en cuestión, fingiendo buscar algo en su bolso. Luego, avanzó hacia el lavabo y volvió a nuestra mesa al poco rato.

–Están hablando de chorradas. Esto no tiene sentido. ¿Qué hacemos?

De repente parecía decepcionada. Se había desinflado como un globo en cuestión de segundos.

–Esperemos un rato a ver si vuelve, ¿no? –propuso Lucía–. A lo mejor Isa tiene razón y se le ha olvidado algo. Y mientras tanto, ¿nos cambiamos a otra mesa más cerca? –señaló con la cabeza a sus posibles acompañantes–. Hay una libre allí al lado.

Gloria dudaba.

–¿No se nos verá el plumero? Aunque en el fondo qué importa, esa gente no nos

conoce. Venga, vamos.

Cogimos nuestras cosas y nos dirigimos hacia la mesa que quedaba más cerca de la del supuesto grupo de Marga. Una vez instaladas en nuestra nueva posición, apareció la señora del bar.

–¿Todo bien por aquí? ¿Algún problema con la otra mesa?

Esbozamos sonrisitas nerviosas.

–Ninguno, pero preferimos estar aquí –dijo Lucía.

–Como quieran, pero miren que si es por el calor van a estar más fresquitas allí.

–No, no es por eso. El caso es que mi amiga aquí presente –Lucía posó su mirada en Gloria– tiene intereses en esa mesa. Intereses masculinos, quiero decir.

No pude evitar reírme. Gloria abrió mucho los ojos mientras por su rostro se extendía una telaraña de rubor. La señora pareció encantada con esa respuesta.

–¡No me digan, mis niñas, con lo que me gustan a mí los amoríos! Pues ese muchacho es un encanto, viene mucho por aquí –miró con descaro hacia la mesa en cuestión–. Ustedes díganme si puedo ayudarles en algo –nos guiño el ojo con ademán cómplice.

–¿No sabrá en qué trabaja, por casualidad?

–Yo diría que en algo de vivienda. En una inmobiliaria o algo parecido. Si ustedes quieren yo me entero ahora mismito.

Antes de que Lucía pudiera contestar, Gloria se le adelantó.

–No hace falta, muchas gracias.

La señora asintió con la cabeza y se alejó. Lucía resopló y se dirigió a Gloria con ademán incrédulo.

–¿Qué haces? Era nuestra oportunidad. Iba a preguntarle por esa chica rubia que siempre le acompaña, nos podría haber dicho si era Marga o no.

–Vale, sí, ya lo sé. Pero joder, me he puesto nerviosa. Y no quiero que ese tío se piense lo que no es.

–¡Pero qué importa! ¡Si no lo vas a volver a ver en la vida! Atravesamos el país para saber de Marga y ahora que lo teníamos a huevo sales con estas. Además –se giró hacia la mesa–, el chaval no está mal.

Eso puso a Gloria de peor humor.

–Ay no empieces, por favor.

Lucía negó con la cabeza, pero no replicó. Posé mi atención en Gloria: todavía roja por la encerrona, rehuyendo nuestra mirada con un brillo crispado en los ojos. Sospeché que su mal humor no se debía a la intervención de Lucía, al menos no únicamente. Al decir la señora del bar que el chico trabajaba en algo relacionado con la vivienda, cobraba fuerza la hipótesis de que la chica rubia era Marga y que, efectivamente, se había ido corriendo calle abajo tras vernos. Algo me decía que ese era el origen de su malestar.

A pesar de lo cerca que estábamos de la mesa objeto de nuestro interés, el jaleo

generalizado nos impedía escuchar su conversación. Las palabras hacían eco unas con otras, rebotaban en los ventiladores, las mesas de madera, las estanterías con periódicos y vinagreras, hasta perderse en el murmullo constante e ininteligible que inundaba el local.

Pasaron los minutos, pero Marga no apareció. Hacia las doce y media el hombre y las dos chicas se levantaron para pagar. Gloria los siguió con la mirada llena de impotencia y frustración.

–Podemos volver mañana a la misma hora, ¿no? –propuse para animarla.

Lucía se encogió de hombros.

–Según el informe Marga solo va al bar los miércoles...

Sin mediar palabra, Gloria se levantó de su asiento, se dirigió hacia la barra y ante nuestra gran sorpresa, se puso a hablar con los supuestos acompañantes de Marga. La vimos escribir algo en un papel, despedirse del grupo y volver a nuestra mesa. Se sentó y le dio un largo sorbo a su botella de agua. Estaba roja como un tomate. La miramos expectantes.

–¿Y bien?

–Era Marga –dijo, muy seria. Una leve contracción palpitó en su barbilla–. Era Marga Agustín Costa, administradora de fincas.

GLORIA

Dijeron que había vuelto a la oficina a hacer una llamada que había descuidado, pero yo no me lo tragaba, qué quieres que te diga. Largarse así, de pronto, justo después de verme a lo lejos, venga, hombre; pero qué le habíamos hecho para que reaccionara así, joder, que habían pasado más de diez años y nosotras siempre nos habíamos portado bien con ella, no era normal, no tenía sentido. En fin, ahora tenía mi teléfono. Compartí con estas el contenido de la nota que había escrito en la barra a toda prisa: «Marga, soy Gloria, tu amiga del cole y de siempre, estoy con Isa y Lucía de vacaciones aquí, me ha parecido verte a lo lejos y tus amigos me lo han confirmado. Me encantaría que nos viéramos, te he echado mucho de menos, llámame, por favor», y le había apuntado mi número de teléfono. Pero no iba a llamar, la muy hija de puta no iba a llamar y este viaje no habría servido para nada. Isa se dio cuenta de que estaba disgustada e intentaba animarme, la pobre; Lucía, para variar, no se enteraba de un pimiento. Les propuse largarnos de ese lugar ruidoso y agobiante y estuvieron de acuerdo, decidimos volver al parque García Sanabria que antes apenas habíamos podido disfrutar por las prisas, el sol se escurría entre las palmeras y los altos árboles exóticos mientras atravesábamos los parterres y admirábamos helechos, cactus, flores de pétalos rojizos y fuentes en las que habríamos deseado zambullirnos para resguardarnos del calor, y es que el paseo era precioso pero el sol pegaba fuerte, por lo que decidimos sentarnos en un banco que quedaba a la sombra. Qué os parece si en caso de que Marga no llame, nos presentamos este fin de semana en su casa, en Bajamar, les pregunto, la llamamos y se lo explicamos todo, ¿qué decís, os parece bien?, yo es que no puedo irme sin una explicación. Y ellas asienten y dicen que vale, que sí, pero ten en cuenta una cosa, tú qué buscas con este viaje, me pregunta Isa, porque si lo que buscas son respuestas es probable que las obtengas, pero si lo que buscas es reanudar la relación con Marga la cosa está complicada, y más lo estará cuando se entere de que hemos contratado a un detective para encontrarla. Es mejor que eso lo tengas claro ya, que Marga se largó porque quiso, que ella sí habría podido contactar con nosotras y si no lo hizo fue porque no le dio la gana. Habla en plural, pero sé que se refiere a mí: que Marga habría podido contactar conmigo y si no lo hizo fue porque no le dio la gana. Qué dura, Isa, joder, no me lo esperaba, pero tenía toda la razón, era verdad. Asentí con la cabeza y suspiré hondo, una inesperada ráfaga de aire nos acarició el rostro, los pájaros nos arrullaban con su piar lejano, Lucía rebuscó en su bolso y, ceremoniosamente, se lió un porro.

LUCÍA

Vamos a La Laguna a pasar la tarde. Conduzco yo porque Gloria está tonta y me dan pereza sus histerias al volante. Comemos en la terraza de un restaurante de menús. Pido revoltillo de setas y un pescado típico de aquí llamado sama roquera. Tengo una llamada perdida de mi padre. Salgo para hablar con él antes del café. «Lucía, hija, ¿cómo estás?». Me explica que Cristina ha cogido el covid y que lleva tres días ingresada en la UCI. «Ha estado muy grave, pero ahora está fuera de peligro. Aun así va a quedarse aquí unos cuantos días». Me quedo de piedra. Cristina es la mujer de mi padre. Carne de gimnasio y rayos uva. Fumadora. Hipertensa. «¿Cómo no me has dicho nada antes? Habría vuelto de inmediato. Hoy mismo cojo el primer vuelo que vea». Dice que no quería alarmarme y que no me preocupe. Está todo controlado, no tiene sentido que vuelva. No está solo, Luis ha volado desde Estados Unidos y le hace compañía. La sangre abandona mi rostro al oír ese nombre. «Lo tengo aquí al lado, ¿quieres hablar con él?». Me lo pasa antes de darme tiempo a responder. «Hola, hermanita, ¿cómo estás? No puedo creer que haya pasado tanto tiempo. ¿Qué han sido, veinte años?».

No estoy preparada para oír esa voz. Un puño en el estómago. Un sudor frío en la espalda. Un corsé en el pecho que aprieta y aprieta. Pero le contesto como si tal cosa. Como si la garganta no se hubiera convertido en soga. Como si las piernas no pesaran una tonelada. «Mucho tiempo. Me alegro de que tu madre esté fuera de peligro». Dice que se va a quedar aquí una temporada, que dependiendo de cómo evolucionen las cosas se plantea volver. Establecerse en Barcelona con su mujer y sus dos niñas. Sus palabras son caracoles que reptan por mi espalda. «Guapísima, me alegra mucho haber hablado contigo. Te paso con papá, nos vemos pronto».

Damos una vuelta por la ciudad, pero no puedo dejar de pensar en lo sucedido. No pienso en Cristina en la UCI, sino en la voz de Luis. La tengo atravesada dentro junto con el revoltillo y la sama roquera. Es la misma voz. La misma voz de cuando yo tenía quince años y presumía de hermano universitario. La voz de Luis, ocho años mayor que yo, hijo de un matrimonio anterior de Cristina. Pero ahora no soporto que me llame hermanita ni que se refiera a mi padre como a su papá. Mi padre no es el suyo. Yo no soy su hermanita. Yo no tengo hermanos. Solo un padre que se largó a la que pudo y una madre a la que nunca le gustó ejercer. Unos padres ciegos que iban a la suya. Que nunca se enteraban de nada.

Siento una rabia extraña y lejana. Ácida como los fluidos del estómago que amenazan con hacerme vomitar. Un par de estúpidas lágrimas resbalan por mi rostro. Nacen de una herida desconocida. De un corte que creía curado y que, de pronto, supura. ¿Qué sentido tiene todo esto? Me oculto tras las gafas de sol. Las palmeras se oscurecen tras el cristal. Isa nos explica, guía en mano: «Este es el ayuntamiento, este el convento de Santa Catalina. Qué bonito es todo esto, ¿no? ¿Nos hacemos un *selfie*?». Asiento. Sonrío. «Ya os la hago yo. ¡A ver esas sonrisas! Isa, fuera mascarilla, anda, solo un segundo. ¡Ya está, muy guapas!»

GLORIA

Siempre me han gustado las ciudades universitarias y La Laguna no fue una excepción; incluso en vacaciones, cuando están medio vacías, es fácil imaginarlas llenas de cachondeo en cada esquina, con el bullicio de los estudiantes por las calles, los cafés, las terrazas; risas brincando por el empedrado, planes nocturnos cociéndose por los rincones, secretos escondidos tras las persianas de los bares, con esa luz y ese viento, con el destello de la juventud, pom, pom, contra el pecho, aporreando los corazones. Visitamos la catedral y el casco histórico, paseamos por edificios coloniales con patios interiores, plazas con fuentes y palmeras melenudas y alborotadas, y alrededor de las ocho decidimos volver para tener tiempo de arreglarnos y picar algo antes de la sesión de micro abierto del amigo de Lucía. Había imaginado que compraríamos unas cervezas frías en el súper y nos las beberíamos en el apartamento con música de fondo, mientras nos arreglábamos para salir, como en esos viajes del pasado en que una le planchaba el pelo a la otra y la otra aconsejaba sobre vestidos y sombras de ojos entre risas, charlas y brindis con frases triunfales sobre la amistad o sobre lo que nos depararía la noche; esas noches que siempre se estrenaban con la fantasía de lo misterioso acelerando los corazones, con esas idiotas ensoñaciones románticas que nos hacían creer que tal vez esa sería la noche en que cruzaríamos miradas con esa persona con la que creíamos estar predestinadas a encontrarnos. Por supuesto que eso no eran más que trampas impuestas por las películas, por supuesto que no eran más que idealizaciones destinadas a desembocar en desengaño, por supuesto que los ánimos se iban enfriando a medida que la música empeoraba, las amigas se dispersaban y los tíos eran cada vez más feos y babosos; por supuesto que el alcohol a menudo subía mal y revolvía los estómagos y los cerebros, por supuesto que todo podía nublarse con facilidad. Pero al principio, en esos momentos previos en los que nos arreglábamos y nos bebíamos la primera cerveza o ya en la calle, de camino al metro con la brisa en la cara, la noche era siempre un misterio y también lo era la vida, en la que todo estaba por llegar y todo era posible.

Y aunque la de hoy no iba a tener nada que ver con aquellas noches lejanas, aunque las mariposas por allí brincando por dentro y los bailes hasta la madrugada habían quedado atrás, esa introducción de confidencias y consejos frente al espejo sí podía resucitar la misma complicidad de entonces, y era eso lo que esperaba con ilusión, esa comunión de amigas que ríen y se cuentan y ese chasquido de la primera cerveza al abrirse y brindar. Pero ya se sabe que las expectativas van en un carril distinto al de la

vida, y pronto se hizo evidente que nada iba a ser como lo había imaginado. Nada más llegar, Lucía e Isa se encerraron en sus cuartos para hablar por teléfono, así que esa primera cerveza me la abrí yo sola en la terraza, sintiéndome como una mierda por ser la única que no aprovechaba para llamar a casa, siendo además la única madre de las tres, constatando con horror la profunda pereza que me daba hablar con David, la montaña que se me hacía el enfrentarme a él, que ni siquiera las ganas por saber cómo habían pasado el día los niños lograba compensar. No me apetecía escuchar ese tonito suyo, seguro que andaría irritado por una cosa u otra, prefería mil veces quedarme en silencio en la terraza, aunque fuera sintiéndome culpable, aunque fuera recordando esos otros tiempos, esas otras noches y esos otros vientos.

ISA

La ciudad adoptó un tono violáceo al caer la tarde, una luz clara bajaba del cielo y envolvía los edificios y a los paseantes en una dulce aura rosada. Paseamos sin rumbo definido en busca de un restaurante para cenar y nos detuvimos en lo que resultó ser la iglesia de la Concepción, conocida popularmente como la catedral a pesar de no serlo en realidad. Llegamos allí por casualidad, atraídas por la visión de su alta torre blanca asomada desde la distancia. Apenas había gente a esa hora y se respiraba una gran tranquilidad entre los árboles del parterre de la entrada. Gloria y yo andábamos de muy buen humor, animadas por la cerveza que nos habíamos bebido en el apartamento antes de salir. En mi caso influía también la felicidad de encontrarme bien, de no sentir en mi bajo vientre alambres que me retorcían, sino tan solo membranas normales e indoloras. Lucía, en cambio, parecía apagada a pesar de que se esforzaba en ocultarlo. Supuse que debía de andar preocupada por lo de la mujer de su padre.

Cenamos en un restaurante mexicano situado en una calle bulliciosa, llena de terrazas y toldos de colores. Antes incluso de ver la carta, Gloria tenía claro lo que queríamos.

—Mirad por favor los margaritas de esa mesa. Qué buena pinta, por Dios. ¿Nos pedimos unos, no? ¡Venga, por favor, pidamos unos!

A mí no me apasionaba el margarita, pero la vi tan contenta que me supo mal decirle que no. Siempre me había resultado envidiable su facilidad para ilusionarse por ese tipo de cosas: unos margaritas, un plato de comida por estrenar, una canción que le gustaba sonando en algún lugar. Esos ramalazos de alegría por cosas que las gentes más aburridas habríamos considerado pequeñeces. Gloria tenía, además, la capacidad de hacer de su estado de ánimo una bandera con la que canibalizar el ánimo ajeno, lo que resultaba una tremenda virtud o un tremendo defecto, según el pie con el que se hubiera levantado de la cama. Igual que me disgustaba su tendencia a diseminar el mal rollo cuando cogía un berrinche, me admiraba su poder de contagiar el entusiasmo en sus buenos momentos. Esa alegría infantil y auténtica que la llevaba a dar palmas, hacer el burro, decir chorradas. Esas canciones inventadas que improvisaba en cualquier situación. La otra noche, por ejemplo, tras pelear un buen rato con el mando a distancia que no parecía responder, se había soltado a cantar:

—Funcionaa, funcioonaaa, esto ya va muy bien, funciona, funciona, muy bien... —con la música de «Good Morning», de *Cantando bajo la lluvia*.

O esa misma mañana, que la había visto lavar los platos mientras murmuraba un tema ininteligible que en un momento dado se había convertido en un quejido agudo con la melodía de «Mi carro» de Manolo Escobar.

–Me quemo, me quemo muchoooo...

No era por hacerse la graciosa, probablemente ni sabía que aquello pudiera hacerle gracia a alguien. Esa contagiosa vivacidad le salía de dentro y era parte de su encanto. Pero la espontaneidad de sus alegrías se le volvía en contra cuando los cables se le cruzaban. Entonces no había cancioncitas ni felices exaltaciones, sino una mala leche punzante, muy desagradable, de la que había que huir de inmediato.

–Venga esos margaritas –dijo Lucía.

Como siempre que dejábamos que Gloria llevara las riendas del menú en uno de sus momentos de hambre y excitación previa, pedimos demasiada comida. Los platos de enchiladas, quesadillas, nachos y tacos se extendían a lo largo de toda la mesa sobre la que no quedaba un milímetro sin ocupar. Comimos con ganas, pero los platos eran tan contundentes y las cantidades tan exageradas que tuvimos que detenernos antes de acabar con todo. Yo fui la primera en parar, Lucía lo hizo un rato después. Gloria siguió comiendo a pesar de haber anunciado en repetidas ocasiones lo llena que estaba.

–¿No vais a comer más? Pero, hombre, comed un poco más. Mirad cuánto queda todavía...

Siguió llevándose el tenedor a la boca, impulsada por una especie de obsesión nerviosa que le impedía dejar comida en el plato. No habría sabido explicar el porqué, pero yo intuía algo inquietante en ese ímpetu.

–Gloria, vigila, no te vaya a sentar mal, ¿eh? –me atreví a decirle cuando la vi atacar los restos de patatas fritas que acompañaban los tacos.

Mi voz sonó apocada, como si temiera un exabrupto que pudiera mitigarse por un menor volumen de voz. Gloria se volvió hacia mí con la patata frita reblandecida a media distancia del plato y su boca. Por unos segundos me arrepentí de haber dicho nada, pero pronto me relajé al verla asentir con la cabeza y abandonar la patata en el plato con ademán entristecido.

–Tienes razón, voy a parar ya.

Le dio un sorbo a su margarita y luego se llevó la mano a la barriga.

–Qué barbaridad –dijo–. A lo mejor nos hemos pasado al pedir.

No pude evitar reírme.

–¿Tú crees? –apuntó Lucía con ironía.

–Me está dando una pereza ir a esto del micro abierto que no veas –Gloria bostezó–. Es que no puedo ni moverme ahora mismo. ¿Cómo has quedado con tu amigo?

–Él ya debe de estar por allí. Aunque si queréis, no vamos. A mí también me está dando palo.

Miré a Lucía sorprendida.

–Con lo animada que estabas el otro día con el plan. ¿Qué pasa, Lucía, es por la

llamada de tu padre?

–Ah, no, no –hizo un gesto con la mano como para quitarle importancia–. He comido demasiado, eso es todo. A la que me levante y camine un poco se me pasa.

Gloria propuso pedir un mezcal para bajar la comida y levantar los ánimos.

–¿Un mezcal? –Lucía sonrió al tiempo que arqueaba las cejas–. De verdad, Gloria, yo flipo contigo. El otro día dando el coñazo con comprar cosas sanas y hoy...

–Ya –dijo Gloria con resignación–. No debería, pero ya después de esta comilona, de perdidos al río, ¿no?

GLORIA

Isa no quiso, pero Lucía y yo nos metimos entre pecho y espalda unos chupitos de mezcal, brindamos y una ardiente llamarada se abrió paso garganta abajo, un abrazo salvaje y reconfortante, un túnel de fuerza naranja y envolvente; me esperé a que se lo hubiera bebido para explicarle lo del gusano, que en las botellas de mezcal hay siempre un gusano allá abajo. Lucía se rio con el rostro arrugado todavía por lo fuerte del chupito, y me dijo, qué cabrona, no podías haberlo contado antes, no. Le preguntamos por Marcos, si era guapo, si le gustaba, etc., pero parecía haber perdido todo el interés; dijo que era mono, sí, pero que tampoco tenía muy claro si le apetecía algo con él, que no quería estar atada a nadie esa noche.

Antes de salir para la cena, mientras esperaba a que acabaran de arreglarse, había estado tocando un rato la guitarra en la terraza; qué rabia notar cómo el tiempo había anquilosado mis manos y borrado partituras de la cabeza, pero qué satisfacción cuando los dedos se dirigían poco a poco al lugar que correspondía y, guiados por una especie de memoria muscular, dibujaban melodías que salían de dentro. No fui capaz de tocar íntegra ninguna de las piezas clásicas que me enseñaron en el conservatorio, pero sí me acordaba de muchas de las canciones que tocaba con Fer y Álex, también de las versiones que cantaba con Lucía, no sé por qué empecé a tocar un par de ellas como si subconscientemente me estuviera entrenando para salir al escenario esa noche, a pesar de que no tenía ninguna intención de hacerlo, o sí, no sé, yo no me entiendo y cada vez me entiendo menos.

El bar tenía su encanto, era un poco del estilo del Alfa, con una zona de barra al entrar y al fondo una sala con escenario; había bastante gente, sobre todo en la zona de la barra, aunque menos en la pista. En el momento en el que llegamos actuaba un cantautor que iba de gracioso con canciones llenas de comentarios chistosos, gestos exagerados y risitas histriónicas; el pobre no lo hacía mal, aunque a mí me deprimió bastante, no sé muy bien por qué, la gente le aplaudía y estaba la mar de contenta y además el tío era joven, no uno de esos carcamales que se arrastran por los tugurios dando más pena que otra cosa. De pronto un chico saludó a Lucía: muy sonriente, muy agradable, con unos simpáticos hoyuelos en las mejillas, me resultaba vagamente familiar y así se lo hice saber, y lo curioso del caso fue que él me dijo que también le sonaba, que lo había pensado nada más verme. Era Marcos, el amigo de Lucía que iba a salir a tocar esa noche. Venía acompañado de una chica muy alta y muy guapa que

parecía una modelo y resultó ser su hermana, que se llamaba Carla. Nos sentamos los cinco en corro, en unos taburetes altos al final de todo de la pista. Hablamos de lo típico que se habla cuando acabas de conocer a gente, a qué nos dedicábamos, qué estamos haciendo allí, bla, bla, ellos dos eran de Gran Canaria pero vivían en Santa Cruz desde hacía años, él trabajaba de jardinero, mira qué curioso, y ella era sexóloga, más curioso todavía; le preguntamos en qué consistía exactamente su profesión y ella nos explicó que era una psicóloga especializada en asuntos sexuales: terapia sexual individual o de parejas, terapia para víctimas de violencia sexual, talleres educativos y, en general, actividades relacionadas con la conducta sexual. Interesantísimo, la verdad, le pregunté qué había que hacer para combatir la rutina sexual en la pareja y todos se rieron, supongo que se me vio el plumero. Ella me dijo que ese era el gran reto al que toda pareja monógama se enfrentaba en un momento u otro, que era complicado pero existían técnicas para mantener viva la llama, que a veces podían ayudar los juegos, disfraces, juguetes... Lo básico era alimentar la fantasía y propiciar una comunicación sincera en la que cada uno fuera libre de expresar lo que realmente quería sin miedo a ser juzgado. Lucía le preguntó si creía en el poliamor y en prácticas como el intercambio de parejas, y Carla dijo que había gente a la que le funcionaba y gente a la que no, que era imposible encasillar la sexualidad en un molde concreto porque la sexualidad de cada uno era un mundo único y que lo que a uno le excitaba al otro podía parecerle una tortura. Le pedimos que se mojara un poco más, se rio y nos dio un ejemplo concreto sobre el intercambio de parejas: ella creía que solo podía ser realmente enriquecedor si a la pareja le excitaba ver o imaginar a su cónyuge con otra persona, que no funcionaba si se trataba únicamente de darse una excusa para follar con otros porque entonces se trataba de un truco peligroso y la cosa podía acabar como el rosario de la aurora. Marcos se presentó con cervezas para todos, qué buen hombre, y participó de la conversación como uno más, como si normalmente no se atreviera a hablar de esos temas con su hermana pero se sintiera cómodo esa noche con nosotras, qué cosas, la verdad es que era chocante el alto nivel de intimidad que habíamos alcanzado todos en tan poco tiempo, que no nos conocíamos de nada y allí estábamos de repente, hablando de follar sin tapujo alguno. Marcos preguntó qué aconsejaba en esos casos en los que el deseo sexual de cada miembro de la pareja era diferente, por ejemplo, si a él siempre le apetecía y a ella no, o viceversa; otro al que se le veía el plumero, pensé. Carla respondió que ese era un punto muy complejo también, complejísimo, y entonces sonrió, le dio un sorbo a su cerveza y dijo con su simpático acento canario: venga, va, ¿no querían que me mojara?, pues voy a mojarme: la mala gestión de esa diferencia de apetitos sexuales fue lo que me llevó a interrumpir la relación de pareja más larga que he tenido y a querer estudiar la sexualidad a fondo. Estábamos todas en vilo, a qué te refieres, y nos explicó que ella siempre había sido una persona sexualmente muy activa, pero que su interés por el sexo empezó a apagarse al quinto año de su relación de pareja, que cada vez le daba más pereza y que él se rebelaba haciéndole sentir culpable, como si no cumpliera

con sus obligaciones conyugales, y utilizando chantajes emocionales del estilo: si no te acuestas conmigo es porque ya no me quieres, a los que ella cedía acostándose con él sin ganas y sin deseo alguno, como si se tratara de una obligación. Sin embargo en solitario ella continuaba masturbándose e incluso teniendo fantasías con otras personas, por lo que no era que hubiera perdido el interés en el sexo, sino el interés en el sexo que mantenía con su pareja, o más concretamente, en la dinámica concreta en la que se desarrollaba el sexo con su pareja. Me quedé de piedra porque me sentí completamente identificada con esa afirmación y me sorprendió mucho oírla de alguien como ella, toda una sexóloga, una experta en la materia, una mujer a la que mis prejuicios patéticos me habrían llevado a imaginar como una fuente inagotable de deseo sexual.

Si en vez de los chantajes y la coacción emocional él se hubiera enfrentado a esa situación con paciencia, respeto e inteligencia, dijo, si le hubiera propuesto ir a terapia sexual o, más sencillo aún, si se hubiera interesado por sus fantasías, probablemente habrían podido superarlo, pero en vez de eso prefirió tirar por la vía rápida y coaccionarla para mantener relaciones contra su voluntad. Durante dos años se había convertido en una especie de muñeca hinchable, había sido violada repetida y sistemáticamente por su pareja.

Joder, qué brutal. El uso de esa palabra en ese contexto me dejó de piedra. Le pregunté si de verdad creía que se trataba de una violación, no habiendo existido violencia física ni verbal, y me dijo que sí, que por supuesto que sí, que había muchas maneras de intimidar a una persona y que la manipulación psicológica era una de las más poderosas. Marcos intervino y le preguntó qué pasaba con las veces en las que a uno le apetecía y al otro inicialmente no, pero poco a poco se iba dejando llevar hasta que le acababa apeteciendo también, y ella dijo que, por supuesto, esa situación podía darse también, y que entonces se trataría de sexo consentido siempre y cuando esa aceptación por parte del sujeto con menos interés inicial respondiera realmente al libre ejercicio de su voluntad y no a otros motivos puramente prácticos, de supervivencia o del estilo: lo hago y así ya me lo quito de encima. Marcos preguntó si no creía que en ese caso era injusto hablar de violación, ya que no podía existir violación si una de las partes creía que era consentido y la otra fingía que lo era. Carla sonrió con cinismo y dijo que ahí estaba el quid de la cuestión, en esa obligación de fingimiento, que no podía obedecer sino a la coacción de la pareja. Si esa persona se hubiera sentido libre para decir siempre que le viniera en gana: no, no me apetece follar hoy, y la otra persona hubiera respetado incondicionalmente su decisión, sin quejas ni malas caras, jamás habría existido la necesidad de ceder, de callar, de no mostrar disconformidad ante ese acto que estaba sucediendo contra su voluntad.

Qué barbaridad, me quedé impresionadísima con todo aquello, lo que decía Carla tenía todo el sentido del mundo y sin embargo sus implicaciones eran demasiado duras para mí, me sentí muy incómoda de pronto y deseé que se cambiara de tema, por lo que me alegré cuando Marcos dijo, me toca, y se lanzó al escenario con su guitarra a cantar.

LUCÍA

Hago ver que escucho a Marcos, pero tengo la cabeza en otro lugar. Pienso en cosas desagradables en las que nunca pienso. En las que llevo siglos sin pensar. En las que me obligo a no pensar porque me da asco todo cuando lo hago.

No me encuentro bien. Se me han atravesado los nachos y el chupito de mezcal con el gusano. Recuerdo lo que ha explicado Gloria en la cena. Que en México, cuando a uno le cae el gusano en el vaso, se lo come tranquilamente como si nada. Pienso que eso es exactamente lo que hice yo. Darle vía libre al gusano. El gusano hizo lo que quiso. Yo no hice nada, absolutamente nada, para detenerlo. Me convertí en lo que había dicho Carla: una muñeca hinchable. La diferencia es que a una muñeca hinchable no le sienta mal la cena. No le duele el estómago al recordar. No se arrepiente de haberse quedado allí tirada, sin hacer nada. Una muñeca hinchable no tiene que soportar que el tío que la ha usado hasta correrse dentro de ella la llame hermanita o se dirija a su padre llamándole papá.

ISA

La música suave y la luz cálida del lugar me adentraron en un estado de reflexión. Pensé que Marcos cantaba muy bien, pero que de haber podido escoger yo habría preferido seguir hablando de sexo con su hermana. No era fácil encontrar a alguien que tratara el tema con tanta naturalidad, con esa capacidad de crear un ambiente de distensión en el que comentar sin miedo a ser juzgada. Yo era muy reservada para esas cuestiones, pero a la vez sabía que compartir mis dudas e inquietudes íntimas podía ser algo enriquecedor que me ayudara a crecer. Aun así, ni siquiera con mis amigas de más confianza había sido capaz de comentar ciertos asuntos. Lucía y Gloria no sabían, por ejemplo, que mi vida sexual se había visto gravemente afectada por la endometriosis, que limitaba mucho mi actividad en términos de fechas y posturas. Tampoco sabían que la manera que yo tenía de alcanzar el orgasmo era colocando mi cerebro en el lugar adecuado, que con frecuencia no me era suficiente con las caricias o la penetración, sino que tenía que concentrarme en una fantasía concreta que, por lo general, me alejaba del dormitorio y de Carlos. Menos aún sabían el contenido de esas fantasías: situaciones de connotaciones oscuras que habría odiado que me sucedieran en la vida real. Tenía una fantasía concreta a la que solía acudir con frecuencia: en el ascensor de la universidad coincidía con Ignasi, el alumno que en clase me vacilaba, ese niñoato absurdo que se creía mucho más inteligente de lo que era. Pues bien, nada más verme, Ignasi me cogía del cuello y me inmovilizaba contra la pared mientras con la otra mano bloqueaba el ascensor, me bajaba los pantalones y me embestía una y otra vez sin que yo pudiera hacer nada. A veces introducía cambios en la fantasía: no era en el ascensor sino en el aula donde le daba clase, y en vez de cogerme por el cuello me tapaba la boca por detrás y me empotraba contra la mesa. A veces no era el niñoato el protagonista, sino un tío grande y musculoso con el que me cruzaba en el metro, a veces eran actores maduros como Hugh Jackman o jóvenes como el chico que salía en la última versión de *Mujercitas*.

No me explicaba que alguien como yo pudiera fantasear con algo así, no tenía sentido. Era enfermizo, una vergüenza para mi género, una lacra para el feminismo. Tiempo atrás me había sentido culpable por tener ese tipo de fantasías y me había esforzado en buscar alternativas. Una superstición absurda me llevaba a temer alguna especie de castigo divino que me condenara a experimentar esas fantasías en la vida real, algo que me aterrorizaba. Con el tiempo, sin embargo, me había dado por vencida y

había llegado a atesorarlas en mi imaginario como unas viejas conocidas que siempre funcionaban.

Gloria interrumpió mis divagaciones:

–Joder, qué bueno es –dijo con la vista clavada en Marcos.

–Sí, lo hace muy bien. La canción no es suya, ¿no? Me suena.

–Es una versión de Richard Hawley. «Baby You're my Light», se llama. La está bordando el cabrón.

Carla se rio al escucharla.

–Luego se lo dices, que le hará ilusión.

Aunque no sé mucho de música, sí fui capaz de darme cuenta de que Gloria tenía razón. Incluso en un bar de ese estilo en el que las ganas de fiesta y palique de la gente impedían seguir al cien por cien la actuación, Marcos había conseguido captar la atención de la mayoría de la audiencia.

Avanzada la canción, Lucía se levantó abruptamente y dijo que tenía que ir al lavabo. No tenía buena cara.

Gloria y yo nos miramos con ademán preocupado.

–Está rara, ¿verdad? –dije.

–Sí, está pocha. Por lo de la mujer de su padre, supongo.

–Al principio creía que era por eso, pero ahora no lo tengo tan claro.

De camino al local del micro abierto, Lucía nos había explicado que su hermanastro había vuelto a Barcelona después de veinte años. Pero en vez de mostrarse ilusionada, como habría sido lo normal ante la perspectiva de reencontrarse con un ser querido, parecía disgustada. Me preguntaba si eso podía tener algo que ver con su apagado estado de ánimo, y así lo comenté con Gloria.

Yo recordaba haber conocido al hermanastro mucho tiempo atrás, por la época en la que el padre de Lucía se casó con su madre. Era unos siete u ocho años mayor que nosotras y estaba jugando a futbolines con unos amigos en un bar de la zona alta. Lucía nos había llevado allí expresamente para presentárnoslo. Tras toda una infancia siendo hija única, parecía disfrutar de su recién estrenada condición de hermana pequeña. Lucía hablaba de él con orgullo, alardeaba de que la incorporaba a sus planes y de que la colaba en discotecas de noche. Luis le había enseñado a montar en moto, creo que incluso le cedió esa vespino con la que llegaba al colegio cada mañana, tan ufana. La recordaba como si hubiera sido ayer: maniobrando con destreza por la rampa de acceso, aparcando en cualquier rincón y haciendo oscilar su melena con ademán coqueto cada vez que se sacaba el casco, antes de guardarlo con profesionalidad bajo el asiento. Yo la contemplaba admirada, sorprendida de que alguien así pudiera ser amiga de alguien como yo, para quien conducir una moto habría sido una hazaña inalcanzable a los catorce y seguía siéndolo a los treinta y cinco.

El hermanastro se había ido a estudiar a Estados Unidos y nunca más supimos de él hasta este viaje.

–Pero cuando vivía en Barcelona se llevaban muy bien, ¿no? –dijo Gloria.

–Por eso me ha extrañado su reacción. Además, ¿no es un poco raro que no hayan tenido contacto en todos estos años? El hermanastro vino aquí alguna Navidad, pero ella jamás se molestó en verle. Llevaban veinte años sin hablar.

–Es raro, pero ya sabes cómo es Lucía con su familia. Creo que nunca se ha sentido muy arropada. ¿Te acuerdas de cuando nos escapamos para ver a Unfocused y su padre ni se inmutó al vernos?

El alcohol y el delicado arrastrar de la canción facilitó la divagación melancólica: cuando no me dejaron entrar y Lucía fingió un robo, cuando nos diluyó en el camino de vuelta y nos pusimos a hacer el idiota bajo la lluvia...

–Ya le vale a Marga, en serio –dijo Gloria de repente–. Largarse por patas al vernos. ¿Pero qué coño le pasa?

–No es seguro que nos viera. A lo mejor realmente tenía que volver a la oficina.

–Sea como sea, este sábado saldremos de dudas.

Dejamos de cuchichear para no fastidiarle a Carla la actuación. La canción concluyó y el bar se inundó de aplausos. Me acerqué al lavabo para ver cómo estaba Lucía y me la encontré frente al espejo con el rímel corrido y los ojos vidriosos.

–¿Estás bien? –le pregunté.

–Ha sido el mezcal ese, que me ha sentado fatal. He potado toda la cena.

–Ostras, pobre. ¿Quieres que nos vayamos a casa?

–No, ahora en un rato estaré bien. Voy a salir al súper de enfrente para comprar pasta de dientes. Tengo un sabor asqueroso en la boca y no quiero espantar al pobre Marcos.

Me ofrecí a acompañarla, pero dijo que no hacía falta. Su rostro demacrado me llevó a insistir, pero ella se reafirmó en su negativa. Aquello me extrañó, como también lo hizo la contradicción que suponía el encontrarse tan mal como para vomitar la cena y el estar pensando en enrollarse con alguien. Lo normal en ese estado habría sido descansar hasta que amaneciera un mejor día, o al menos eso habría preferido yo. Pero Lucía era muy diferente de mí, eso estaba claro. Ella tenía capacidad de sobreponerse a cualquier contratiempo, una fuerza mental para centrarse en lo que de verdad quería, que se llevaba por delante indigestiones, seguratas que no dejaban entrar o lo que fuera. Además, cuando le ponía el ojo a una presa a la que llevarse a la cama, era infalible e implacable.

GLORIA

La voz de Marcos era cristalina como un río a través del que se ven las algas, las rocas y los peces de colores, fluía limpia y brillante como la pasta de dientes al apretar el tubo o la espuma de afeitar, con esa cremosidad de nata y esponja, era un soplo de viento al caer la tarde y un paseo en la orilla del mar con los pies primero húmedos, luego completamente mojados, crujiendo sobre la arena. Tras «Baby You're my Light», se arrancó con «The Killing Moon» de Echo & The Bunnymen, y esa voz que tan dulce había sonado hacía unos segundos se volvió gruesa, y en el riachuelo aparecieron de pronto corrientes turbias y rincones cenagosos; siguió con «Cigarette Burns Forever» de Adam Green, de nuevo aguas turquesas y unas piedras lisas y redondas que lanzar a lo lejos y plom, plom, conseguir que rebotaran antes de desaparecer. Quién iba a esperar que un fumeta cantara así, Lucía lo había conocido por ese motivo, no había que olvidarlo, y hablando de Lucía, qué desconsiderado por su parte desaparecer así en mitad de su actuación, aunque no sé de qué me sorprendía si una vez se había largado a mitad de un concierto de Kings of Convenience porque se aburría, en fin, poco puede decirse más al respecto. Sucedió algo inesperado entonces, y es que Marcos anunció que necesitaba a una chica para cantar la siguiente canción, que tenía la letra impresa y todo, que contaba con una amiga que no había podido venir, y a ver si alguna se animaba. La canción era «Something Stupid Like I Love You», de Frank y Nancy Sinatra, que también habían versionado Nicole Kidman y Robbie Williams, venga, va, seguro que la conocían y con la letra impresa no había excusa que valiera. Y me pareció entonces, os lo juro por lo que queráis, que Marcos me miraba mientras lo decía, como animándome a salir, y no sé si fue por eso, pero Isa empezó a decir, venga, Gloria, sal tú, a ti te encanta este rollo que lleva y te quedará genial, venga, mujer, y luego Carla también, claro, Gloria, venga, va, por hacerle un favor a Marcos aunque sea, que se va a quedar colgado, así que lo hice, lo hice, vencí esa vieja vergüenza mía de salir a un escenario, que me asalta todavía después de tanto tiempo, me levanté y salí con él a cantar esa canción.

LUCÍA

La noche en la cara me sienta bien. Me encuentro mejor después de vomitar. He expulsado al gusano. Lo he destrozado con los ácidos del estómago. Hasta aquí hemos llegado. Hasta aquí el atormentarme por algo que pasó hace tanto. Yo era una cría entonces y ahora soy una mujer. Una mujer fuerte a la que es imposible herir. El vestido se me ciñe al cuerpo como una segunda piel bajo la que me siento poderosa. Atraigo la mirada de un tío bueno en el súper y se la devuelvo con desafío. Tiendo una cuerda entre sus ojos y los míos. Vuelve el color a mis mejillas. Prende una llama en el interior de mis costillas. El corazón palpita bajo mi pecho. La sangre roja y caliente circula por mis venas.

Compro cepillo y pasta de dientes. Chiclos de menta. *Smints*. Una botella de agua. Bebo con ansia y el agua ocupa los espacios. Entro en un bar para ir al lavabo. Me lavo los dientes cinco veces, también la cara. Me atuso el pelo. Me maquillo. Me pinto los labios de rojo. Me miro y la Lucía de siempre me devuelve la mirada. Piel dura. Sonrisa que no quiebra. La amiga adelantada que se sale siempre con la suya. La directora de comunicación de una poderosa institución financiera, la más joven que ha ocupado el puesto. El animal sexual que no se deja atrapar. Sus pupilas se clavan en las mías: mírala bien, me digo, mírate bien, no me dejes tirada. Allí no hay lugar para niñas asustadas. La gata ha devorado a la niña de quince años. A través del espejo, llena mis ojos de un fulgor salvaje. Allí está de nuevo mi mirada, al fin. Me reconozco. Me admiro. Me sonrío.

ISA

Gloria salió al escenario con los ojos bajos y una media sonrisa tímida en el rostro. Miraba a Marcos con reserva, como quien mira a alguien desconcertante hacia el que siente curiosidad pero también cierto respeto. A medida que avanzó la canción, sin embargo, cogió confianza: su sonrisa se ensanchó, su mirada se paseó por el público, sus ojos recobraron aquel brillo lejano que recordaba de los conciertos en las fiestas de la UB, cuando tocaba con Dreams and Beans. En poco tiempo se convirtió en la Gloria de entonces, la que se entregaba a la canción como quien se lanza a un barranco, esa Gloria que era todo fuerza, música y alegría. La misma química que tenía con el grupo la tenía con ese desconocido, hasta me dio la impresión de que le miraba de manera parecida a como miraba a Álex por entonces, con esa misma complicidad íntima, con esa mezcla de admiración y apego que le salía de tan adentro. Gloria era como una botella de cristal cuyo contenido podía adivinarse de un vistazo, sus ánimos estaban siempre al descubierto, también sus afinidades. Si alguien no le caía bien no era capaz de esconderlo por mucho que lo intentara: un deje de mirada, una cierta ondulación de su voz, una mueca involuntaria o una mala palabra proferida en un arrebató de mal humor la delataría más pronto o más tarde. Lo mismo cuando alguien le gustaba y más todavía si albergaba algún interés romántico hacia esa persona: los mofletes se le coloreaban y la mirada se le iluminaba, exactamente como le ocurría en ese momento.

GLORIA

El corazón me latía a mil por hora, pom, popom, pom, popom, una base rítmica acelerada y siempre a tiempo sobre la que trataba de encauzar mi voz para que no sonara tan agitada como lo estaba por dentro; hacía tiempo que no sentía esa cercanía, esa comunión de voces y miradas, esa alegría compartida en los acordes de una melodía; yo creo que Marcos lo sentía también y estaba contento con esa facilidad con la que se encontraban nuestras voces, como si fueran viejas conocidas, creo que incluso los cuatro gatos del público lo notaron también, porque al acabar la canción la gente nos aplaudió e incluso pidieron besos, ¡otra, otra!, y Marcos me preguntó, ¿te apetece cantar otra?, y yo dije que sí, y él me dijo alguna propuesta, y yo, ¿conoces la de «It Ain't Me Babe» de Johnny Cash y June Carter?, y los ojos se le abrieron mucho, muchísimo, me encanta esta canción, dijo, ¡me encanta, qué buena idea!, la buscamos en su *ipad* para la letra y en nada estábamos ya cantando de nuevo, *Go away from my window, leave at your own chosen speed, I'm not the one you want, babe, I'm not the one you need...*; y otra vez era como si hubiéramos nacido para cantar esa canción, sabíamos perfectamente lo que teníamos que hacer cada uno sin haberlo hablado previamente, él allá abajo y yo un poco más arriba, cada uno tan contento en su carril pero juntos en la autopista, y en el estribillo dejábamos de mirar el *ipad* y nos mirábamos y no podíamos evitar sonreír y de pronto volvía a ser una veinteañera que quería pasarse la vida entera cantando, cantando, cantando con él a mi lado. Acabó la canción y Marcos me abrazó y olía a caramelo de miel y limón y su pelo me hizo cosquillas en las orejas, y yo volví a la mesa y él desapareció por detrás del escenario, y cuando se unió de nuevo a nosotras me miraba y sonreía y me dijo: qué guay lo que acaba de pasar, ha estado genial, y luego, qué pena que vivas en Barcelona porque si no te obligaría a repetirlo cada semana.

LUCÍA

Llego al bar convertida en gata y veo a Gloria convertida en cachorrillo que agita la cola. Un perrete la ha sacado al escenario y juntos han ganado el concurso de acrobacias caninas. Ahora celebran entre brindis y ladridos. Me disculpo por haber desaparecido y Marcos acepta mi excusa de buena gana. No está dolido, le importa una mierda. No dejan de hablar de la actuación. Lo bien que ha ido. Los aplausos. Los bises. Isa y Carla también participan, yo soy la única en silencio. Siento algo turbio en mi interior esa noche. Un agujero negro que me tiñe por dentro y es capaz de convertirme en una hija de puta. Hay algo que me hace daño, pero no logro identificar qué es. ¿Que Marcos se haya olvidado de mí tan rápido? ¿Que Gloria haya disfrutado cantando con él mucho más de lo que disfrutó nunca cantando conmigo? ¿Que Isa no me pregunte cómo me encuentro? ¿Que nadie tenga ni idea de que cargo con un agujero negro dentro?

Sé que debería abortar el plan de llevarme a Marcos a la cama. Que a esa Gloria que agita la cola le sentará mal que me apropie de su juguete. Que su ilusión por él es más valiosa que la mía. Pero ella no tiene un agujero negro dentro. Ella tiene el amor incondicional de sus padres y su hermana. Tiene a su David y a sus hijos por los que daría la vida. Es fácil ser generosa cuando se está feliz. Menos cuando se tiene un agujero negro dentro. Como aquellos domingos en que los padres de Gloria me invitaban a su casa por la mañana y todo iba como la seda. Por la tarde volvía a casa de mi madre y no había nadie, y al día siguiente en el cole me enfadaba con ella por haberme arrugado el jersey. ¿Sigo siendo tan inmadura como entonces? ¿Me duele todo eso como me dolía entonces? Examino el local en busca de algo con lo que distraerme. No hay mucho entre lo que escoger. El bar está medio vacío y abundan las mascarillas. Hago un barrido visual. Tiendo un par de cuerdas poco prometedoras. Devuelvo la atención a nuestra mesa y veo que Carla me está mirando. Enormes ojos verdes con destellos amarillos. Labios carnosos y sensuales. Le sonrío y me devuelve la sonrisa mientras se atusa el pelo. Interesante.

ISA

Un dolor agudo en el ovario izquierdo me arrancó del sueño a las siete de la mañana. El sudor convertía las sábanas en telas molestas entre mis piernas y desembocaba en un remolino mojado en mi nuca. Sentía en mi interior una extensión de zarzas que a su paso atravesaban membranas y glándulas inflamadas. Me dirigí hacia la cocina con la intención de servirme un vaso de agua para tomar una pastilla, pero el sonido de unos ronquidos procedentes del comedor me detuvo. Me asomé con sigilo y vi a Marcos en calzoncillos sobre el sofá, durmiendo como un tronco.

Tanto él como su hermana habían vuelto al apartamento con nosotras la noche anterior, después de cerrar el bar. Yo estaba rendida y me había ido a dormir, pero los demás siguieron la fiesta en el salón. Entre las brumas del sueño recordaba haber oído risas, cantos y hasta una guitarra.

Entré de puntillas a la cocina y di un brinco al toparme con la inesperada figura de Gloria apoyada en el fregadero. Ella también se asustó al verme.

—¡Hostias! —soltó—. Qué susto.

Me contó que no podía dormir, que últimamente cuando bebía caía en la cama rendida pero despertaba pocas horas después y no lograba conciliar el sueño por muy cansada que estuviera. La noche anterior, Marcos y ella se habían quedado charlando y tocando la guitarra hasta avanzada la madrugada mientras que Lucía y Carla se habían metido en la habitación muy acarameladas, me explicó.

—Me habría gustado ser un poco como Lucía, ayer —dijo.

—¿En qué sentido?

—Ser tan libre como ella. Estar soltera, poderme liar con Marcos y pasarlo genial y luego olvidarme de él como si tal cosa. ¿No lo piensas, a veces? ¿Cómo sería poder llevarte a la cama a cualquiera que te atraiga?

Me quedé pensativa por unos segundos. Estaba preparada para decirle que soy una persona reservada y que en mi caso no creía que me sintiera cómoda acostándome con alguien a quien no conociera. Que necesitaba tener confianza e intimidad con mi compañero sexual. Todo eso era verdad y sin embargo me sorprendí contestándole:

—Sí. Sí que lo pienso, a veces. A veces sí que lo pienso.

GLORIA

Estaba fastidiada la pobre Isa, con la cara amarilla, los ojos hundidos y pequeños, el gesto mustio; tras charlar un poco me dijo que se volvía a la cama y yo hice lo propio, me puse a leer un rato con la esperanza de que me entrara el sueño, aunque sin tenerlas todas conmigo, y finalmente sí, caí, y desperté que eran casi las once, ¡las once!, no estaba mal, no estaba nada mal, tenía una ligera resaca pero no mucha, la clave había sido beberme una botella entera de agua antes de irme a dormir aunque no me apeteciera nada, todo el estómago glus, glus, como una pecera y luego levantarme a hacer pis un par de veces, eso sí. Me asomé al comedor y Marcos seguía roque, abrazado a un cojín, estaba gracioso tan despeinado y entregado al sueño y verle allí todavía me puso de mejor humor. Me duché, me lavé la cabeza, me puse un acondicionador en el pelo para los enredos y volví a mi cuarto envuelta en una toalla, me vestí y luego fui hacia la cocina para preparar una cafetera, y a la que abrí el armario, oí un buenos días a mis espaldas, era Marcos que me sonreía con cara de dormido, qué tal has dormido, muy bien, y tú, también bastante bien, te apetece desayunar, sí gracias, me muero de hambre pero me puedo dar una ducha antes, claro, espera que te dejo una toalla, que en mi cuarto había alguna más.

Apareció poco después por la cocina oliendo a mi jabón de avena y nueces, con las greñas mojadas humedeciendo los hombros desnudos y la toalla enredada en la cintura, y dijo, ya imagino que no, pero por casualidad no tendrías una camiseta así ancha que pudieras dejarme, la que llevaba ayer está sudada y asquerosa. Lo miré, pero todo lo que tenía eran camisetas apretadas, sin mangas o vestidos, finalmente entre risas le ofrecí mi camión del Snoopy, que no dejaba de ser una camiseta ancha, él se partió y dijo, seguro, no te importa, y yo, qué va, se la puso y nos entró un ataque de risa estúpido porque parecía un tío raro, que no sé si eran los nervios o el cansancio o qué, porque tampoco era para tanto, pero no podíamos parar de reír.

Qué planes tenéis para hoy, me preguntó, y le expliqué que en teoría queríamos despertarnos no muy tarde para visitar la zona de Anaga que nos habían dicho que era preciosa, pero que no creía que hoy fuera el día ideal para caminatas y curvas por el monte ya que estábamos un poco hechas polvo y además Lucía a saber a qué hora amanecería. Así que nada en particular, turismo por la zona, a lo mejor algo de playa, lo cierto era que nos estábamos tomando ese viaje con mucha calma, sin madrugones ni grandes estréses por completar objetivos, que a veces en los viajes uno acaba más

estresado que otra cosa. Me preguntó si me apetecía un buen desayuno del estilo guiri con beicon, huevos y toda la carrocería, me reí y le dije que vale, pero que tendríamos que ir a comprar, y él, no te preocupes de nada que yo me encargo, se puso a abrir armarios para ver lo que teníamos: galletas digestivas, fruta, jamón dulce..., sí, habrá que ir a comprar. Insistió en que no hacía falta que le acompañara y ni corto ni perezoso se fue a la calle con mi camisón del Snoopy encima de los tejanos. Volvió un rato después con una barbaridad de provisiones: pan, huevos, embutidos, salchichas, jamón, zumos, i una botella de vodka!, ¿y esto?, le pregunté riendo, he pensado que podríamos hacer *bloody marys*, ¿te gustan? Me quedé parada, porque no conozco a nadie a quien le guste el *bloody mary* más que a mí, que me flipa de toda la vida pero que en cambio a Isa y a Lucía no les gusta nada; te la has jugado, le digo, y él se rio y dijo que los amantes del *bloody mary* sabíamos reconocernos y me enseñó la botellita de tabasco que había comprado como si fuera un tesoro, con una sonrisa y un brillo en los ojos que, no sé, me hizo daño por dentro, porque era un brillo como de estrella fugaz, destinado a desaparecer en un parpadeo.

LUCÍA

Carla duerme aunque hace rato que he levantado persianas. Boca abajo. Abrazada a la almohada. El sol cae por la ventana, sobre su pelo. Algunos mechones parecen de plata. En su espalda flotan las sombras de las cortinas. La miro hasta que me siento estúpida.

Me lavo los dientes, me visto para ir a correr. Tengo la piel seca del alcohol y las caricias, pero no es una sensación desagradable. Antes de salir me asomo otra vez al cuarto. Carla sigue en la misma posición. La miro un rato más. Normalmente no tendría reparos en echar a un ligue que duerme demasiado. No sé por qué no lo hago esta vez. Lo cierto es que no me molesta tenerla allí. A lo mejor ni siquiera me importaría encontrarla todavía al final del día. Me haría un sitio en la cama y dormiría a su lado.

Circula por el pasillo un apetecible olor a comida. Mi estómago ruge de alegría, el pobre lleva vacío desde el abrupto desenlace de la cena de ayer. Gloria me sonríe cuando me asomo al salón: «¿La señora querrá sus huevos fritos o revueltos?». Me río. «¿Pero esto qué es? ¡Pero esto qué es!». Me lanzo sobre el jamón.

Marcos nos habla de la playa de las Gaviotas, su favorita. Nos aconseja pasear por el mercado de Nuestra Señora de África, con un montón de productos locales, e ir a la Librería de las Mujeres. Esta última recomendación es sobre todo para Isa, con la que habló de libros en la víspera. «¿Dónde está Isa, por cierto?», pregunto, «¿todavía duerme?». Gloria me explica que se ha despertado pronto, pero se ha vuelto a meter en la cama porque no se encontraba bien. Les digo que Carla también duerme y que yo me voy a correr. «Decídselo si se despierta, no tardaré en volver».

ISA

El alambre se había distendido ligeramente cuando me desperté, ya no se retorció sobre sí mismo sino que parecía haber perdido consistencia y ahora se limitaba a rozar mi cuerpo en vez de atravesarlo. Desde el comedor llegaba un rumor de risas y conversaciones. Quería ducharme lo primero de todo, así que avancé sigilosa por el pasillo y me encerré en el lavabo antes de tener oportunidad de cruzarme con nadie. Me duché sin prisas, con agua muy caliente, regodeándome en el alivio del calor en el vientre.

Una vez duchada y vestida, me asomé al comedor. Prácticamente al mismo tiempo lo hizo Carla. Estaba despeinada y llevaba puesta la misma ropa del día anterior.

–*¿Full english breakfast y bloody mary?* –dijo riendo–. Esto es Marcos que os ha liado, como si lo viera.

Me hizo gracia ver a Marcos con el camisón de Gloria metido por dentro del pantalón, tan contento, removiendo con un trozo de apio su *bloody mary*. A Gloria también se la veía encantada, nos saludó con una sonrisa de oreja a oreja y nos instó a servirnos beicon y tostadas.

–¿Ponemos algo de música? –propuso.

Marcos y ella se pusieron a comentar las listas de Spotify de sus respectivos móviles. Ambos conocían la mayoría de la música que tenía el otro y compartían afinidad hacia ciertos estilos y artistas. Estuvieron un buen rato intercambiando impresiones –lo mucho que les gustaba tal grupo o la de veces que habían llegado a escuchar tal disco– cuando Marcos dijo algo que concentró toda nuestra atención.

–Unfocused, cuánto tiempo sin escucharlos. ¿Sabéis que el cantante vive en la isla? He coincidido con él varias veces.

Gloria y yo le miramos con los ojos como platos.

–¿Qué dices?

–¿En serio?

–Os lo juro. Vive a caballo entre Londres y Santa Cruz. Ahora se dedica a componer bandas sonoras para películas, pero va haciendo algún bolo de vez en cuando.

Era un habitual de la noche tinerfeña e incluso había llegado a tocar en el bar de micro abierto al que habíamos ido la noche anterior. Gloria negaba con la cabeza, se tapaba la boca con las manos, exteriorizaba su incredulidad con aquella elocuencia gestual que la caracterizaba.

–Qué fuerte, no puede ser –repetía.

Empezó a divagar con que si aquello era una señal del destino. Que era demasiada casualidad que Glenn Dakota viviera allí, que ahora por narices teníamos que encontrarnos con Marga. Excitada, se lanzó a explicarles a Marcos y a Carla la historia del concierto en el que nos escapamos para ir a verles. La emoción enrojecía su rostro y hacía tropezar sus palabras hasta convertirlas en un discurso confuso, agitado y cómico.

–Tenemos que verle como sea –concluyó–. Es Glenn Dakota, ¡por favor, qué fuerte! ¡Aquí en Tenerife! ¿Sabes por dónde suele ir, o si tiene algún concierto previsto?

–Puedo enterarme, aquí los músicos nos conocemos todos. Haré unas llamadas y os cuento.

De un arrebato, Gloria le plantificó un sonoro beso en la mejilla. Los tres nos reímos con su reacción. Marcos le dio al *play* y empezó a sonar «Inside Your Eyes», el gran éxito de Unfocused, pero poco después llamaron por teléfono a Gloria y como la música sonaba a través de su móvil, la canción quedó interrumpida.

GLORIA

No me lo podía creer, no me lo podía creer, ¡Glenn Dakota en Santa Cruz de Tenerife! Iba a explicárselo a David, que era quien estaba llamando, pero pronto me di cuenta de que él no estaba para Glenn Dakota ni leches, que ni siquiera me saludó sino que con esa manera suya que tenía de escupir las palabras me dijo, en el casal dicen que has amenazado a un niño de muerte, dime que no es verdad, idime que no es verdad!

La sangre abandonó mi rostro, el mundo se detuvo. No, por favor. Con el corazón, pam, pam a lo bestia en el pecho y unas luces medio violetas en mis ojos, me retiré al cuarto para que no pudieran oírme. Chillidos a través del auricular estampándose, plas, plas contra mi cara, que había habido un brote de coronavirus en el casal y al ir a buscar a los niños le había abordado una histérica gritando que cómo se atrevía, que su hijo llevaba días muy callado y que ayer les había explicado llorando que una madre, una loca, le había dicho que tenía una pistola y que le pegaría un tiro si se portaba mal. Se lo está inventando, ¿no?, Gloria, dime que se lo está inventando, idi algo, se lo está inventando, sí o no! Tenía la respiración tan acelerada que me costaba hablar, finalmente hice un gran esfuerzo para encauzar mi voz temblorosa y le dije, David, ese niño le pegaba patadas y collejas a Marcos, le había colgado un póster en el que ponía «maricón» y..., ¡pero que me da igual, que esta no es la cuestión, que son niños, que tienen siete años, joder, Gloria, que no puedes amenazar con matar a un niño!, que ya lo sé, David, que no hice bien, nada bien, pero que estaba desesperada y no sabía qué hacer, que había hablado con su madre varias veces y no me había hecho ni caso, tampoco las monitoras del casal, que Mierd..., que Nicolás le había bajado el traje de baño al niño y amenazaba con ahogarle en la piscina...

David chillaba, chillaba: que estaba como una puta cabra, que mi sitio era el manicomio, que qué coño iba a decir en el casal, que la madre había amenazado con denunciar y enviar a su marido a pegarle una paliza y que no le extrañaba porque no se podía ir así por la vida, que necesitaba medicación, que lo que más pena le daba eran Joan y Sofía, que tenían una madre que estaba loca y que vaya vida les esperaba. Eso último fue lo que me hizo cambiar el tono, pasar del cordero dócil que estaba siendo apedreado a convertirme en un animal herido que se defiende y contraataca; encendida y temblorosa, le dije, ahora sí que te preocupas de tu hijo, no, pero no te importaba cuando le humillaban, le pegaban y le llamaban maricón, que decías que eran cosas de niños, entonces no te importaba tanto. La cosa degeneró, que si encima la culpa iba a ser

suya, que si él iba a ser el responsable de que yo estuviera de manicomio, y yo le dije pues sí, en parte sí, si me hubieras ayudado no habría estado tan desesperada y no habría perdido los papeles como lo hice, que nunca estás a mi lado cuando lo necesito, ¡nunca!, que me tengo que encargar de todo yo sola, la casa, los niños y ahora esto del *bullying*, que yo también trabajo y paso nervios en el curro y que no puedo más. He pasado de chillar a estar llorando, las lágrimas me ciegan y me queman las mejillas, me tiemblan las manos y las piernas, el corazón me va a mil por hora. David sigue chillando que no, no vas a conseguir darle la vuelta a esto, que estamos hablando de que has amenazado con matar a un niño, que no trates de esconderlo ahora como un problema conyugal; y acaba diciéndome que no sabe hasta cuándo podrá soportar, que necesito ayuda profesional, que él ya no puede hacer más pero que esta familia se va a la mierda y yo mientras de cachondeo en Tenerife, claro que sí, lo primero es lo primero, y me cuelga.

LUCÍA

Antes de emprender la marcha miro el móvil. Dos llamadas perdidas de Luis. El zumo de naranja me quema por dentro. No tenemos nada de qué hablar. ¿Por qué coño me llama? Me obligo a no pensar en ello y me lanzo a correr a demasiada velocidad. Quiero exorcizar las toxinas y la mierda acumulada. Quiero maltratar el asfalto con mis zancadas. Quiero respirar y que el aire me limpie por dentro. Quiero saltar, quiero volar, pero me canso más que de costumbre y tengo que parar. Son pasadas las doce. Hace demasiado calor. Normalmente salgo a correr cuando el sol está más bajo, ahora cae vertical sobre mi cabeza. Las piernas me flaquean. El suelo se tambalea. Me echo agua encima. Doy media vuelta hacia el apartamento. Carla y Marcos están en el comedor cuando llego. Les saludo con un gesto de mano desde la entrada, no quiero que me vean tan sudada. Están muy callados, con cara de circunstancias. Oigo sollozos procedentes de la habitación de Gloria. Me acerco. Gloria está hecha un mar de lágrimas. Un llanto de esos que te rompen por dentro. De convulsiones y respiración entrecortada. Sentada a su lado, Isa me mira preocupada.

ISA

Me costaba encontrar las palabras para reconfortar a Gloria, por lo que durante un buen rato me limité a escucharla, a asentir con la cabeza, a colocar con suavidad mi mano sobre su espalda con la esperanza de que poco a poco se fuera tranquilizando. En todos los años de amistad que nos unían, no recordaba haberla visto nunca tan alterada. A veces me costaba entenderla porque el llanto se comía las letras, porque su voz quebrada no era capaz de terminar las frases, que se perdían en un alboroto de hipos, rojeces y lágrimas. Gloria aseguraba que todo estaba perdido, que su matrimonio no tenía salvación, que ya no había marcha atrás, pero no entraba en detalles sobre el detonante de la discusión. Ese estado de llorosa histeria duró unos minutos tras los que logró serenarse lo suficiente como para explicarnos lo sucedido. Entonces, nos habló de los problemas de su hijo en el colegio y de sus intentos fallidos de ayudarlo. De las conversaciones con madres, profesoras y monitoras que no habían llevado a ninguna parte. Finalmente, de la salvajada proferida en pleno ataque de nervios que había acabado estallándole en la cara.

No supe reaccionar como era debido. Me quedé tan pasmada al oírle hablar de pistolas y de amenazas de muerte que no fui capaz de proporcionarle el consuelo que necesitaba. Mi rostro debió denotar más horror que compasión, y ella se dio cuenta.

—No me mires así, por favor. Ya sé que no tendría que haberlo hecho.

—Perdona, es que estoy descolocada. Es que es un poco fuerte. ¿Qué le dijiste exactamente a ese niño?

—Que le mataría —dijo entre sollozos—. Que si volvía a meterse con Joan conseguiría una pistola y le pegaría un tiro.

Un silencio se interpuso entre nosotras. Lucía, que se había mantenido al margen escuchando desde la puerta, entró en el cuarto.

—Perdonad que no me acerque más, pero es que estoy muy sudada —dijo a modo de introducción—. Bien. Es evidente que cometiste un error, pero de nada sirve que te fustigues. La gente comete errores, todos lo hacemos. No tendrías que haber amenazado a ese niño, pero es normal que estuvieras desesperada. Es una vergüenza que nadie hiciera nada. Te dejaron sola y te tomaste la justicia por tu mano. No estuvo bien, pero vamos a tranquilizarnos, que tampoco has matado a nadie, ¿eh? Vamos a ver. Solo estabas defendiendo a tu hijo de ese cabrón. Te equivocaste, pero no has sido la única responsable de lo sucedido. Ni las monitoras ni David estuvieron a la altura. El *bullying*

es un tema muy serio –tras unos segundos de silencio, Lucía me miró, sus ojos contenían un punto de severidad, me instaban a darle la razón–. ¿Verdad, Isa?

–Sí, desde luego. Es un tema muy serio.

Gloria asintió como para darnos las gracias. Parecía una niña agotada y desvalida. En su rostro demacrado se dibujaban ronchas rojas que se extendían desigualmente por sus mejillas hasta llegar hasta el cuello. También sus ojos estaban enrojecidos y relucían de lágrimas que, tras escurrirse bajo sus parpadeos, dibujaban senderos brillantes en su cara. Nos quedamos un rato calladas mientras Gloria lloraba en silencio.

GLORIA

Lucía se fue a duchar y yo le pedí a Isa que por favor me disculpara ante Marcos y Carla y les explicara que había tenido un disgusto. ¿No quieres despedirte? ¿Seguro? Sé que tendría que haberlo hecho, pero es que no podía parar de llorar y me daba vergüenza salir de esa guisa, toda roja y lamentable. Estarás bien sola. Sí, no te preocupes, pero al momento de cerrar la puerta volvieron las lágrimas y la desesperación; qué iba a hacer, cómo me enfrentaría el año que viene a las reuniones de padres y profesores que me mirarían como si estuviera loca, y a los propios Joan y Sofía, que más pronto o más tarde se enterarían de que su madre había amenazado de muerte a un niño, si es que no lo sabían ya, y a David, su ceño arrugado y esa mirada fulminante que me hacía sentir pequeña, pequeña, pequeña, como Paul McCartney en *Help!* cuando le pinchan por accidente una poción extraña o como en el videoclip de Manel en el que un actor típico de series catalanas se encoge después de beber algo, así es como me hacía sentir él, y no sé si una pareja debería hacerla sentir así a una, tan insignificante y diminuta, la verdad, no tengo claro que eso sea saludable.

Pensaba en lo que haría una mujer responsable si su familia se iba a la mierda tal y como había anunciado David; suponía que lo correcto sería volver a Barcelona y tratar de solucionar las cosas, pero estaba segura de que eso no serviría de nada, que David era incapaz de ponerse en mi piel ni que fuera un minuto y que, ya puestos, era incapaz también de ponerse en la piel de su hijo, que parecía que se sintiera decepcionado por chorradas como que no le gustaba jugar a fútbol, que le podían más ese tipo de gilipolleces que el preocuparse por si alguien le maltrataba en clase. David solo tenía ojos para Sofía, había sido así desde el principio, porque había salido más rubia, más alta y más guapa, porque era ágil y simpática y dicharachera, y yo la quería muchísimo, por supuesto, era mi niña, la quería con toda mi alma, pero es posible que me volcara más en Joan porque él estaba dejado de la mano de Dios, con ese padre que le despreciaba en secreto, o al menos esa es la impresión que me daba a veces. Por supuesto que era posible que estuviera desvariando, porque a menudo desvarío y más en ese estado de alteración en el que me encontraba. Fuera como fuera, cada vez se me hacía más duro convivir con David, y por primera vez en todos esos años me planteé cómo sería una vida sin él, cómo sería criar a los niños yo sola, sin él en mi vida. Sin sus malas caras y sus recuentos de calorías y sus entrenos, sin tener que soportar sus patéticas series de Netflix ni su pésimo gusto para el cine, que siempre quería ver pelis

dobladas y muy comerciales, que por una vez que le arrastré al Verdi me lo estuvo restregando durante semanas como si le hubiera llevado a una trinchera, sin tener que follar una vez a la semana por obligación y soportar cómo tardaba siglos, siglos, en correrse, y cómo después de follar aún tenía que chupársela porque si no, no se corría, que no se corría ni a tiros, y si no conseguía que se corriera entonces estaríamos en las mismas en un par de días y ese polvo eterno no habría servido de nada. Imaginé cómo sería dormir sin ronquidos ni repentinas patadas en las piernas, dormir del tirón como estaba durmiendo esos días, tal vez no tanto porque los niños seguirían estando en casa, pero sin tener que incrustarme esos tapones en los oídos que me hacían heridas y que ni siquiera sofocaban los sonidos asquerosos que salían de su boca por las noches y que me despertaban justo cuando había conseguido dormirme después de horas dando vueltas en la cama. Por supuesto que también echaría de menos lo bueno: los paseos en los fines de semana, las charlas los viernes cuando al volver del trabajo nos abríamos unos quintos, las risas cuando imitaba al vecino y Joan y Sofía se partían o los cuentos que les contaba por las noches; por no hablar de las cuestiones prácticas, que el único motivo por el que podíamos mantener a dos niños era porque vivíamos en el piso de la abuela de David, que nuestros sueldos mediocres no daban para un alquiler y el cuidado de dos hijos, y mucho menos lo habría hecho mi sueldo mediocre en solitario. Lo peor era pensar en los niños, en lo duro que sería para ellos crecer con unos padres separados y mudarse de aquí para allí, hoy me toca con mi madre y hoy con mi padre, como Lucía cuando era pequeña, que una vez me explicó que nunca había tenido un hogar de verdad y que siempre se sentía una invitada en todos sitios. Al pensar en eso me eché a llorar de nuevo, porque era injusto que los niños pagaran por nuestros errores, con lo buenos e inocentes que eran, tan pequeños todavía, merecían crecer en un ambiente feliz, sin peleas ni malos rollos, como habíamos crecido Claudia y yo, como mínimo les debía eso.

LUCÍA

Carla no está cuando salgo de la ducha. ¿Tanto le habría costado esperar y despedirse? Ella y su hermano han preferido dejarnos tranquilas en estos momentos de crisis, me explica Isa. ¿Llega a leer la decepción en mi mirada? Probablemente, porque siempre se da cuenta de todo. Me he puesto uno de mis mejores vestidos y me siento como una imbécil. Trato de ocultarlo aparentando normalidad. «Ah, vaya, ¿se han ido ya? Qué pena. ¿Qué planes tenemos, algo pensado para hoy?».

Mi orgullo me impide preguntarle por las palabras exactas de Carla al marchar. ¿Me ha mencionado? ¿Ha mostrado algún indicio de querer volver a verme? Esta sensación de inseguridad me inquieta. ¿Preocupada por si volveré a ver un ligue, yo? Sí, hombre. Me autoconvenzo de que no es así y me obligo a no consultar el WhatsApp hasta avanzada la tarde.

Hablamos sobre la situación de Gloria. Yo digo lo que pienso: que a Gloria se le va la olla, pero que David nunca la ayuda en nada. Isa, siempre prudente, dice que es un tema muy espinoso y que espera que puedan solucionarlo. Poco después aparece Gloria por el comedor. Ojos hinchados. Manchas rojas en la cara. Le ha explicado lo sucedido a su madre y la pobre mujer se ha quedado muy preocupada. Va a ocuparse de los niños ahora que el casal está cerrado por un brote de covid. «Como mínimo, David no podrá echarme eso en cara».

ISA

El dolor atacó de nuevo más tarde, poco después de que desplegáramos nuestras toallas en la playa de las Gaviotas. Esta quedaba encajada bajo un acantilado cubierto por una alfombra de vegetación que contrastaba con la oscuridad de su arena volcánica. Un viento constante agitaba las aguas y suavizaba el calor que despedía la tierra negra recalentada por el sol. Todo a nuestro alrededor irradiaba una belleza salvaje y evocadora, pero yo no fui capaz de disfrutar de nada de eso porque me encontraba fatal. El abrazo vigorizante del mar me sentó bien, pero las aguas andaban revueltas y no alargamos demasiado el baño.

Me estiré en la toalla y llevé a cabo respiraciones profundas, tratando de concentrar la atención en el subir y bajar de mi estómago. El objetivo era aislarme del dolor, separarme de él y contemplarlo desde la distancia, como aconsejaban en el curso de meditación. A pesar de los esfuerzos, mis pensamientos acababan invariablemente enredados en el alambre del vientre: en los pinchazos, los retortijones, los calambres que se extendían por caderas y muslos dispersando esa frialdad de clavos y agujas. Como el ejercicio no estaba funcionando, me incorporé. Gloria se había apartado para hablar por teléfono y Lucía se estaba liando un porro.

—¿Eso es marihuana? —le pregunté—. ¿Crees que podría ayudarme en mis dolores de allá abajo?

Lucía se giró para mirarme. Una ráfaga de viento la obligó a sujetarse el sombrero de paja que cubría su cabeza para que no se le fuera volando. La cinta que lo rodeaba bailoteaba alegremente, dibujando ondulaciones de color azul.

—Seguro. La maría se usa para paliar los dolores de un montón de enfermedades.

Hizo visera con el sombrero y encendió el porro. Dio una calada más bien larga y crepitó el papel con su cabeza naranja. Le dio otra y me lo pasó.

—No está muy cargado.

Lucía sonreía, sin duda le divertía verme en esa situación por lo insólita que resultaba. Lo cierto era que no le daba una calada a un porro desde que estudiaba en la universidad. Aspiré poco para no ser la típica pánfila de las películas que tras dar una calada se encalla en un ataque de tos. Tras sentir un picor en la garganta, expiré una dulce nube de humo que inundó el ambiente con un olor familiar que me transportó a tiempos lejanos: al césped de la universidad en una de esas mañanas en las que me cruzaba con Xavi y la clase ya no me parecía tan importante, a los bares medio

clandestinos a los que nos llevaba Gloria, donde cumbas con camisetas de rayas jugaban a las cartas y tocaban la guitarra, a los conciertos y los corrillos de gente en brumosos atardeceres anaranjados.

Tras apartarse un rato para hablar con su hermana por teléfono, Gloria se sentó de nuevo con nosotras. Su mirada contenía trazos de lágrimas pasadas, pero el gesto irónico con el que se dirigió hacia mí era ya el de la Gloria de siempre.

—¿Dándole al canuto, hermana?

—Ya ves, *sister*. A ver si me ayuda con el dolor.

Esa llamada le había hecho bien, se la veía más tranquila. Nos explicó que su hermana llevaba un tiempo yendo a terapia para gestionar el estrés y le había recomendado hacer lo mismo.

—Creo que es un buen consejo —dije.

Yo no había dejado de ir a terapia desde el abrazo negro y viscoso de la depresión. Progresivamente había ido abandonando la química, pero había mantenido las sesiones con el psicólogo como vía para canalizar mis oscuridades del día a día. Para mí la terapia actuaba como el extractor de la cocina: daba pereza usarlo, pero se llevaba lejos los malos humos. Resultaba curioso, el principal tema que tratábamos en la consulta era el miedo. El miedo a tener miedo, quiero decir: a un ataque de dolor o a una pregunta que no supiera contestar en clase, a que fracasara el *in vitro* y, por encima de todo, a que la vida se transformara otra vez en túnel, a quedar de nuevo sepultada bajo aquel lodo terrorífico.

Lucía mantuvo un silencio elocuente. Para ella pedir ayuda era señal de debilidad, y tal vez tuviera razón. Yo no tenía problema con eso, siempre había considerado a las personas seres débiles y desamparados, susceptibles de desaparecer para siempre por un despiste al cruzar la calle o una desafortunada combinación de genes. Pero ella jamás se permitía un momento de flaqueza, ni siquiera con nosotras. No cabía duda de que era una persona fuerte, pero toda armadura tiene sus grietas: también ella debía de sentirse sola y vulnerable a veces. Me pregunté qué haría Lucía con su vulnerabilidad, probablemente la apartaría de su camino como una mosca molesta o un pretendiente pesado.

Estos pensamientos los tuve mientras contemplaba las olas rompiendo contra las rocas. Las espumas blancas se disolvían en el azul, retrocedían con elegancia hipnótica y resurgían con un brío inesperado poco después. Lucía no había dejado de pasarme el porro, que yo aspiraba con diligencia cada vez que estaba en mis manos, y fueron probablemente esos vapores los que propiciaron el divagar de mi mente. También contribuyeron a tener más conciencia que nunca del efecto sobrecogedor del mar en el alma, qué bella y turbadora era su contemplación, qué capacidad de despertar emociones contradictorias: la fascinación ante su vigor por una parte y el vértigo de verse tan insignificante ante semejante despliegue de inmensidad, por otra. Menuda verborrea mental la que habían despertado las hierbas, madre de Dios, y qué absurdo

por mi parte fue tratar de compartirla, como hice. Porque, imprudente de mí, balbuceé algo relacionado con todo eso que estaba pensando, sobre lo conmovedor e impresionante que era el mar, y tanto Gloria como Lucía reaccionaron con una carcajada.

–Ay, Señor, que nuestra Isa está colocada –dijo Lucía.

Entonces Gloria se arrancó a cantar una conocida canción francesa.

–*La mer... qu'on voit danser... na ní naní la mer...*

Se inventaba la letra, como era costumbre en ella, pero aun así había sentimiento en su voz.

–¿Lo echas de menos? –le pregunté entonces.

Ella se volvió hacia mí y me miró con ironía.

–¿El qué?

–Cantar. Los conciertos, como ayer.

–Pues sí, la verdad. Lo echo mucho de menos. Y pensar que el capullo de Álex está ahora petándolo con su grupo, y yo sigo con mi trabajo de oficina soportando a jefes energúmenos que se meten rayas en el lavabo. En fin. La vida.

–*La mer...* –dije entonces, repitiendo la canción que Gloria había cantado hacía unos segundos. En realidad estaba pensando en «la vie» y no en «la mer», y al darme cuenta de mi confusión empecé a reír estúpidamente. Intenté explicarles mi error, pero no podía parar de reír por esa chorrada. Traté de contenerme porque a pesar de sentirme desinhibida sentía también la inquietud de no tener control sobre mí misma.

–Que me he equivocado –logré articular–, que estaba pensando en la vida. *C'est la vie* –respiré hondo para tranquilizarme. Tengo muy desarrollado el sentido del ridículo, ojalá no lo tuviera tanto. Traté de enhebrar una frase coherente para dispersar el posible desconcierto ante mi ataque de risa–. A mí Álex siempre me pareció un pedante y un imbécil. ¿Tan bueno era? Porque a mí no me lo parecía.

–Hombre, era bastante bueno el hijoputa –dijo Gloria.

Algo en su expresión entre resignada y entristecida me arrancó una nueva sarta de carcajadas.

–Joder, qué tontería me ha entrado. Ya paro, ya paro.

–No, mujer. Disfrútala –dijo Lucía.

–Claro, si estos ataques de risa son lo más. Me estás dando una envidia...

–¿Quieres que líe otro?

–Me apetecería un montón, pero no me atrevo.

A Gloria le daba miedo meterse nicotina en el cuerpo por el riesgo de engancharse al tabaco de nuevo. Le había costado mucho dejarlo y explicaba que a veces soñaba que fumaba y se despertaba con la sensación de haber tenido una pesadilla.

–Si quieres no lo mezclo. Aunque el colocón puede ser considerable.

–No, deja, deja –dijo Gloria–. Que acabaremos del revés y tampoco es plan.

Nos quedamos en silencio por unos segundos.

–¿Y con Marcos y Carla muy bien, no? –les pregunté entonces.

Gloria asintió con una sonrisa. Lucía se encogió de hombros.

–Va, Lucía, no te hagas la dura.

–No me hago la dura, es que tampoco hay mucho que contar. Con Carla bien, sí. Sin más.

–Ay, esta Lucía –dijo Gloria–. Si es que ya se sabe.

–¿El qué? –pregunté.

–*La mer...*

Se lanzó de nuevo a cantar y yo estallé en absurdas carcajadas.

GLORIA

Hablar con mi hermana me hizo ver las cosas de otra manera; me dijo que podía aprenderse de todo esto que había sucedido, que a lo mejor era para bien, que como mínimo había ayudado a poner de manifiesto varios aspectos: el primero, que yo estaba sobresaturada y necesitaba ayuda, el segundo, que David debía haberse implicado en el problema en vez de quitarle importancia, el tercero, que después de todo el follón ahora era más necesario que nunca cambiar a los niños de ese colegio en el que se habían pasado por el forro algo tan grave como el *bullying*. El problema era que estábamos fuera de los plazos de inscripción escolar para la mayoría de centros, pero una de sus mejores amigas trabajaba en un colegio en Sarrià y a lo mejor podía ayudar a que les hicieran un hueco a Joan y a Sofía. Era un colegio con instalaciones cuidadas y que tenía fama de tener buen nivel, así que podía ser una buena opción. Quedaba bastante lejos de nuestra casa, pero el sacrificio valía la pena si se trataba de librarse de niños maltratadores y profesores inútiles. Me quitó por completo la idea de volver a Barcelona antes de tiempo: que total, ya estábamos a jueves y David se las arreglaría los tres días restantes, que bien me merecía yo unas vacaciones a cuenta de todos esos entrenos y noches en las que se iba de fiesta. Además, que habíamos ido allí a reencontrarnos con Marga y que no podíamos irnos sin cumplir nuestro objetivo. Justo en el momento en el que me decía eso, me acordé de lo que había dicho Marcos antes de que David llamara, que Glenn Dakota vivía en la isla, que incluso a veces daba conciertos y tocaba viejas canciones de Unfocused, que iba a intentar ponerse en contacto con él, y al colgar se lo recordé a Isa, que en ese momento iba muy crujida y se reía por todo, y ella dijo, es verdad, es verdad, que no lo habíamos comentado, y Lucía intervino, de qué habláis, ya que ella no estaba cuando Marcos lo había contado, y al oírnos abrió mucho las narices, así del rollo dragón, cosa que hacía cuando algo la sorprendía, y dijo, olé, ahora sí que de verdad volveremos a tener quince años.

Un rato después Isa empezó a empanoiarse con que tenía la boca seca como un estropajo y que necesitaba beber algo a toda costa, por lo que nos acercamos al chiringuito que se veía desde la distancia. Como estaba lleno, decidimos pillar algo para llevar, pero entonces nos dimos cuenta de que no teníamos las mascarillas, Lucía se había ofrecido a colgarlas en unos ganchos en la guantera del coche y nos las habíamos olvidado allí, lo que dice bastante de cómo andábamos las tres ese día, empanadas con nuestras resacas, nuestras peleas y nuestros dolores de ovarios. Me ofrecí a ir al coche a

pesar de que me daba un palo espantoso, porque no estaba cerca, pero Isa dijo, gracias pero no hace falta, tengo una idea, se puso la máscara para hacer *snorkel* que se había comprado el otro día y se acercó a la barra de esa guisa. Lucía y yo estábamos muy sorprendidas de que con lo supertímida que era Isa se atreviera a hacer algo así y nos descojonamos vivas al verla, le hicimos fotos desde la distancia y comentamos que había que ver lo bien que le había sentado ese porro, que estaba más suelta y divertida que nunca.

LUCÍA

Comemos unos bocadillos. Nos echamos una siesta al sol. Estoy medio dormida cuando me llaman de la oficina. El consejero de no sé qué empresa pregunta por mí. Se ha presentado sin cita y alega que es urgente. Doy instrucciones de que le citen para la semana que viene. Insiste en hablar conmigo. Resoplo malhumorada pero acepto la llamada, qué remedio. El corazón se me detiene al reconocer su voz. «¿Qué tal, hermanita? Creía que te encontraría aquí». Un nudo en la garganta me impide hablar. Las palabras no acuden a mi encuentro. «¿Cómo sabes dónde trabajo?», pregunta una voz que no es la mía. «Me lo ha dicho tu padre. Pensaba que ya habías vuelto». No es verdad. No es cierto. Mi padre sabe perfectamente que vuelvo el domingo. Ese cabrón se ha presentado en mi trabajo para intimidarme. Para obligarme a hablar con él. Me tiemblan las manos y las piernas. Un puño me aprieta la laringe, el esófago, el estómago. Tengo ganas de vomitar. «Quería hablar contigo para organizarle a mi madre una fiesta cuando le den el alta. No me cogías el teléfono y tenía ganas de verte, así que he decidido hacerte una visita. ¿Cuándo vuelves?». Algo incomprensible sucede entonces. No le cuelgo. No le insulto. No le digo que no me llame ni vuelva a presentarse en mi trabajo. De nuevo contesta esa voz que no es la mía: «El domingo». «Genial, ¿te va bien quedar el martes para hablarlo? Podemos encargarnos un pastel y comprar un regalo entre todos, del local ya me ocuparé yo». Baluceo. Creo que me despido de él. Es posible que incluso le dé las gracias. Me quedo unos instantes quieta en la toalla, incapaz de moverme. Isa duerme. Gloria escucha música. Hago un gran esfuerzo para levantarme. Me meto en el agua. Hago mucho ruido al chapotear. Clavo las piernas y los brazos en plancha sobre el mar. Una y otra vez. Hasta que me duelen. El agua revuelta se me mete en los ojos y en la garganta. Trago agua. Toso. Nado un poco más. Abofeteo las olas con cada brazada hasta que la orilla se convierte en una línea lejana.

ISA

Era curioso el efecto que había tenido la marihuana en mi organismo. No había reducido la intensidad del dolor, pero había envuelto mi cerebro en una bruma que lo hacía más lejano, más soportable. La corona de pinchos allí seguía, pero la conexión entre ese vientre dolorido y mi cabeza había perdido consistencia, había pasado de ser una robusta escalera de piedra a un inestable puente de maderas roídas. Esa distancia de nieblas tenía también sus inconvenientes: pesaba sobre mis párpados y mis extremidades y, tras la repentina hilaridad del principio, me había convertido en un ser apelmazado. Aun así había servido para hacer mi día más agradable, al menos hasta que transcurrieron las horas suficientes para poder tomar otro ibuprofeno.

Volvimos al apartamento a media tarde con la intención de ducharnos y descansar un rato antes de salir de nuevo para ver el atardecer en un mirador del Teide. Aproveché el tiempo muerto mientras las chicas se duchaban para llamar a Carlos, que se rio mucho al imaginarme con la máscara de buceo pidiendo en una barra.

—¿Así que ahora vamos a tener que plantar maría en la terraza? —bromeó.

—Correcto.

—Bien. Nunca es tarde para cultivar nuevas formas de jardinería. ¿Qué tal los geranios, por cierto?

Charlamos durante media hora larga. Le hablé de Marcos y de Carla, de los problemas de Gloria en el casal y del covid de la mujer del padre de Lucía. Él me puso al día de su jornada en el laboratorio y me explicó que una compañera suya se había quedado embarazada mediante fecundación *in vitro* al primer intento. Lo hizo con toda la buena intención, completamente ajeno al hecho de que la mera mención de ese tema tenía la virtud de sumirme en un gran desasosiego. Deseé que no le hubiera comentado nada a su compañera del proceso que empezaríamos nosotros en septiembre, pero no le dije nada.

—Me alegro mucho de que lo estés pasando tan bien —me dijo antes de colgar—. Creo que después de unos tiempos tan chungos necesitabas esto.

Yo también lo creía y agradecía que me hubiera animado a hacer el viaje, que tal vez no habría hecho de no ser por su insistencia. Colgué con una dulce sensación en mi interior, era bonito compartir la vida con alguien que siempre ponía mi bienestar por delante de todo lo demás.

Salí al comedor y me encontré a Gloria lavándose los dientes mientras contemplaba los cuadros de la pared. Esa era otra arraigada costumbre suya: rondar por la casa mientras se empleaba en su limpieza bucal, ya fuera para mirar cuadros de las paredes, libros de las estanterías o guisos que se preparaban en la cocina. Una guarrada que según la ocasión podía molestar o hacer gracia. A mí ese día me hizo gracia.

—¿Reflexionando sobre el arte moderno?

Ella se volvió hacia mí y asintió con la cabeza. Me hizo una señal para que la acompañara al lavabo y tras enjuagarse la boca, dijo:

—Lucía dice que no va a lo del atardecer, que prefiere quedarse aquí descansando. Yo creo que sigue rara.

Fuimos a su cuarto para convencerla y nos abrió envuelta en una toalla y con el rostro reluciente de crema hidratante. No nos invitó a pasar, sino que se limitó a ratificar lo que me había adelantado Gloria mientras parecía incómoda por algún motivo. Tras la puerta entreabierta pude ver que sobre su cama se desparramaban vestidos y abalorios diversos, como si tratara de escoger atuendo y no se decidiera entre diferentes posibilidades. Al ver que posaba mi atención en ellos, se sintió obligada a dar una explicación:

—A lo mejor llamo a Carla por si le apetece pasarse a tomar algo.

Yo asentí con la cabeza, Gloria esbozó una sonrisa maliciosa.

—A tomar algo, ya veo. La niña está cansada para ver la puesta de sol pero no para echar un polvo.

GLORIA

A mí también me daba cierta pereza coger el coche cuarenta y cinco minutos de ida y cuarenta y cinco minutos de vuelta, más todavía si tenía que conducir yo, pero ahora que Lucía nos había dicho que iba a invitar a Carla estábamos obligadas a dejar el apartamento, así que no había más tu tía, al Teide que nos íbamos. Lo bueno era que con Isa podría escoger la música que me diera la gana y a ella le parecería bien, y además podríamos comentar ese tema del que había hablado Carla la noche anterior y que no había podido quitarme de la cabeza; quería conocer su opinión, siempre racional y serena, mucho más valiosa que la mía que al minuto se posicionaba de un lado y al siguiente del otro. Mejor hablarlo con Isa a solas que con Lucía delante, que habría adoptado automáticamente la postura que dejara a David en peor lugar, le tenía una manía descomunal desde siempre y aprovechaba la mínima ocasión para cargar contra él.

Dejamos Santa Cruz para llegar a La Laguna y desde allí, carretera de la Esperanza arriba, las vistas eran preciosas, pero yo mantuve la mirada al frente porque tantos años conviviendo con mi cerebro tendente al despiste me han enseñado la necesidad de eliminar de raíz cualquier distracción posible al volante, a incluso restringir la conversación al mínimo; durante años ni siquiera me atrevía a poner música, ahora he aprendido a utilizarla para canalizar mi atención siempre y cuando cumpla una serie de requisitos: que no sea una puta mierda que me ponga de mal humor, que no sea demasiado estridente para no exaltarme, que sea algo así tranquilote y melódico, de mi agrado, que pueda tatarear sin fliparme demasiado.

Opté por el *Cronolánea* de Lori Meyers, que además sabía que a Isa le gustaba, y a su ritmo avanzamos por el pasillo de árboles, bajo un cielo azul piscina que se volvía blanco en el horizonte en el que flotaban algodones de nubes que parecían dibujadas con tiza. Avanzamos y avanzamos, más bien silenciosas porque Isa era así y yo estaba concentrada, y porque teníamos la suficiente confianza como para callar si queríamos sin que pasara nada, también en parte porque el sol absorbido durante el día pesaba en nuestros cuerpos cansados, al menos en el mío, que siempre quedaba algo atontado tras una jornada de playa.

Cómo te encuentras, le pregunté poco antes de detenernos en un mirador del camino, y ella, bastante bien, gracias, me he tomado un antiinflamatorio antes de salir. Recordamos las risas esa mañana con la máscara en el bar y lo mucho que le había

subido el porro; no entendía cómo Lucía podía fumarse eso ella sola y no ir colocada todo el día, dijo, años de práctica, supongo. Ambas pensamos en Fer en ese momento, al menos yo lo hice y por lo que dijo Isa luego supe que ella también: es curioso que haya gente que lo tolere tan bien y haya otra que pierda la cabeza, ¿no? Sí, muy curioso. Yo creo que la clave es la edad, que si empiezas como empezó él a los trece años, con un cerebro a medio formar, absolutamente maleable y esponjoso, pues toda la mierda que te metes te afecta mucho más que si empiezas ya de adulta como hizo Lucía. Eso y la intensidad, claro, que Fer le daba muy duro, no paraba el tío, qué lástima, con lo brillante que era. Era estupendo, Isa estuvo de acuerdo, y es que a ella siempre le había caído muy bien, y el sentimiento era mutuo, que él te tenía también mucho aprecio, además tenía una gran sensibilidad para la literatura y se pasaba el día leyendo y creo que también escribía algo. Qué diferencia con Álex, dijo, es chocante que fueran tan amigos, y le di la razón, yo también lo creo, aunque también es chocante que yo saliera con él durante casi dos años, en qué coño estaría pensando, y ella ya, es verdad, os encandiló a ambos con esa abrumadora seguridad en sí mismo y esa pose de artista misterioso, pero a la que hurgabas un poco estaba vacío y además, y ya sé que en esto no estarás de acuerdo, yo creo que ni siquiera cantaba bien, que tenía una voz muy desagradable. Me reí porque aunque no opino lo mismo me gustaba oírlo, ya que Álex era la persona menos humilde que he conocido nunca, y ya va bien meterse de vez en cuando con gentes tan prepotentes.

No pudimos acercarnos al Teide todo lo que teníamos previsto porque el atardecer se adivinaba en el horizonte y no quisimos arriesgarnos a perdérselo en el coche; tuvimos suerte, ya que el mirador en el que nos acomodamos tenía unas vistas brutales y no estaba demasiado concurrido, el sol resplandecía al fondo, a la derecha del volcán, con esa lejana estela anaranjada que se metía en los ojos al tiempo que bajaba, y bajaba, y su contemplación era como un chute de tranquilidad en vena, como fijar la mirada en un fuego irremediablemente destinado a apagarse, como entregarse a todo aquello que no se podía controlar, dejarlo todo en manos del futuro, dejarse arrastrar por la vida y la muerte, el principio y el final.

LUCÍA

Carla me sonrío al otro lado de la puerta. Pretendo saludarla con un beso. Ella me da dos. Mala señal. Propone ir a dar una vuelta. «¿Qué tal una cerveza en la terraza?», sugiero yo. No tengo ganas de ir a dar una vuelta. Tampoco de hablar. La he llamado para follar, ¿de verdad no se lo imagina? Hablamos, qué remedio. Le cuento que en la playa de las Gaviotas muy bien. Que estas se han ido a ver el atardecer al Teide. «¿Por qué no has ido con ellas?» «Me apetecía verte». Sonríe. Le da un sorbo a su cerveza. Cambia de tema. «Marcos se ha enterado del bar al que va Glenn Dakota los viernes: una taberna irlandesa en la que a veces hay música en directo». «A Gloria le dará un soponcio cuando se entere», digo. Se ríe. Sus ojos son verdes y amarillos. «Mi hermano me explicó que Gloria y tú formasteis un grupo, ¿ya no tocáis?». «No, ya no. Ahora estoy en un coro, pero no es lo mismo». «¿Cómo es que no cantaste ayer con Marcos? Me dijo que tenía previsto salir contigo». «Justo en ese momento estaba hablando por teléfono». «¿Seguro que fue por eso?». Empieza a cansarme tanta pregunta, pero ella sigue: «Cuando fuiste al lavabo oí que Isa y Gloria comentaban que te veían rara. Que estabas pocha. Isa dijo algo de tu hermanastro».

El corazón me da un guantazo. No puedo creer lo que acabo de oír. Bebo de mi cerveza para ganar tiempo. Para ocultar mi conmoción. «¿De mi hermanastro?», digo con un hilo de voz. «Sí, que no os llevabais bien o algo así. ¿Quieres hablar del tema?». «No, no quiero hablar del tema», suelto con brusquedad. Al momento me doy cuenta de mi torpeza. Reculo: «No hay mucho de qué hablar. Eso, que no nos llevamos bien». Nos quedamos calladas un rato. «¿Otra cerveza?» Dice que todavía le queda. Voy a por una para mí. Le doy un largo sorbo en la cocina. Estoy de mal humor. ¿A qué viene esta mierda? Eso me pasa por liarme con una psicóloga. Seré imbécil. Qué palo todo, por favor. En mala hora la he llamado.

Vuelvo con la cerveza. Me siento a su lado con la excusa de enseñarle las fotos de ayer. Dice que se rio mucho. Que le caímos todas muy bien. «A mí también me caíste muy bien», le digo con mis ojos en los suyos. «Muy, muy bien». Le coloco un mechón de pelo tras la oreja. Me acerco a besarla. Ella me corresponde, pero me aparta cuando la cosa se anima. «Vamos a tomarnos las cosas con calma, ¿vale?», dice. ¿Qué sentido tiene tomarnos las cosas con calma si en dos días me largo y no volveré a verla? Disimulo un suspiro de impaciencia. Estoy de mala hostia, pero no quiero que se me note. Sé que mostrar mi mal humor será mi sentencia de muerte. Que me convertirá en

una paria a sus ojos. En poco menos que una abusadora, según su discurso del día anterior. Por eso me trago el cabreo y fuerzo una sonrisa. «Perdona», le digo. «Iremos al ritmo que quieras». Me lío un porro y me armo de paciencia.

ISA

El sol desapareció tras el horizonte y la que había sido una cálida tarde se fundió en la noche repentinamente destemplada. Rodeadas de oscuridad, nos quedamos allí todavía un rato más, contemplando la lejanía en la que apenas unos segundos atrás se desplegaba el ocaso. Alentada, tal vez, por el aire de intimidad que propiciaban las sombras, Gloria me dijo:

–Yo a veces follo por obligación. Sin que me apetezca. ¿Te ha pasado alguna vez?

–Caray, Gloria. Vaya pregunta. ¿A qué viene esto?

–Lo que dijo Carla ayer me hizo pensar...

Yo también me había forzado a hacer el amor sin ganas, incluso con dolores, en esos días en los que estaba ovulando y había por tanto más posibilidades de quedarme embarazada, pero no me apetecía sacar a relucir este tema. Además, sabía que la pregunta de Gloria no iba por esos derroteros. Decidí contestarle con otra pregunta.

–¿Por qué lo haces? ¿Para no disgustar a David?

Ella se encogió de hombros por toda respuesta.

Me dijo que este viaje le había hecho darse cuenta de lo poco que le echaba de menos. Que cuando volvíamos al apartamento después de estar todo el día fuera y descansábamos un rato antes de salir a cenar, ella no tenía ganas de llamar a casa como hacía yo, sino todo lo contrario, que le daba mucha pereza hablar con él.

Calló, y en sus ojos flotaron los destellos de unas luces lejanas. El frío había enrojecido sus mejillas, probablemente también las mías, como en esas fotos que nos hacían en las excursiones escolares en las que se nos veía mofletudas y despeluchadas comiendo bocadillos envueltos en papel de plata. Tenía una foto concreta en mente, una que decoró la nevera de mis padres durante años, tomada en una escapada a Montserrat que habíamos hecho con el colegio en primaria. Ahora éramos adultas, casi cuarentonas, y al mismo tiempo éramos también esas niñas a veces risueñas, a veces asustadas. También Lucía lo era, por muchas corazas que se pusiera. Me pregunté si seguiríamos siéndolo dentro de otros treinta años, convertidas ya en ancianas. Si tal vez no lo seríamos entonces más que nunca.

GLORIA

Al final no me atreví a comentarle lo de que David se ponía muy pesado para follar y me presionaba y me hacía sentir como una puta mierda si no lo hacíamos, ni tampoco que cada sesión de sexo se alargaba y se alargaba hasta que acababa tan harta que no podía más. Quería explicárselo, pero me dio vergüenza y también me dio miedo de que estuviera de acuerdo con Carla; me negaba a aceptar que David fuera un violador, qué quieres que te diga, a lo mejor era demasiado insistente y se ponía muy pesado, sí, pero, joder, no era como si me estuviera poniendo una navaja al cuello, y basta ya de este tema, basta, no quería darle más vueltas.

A pesar de callarme esta parte me fue muy bien hablar con Isa y me dije que todo iba a mejorar ese nuevo curso, claro que sí, con los niños en otro colegio en el que no hubiera cabrones que pegaban collejas ni bajaban pantalones y conmigo mirándole a la vida de frente gracias a la terapia y a la meditación y a todo lo que iba a hacer para estar más tranquila.

Cenamos en La Laguna y llegamos al apartamento que rondaban las doce, Lucía estaba encerrada con Carla en su cuarto y el comedor estaba lleno de restos de comida; habían pedido un Globo y lo habían dejado todo por allí tirado, qué poca vergüenza, no solo por dejar la habitación hecha una mierda sino por alimentar al capitalismo más atroz al regalar su dinero a esa empresa asquerosa. Isa se disponía a limpiar, pero yo le dije, deja, Isa, faltaba más, lo recogerá Lucía, que ya le vale, y ella insistió en que como mínimo dejaría los restos en la cocina, que no quería que el comedor cogiera el olor del wantán frito.

LUCÍA

La noche mejora para torcerse de la peor de las maneras. Charlamos. Cenamos. Charlamos un poco más. Acabamos en la cama. Nos acariciamos. Nos mojamos. Orgasmamos. Todo perfecto. Me quedo boca abajo un rato mientras ella me acaricia la espalda. Fluye la cercanía. Su tacto es un abrigo. Su voz, un lugar agradable. Entonces: «¿Tu hermanastro te hizo algo?». El corazón se me dispara. Sigo boca abajo. Trato de disimular mi respiración acelerada. «¿Qué?» «Perdona la intromisión, sé que no es cosa mía, pero he visto la cara que se te ha puesto antes cuando lo he mencionado. Y vi la cara que se te puso ayer cuando hablábamos de abusos sexuales. Que te sentó mal la cena y todo». Me espero un rato y luego me giro. «¿A esto has venido? ¿A satisfacer tu curiosidad morbosa?» «Claro que no. He venido porque tenía ganas de verte, pero también me gustaría ayudarte» «No necesito ayuda. Estás viendo cosas donde no las hay», le digo, pero la voz me tiembla y es evidente que estoy mintiendo. Veo con claridad lo que soy para ella: un reto profesional. Un *challenge*, como decimos en la agencia cuando nos damos aires. Un caso complicado. Un hueso duro de roer. Siento entonces un profundo rechazo hacia su persona. La veo como un animal carroñero. Como un paparazzi en busca de su exclusiva. Como un confesor que se excita al oír hablar del incumplimiento del sexto mandamiento. Como una vecina cotilla que vive pegada a la mirilla de la puerta. Presiento que voy a cometer un grave error. Que debo reírme de sus insinuaciones y cambiar de tema. En vez de eso habla esa voz que no parece la mía: «Vete, Carla. Lárgate. No me apetece que te quedes a dormir».

ISA

Poco después de que acabara de adecentar el salón apareció Carla con ademán apresurado. Tenía las mejillas sonrosadas y un brillo contrariado en los ojos. Al vernos a Gloria y a mí dio un respingo, visiblemente sorprendida.

–Hola –sonrió, pero su aspecto era el de una persona alterada–. No sabía que habían llegado. ¿Qué tal el atardecer?

–Todo un espectáculo.

Ella asintió. Se sucedió un silencio algo incómodo.

–Yo me voy ya, que estoy cansada.

–¿Nos vemos mañana en el bar de Glenn Dakota, no? –dijo Gloria.

–No sé si podré, tengo un poco de lío. Si no nos vemos que lo pasen muy bien –hice el gesto de acompañarla a la puerta, pero ella me disuadió–: No, no te levantes, por favor. Que les vaya muy bien, chicas, ¡buenas noches!

Gloria y yo nos miramos con suspicacia, extrañadas de que Lucía no hubiera salido a despedirla. Llamamos a su puerta, pero no nos invitó a entrar. Dijo que estaba medio dormida y nos dio las buenas noches.

GLORIA

Me desperté pasadas las diez y me sorprendió no ver a Isa ya duchada y desayunando en la terraza como era habitual en ella, más hoy que habíamos quedado en no despertarnos demasiado tarde para ir de excursión a los bosques de Anaga. Lucía volvió de correr poco después y me dijo que se había cruzado con ella hacia las ocho y que traía una cara espantosa, la pobre, muy pálida y demacrada, con los ojos hinchados como globos, que le había dicho que tenía muchos dolores y que había dormido fatal, que no se veía con ánimos de pasear por montañas y que no nos preocupáramos, que hiciéramos planes sin ella, que iba a intentar dormir un poco más. Hostias, pobre, qué hacemos, me sabe mal dejarla todo el día aquí sola, y Lucía, ya, a mí también, pero me ha insistido mucho, eh, que hoy hiciéramos nuestra vida sin depender de ella porque se encontraba de pena, así que nos calzamos bambas y calcetines y nos dirigimos a Anaga sin ella.

Para algunas cosas era genial viajar con Lucía, especialmente por el tema de la conducción, que no le importaba nada, que más bien le gustaba, lo que me permitía a mí desconectar y disfrutar del paisaje. Lo malo era la música, a menudo quería poner la radio y esta fue una de esas veces: que si Rihanna, que si J Balvin, que si C. Tangana; joder, qué duro. Sonó una nueva canción de Coldplay muy mediocre que se sabía de memoria, y eso me dio la oportunidad de proponerle conectar el *bluetooth* para escuchar alguno de sus discos antiguos, de los tiempos en los que eran un grupo prometedor al que comparaban con Radiohead (esto último, por supuesto, no se lo dije). Ella me miró con reticencia pero aceptó, y al minuto estábamos escuchando «Yellow», madre de Dios, qué diferencia, qué preciosidad las montañas recortadas en el cielo a lo lejos, y las casas color azul claro y rojo a los lados que a medida que avanzábamos eran sustituidas por árboles y extensiones de vegetación frondosa, verde o amarilla según la luz; zonas ordenadas conviviendo con otras más asilvestradas, como los pensamientos que tratan de encauzarse en la cabeza pero se enredan irremediabilmente en ciertos puntos o los calcetines en el cajón que a un lado están emparejados y dobladitos y al otro empiezan a perder las formas y la pareja. Las carreteras se estrecharon y adelante con las curvas, las copas de los árboles empezaron a inclinarse, los de la izquierda se saludaban con los de la derecha como si se estuvieran haciendo una reverencia, se juntaban construyendo un pasillito de sombras por el que avanzábamos a buen ritmo. Aparcamos en el Parque Rural de Anaga, desde el que se observaban unas vistas impresionantes, y emprendimos un sendero de cuarenta minutos de duración. Anduvimos por caminos de barro

flanqueados por musgo y líquenes a los lados, menos mal que llevábamos el calzado adecuado y menos mal también que nos habíamos traído una chaqueta, porque allí arriba el ambiente era fresco, el paisaje se nos metía en los ojos y en los pulmones, el sol se filtraba a través de los árboles salpicando ciertas zonas con haces luminosos, repentinos resplandores aquí y allí a la manera de los focos en los escenarios; era un gusto mirar arriba y ver el espectáculo de brillos tras el tejido de los troncos retorcidos, existe una palabra japonesa que define justo esa imagen, dice Lucía, la del sol que se filtra a través de los árboles, el carpintero la lleva tatuada en el brazo. No me digas, pues envíale una fotillo, no, y la hizo aunque sin parecer muy convencida y sin enviársela a nadie; qué pasa, que ya le has dado puerta a ese pobre carpintero, y ella sonrió y dijo, no, hombre, tampoco es eso, pero no dijo nada más, estaba bastante callada esa mañana. Qué tal las cosas con Carla ayer, y ella, bien, sin más, y se encogió de hombros, qué tozuda y hermética era a veces, de verdad. Pero debe de gustarte si la llamaste para quedar y todo, no, y ella, sí, pero yo qué sé, dentro de un par de días nos largamos ya, y yo, sí, eso es verdad, y debo de sonar triste porque entonces ella dijo, y qué tal tú con Marcos y luego, con una sonrisita traviesa, ha pasado algo. Qué va, no ha pasado nada aunque no por falta de ganas, al menos por mi parte, la verdad es que me siento muy atraída hacia él y creo que tenemos mucha conexión. Entonces Lucía dijo algo que me sorprendió muchísimo, que jamás habría dicho de adolescente o veinteañera, en esos tiempos en los que parecía convencida de que todo Cristo le iba detrás y que incluso nuestros pretendientes lo eran solo para estar cerca de ella. Dijo que creía que el sentimiento era mutuo, porque se lo había currado mucho con el desayuno inglés y con Glenn Dakota, y por lo emocionado que sonaba hablando de la actuación, que le brillaban los ojos, y sentí una gran alegría en mi interior al escuchar aquello, y miré a Lucía de manera diferente, como la persona que era ahora, una adulta madura y segura de sí misma que ya no necesitaba sentirse deseada por todos, una mujer que había dejado la edad del pavo mucho tiempo atrás y a la que a veces yo juzgaba injustamente todavía por comportamientos sucedidos hacía un millón de años.

LUCÍA

«Menos mal que Isa no ha venido, con lo que se marea la pobre las habría pasado canutas», dice Gloria. No le falta razón. A mí, en cambio, me encantan las curvas. Disfruto de esa obligación de tener que estar en permanente alerta. Llegamos a un pueblo llamado Taganana. Nos bañamos en una cala espectacular, en plena naturaleza. Dentro del mar me siento poderosa. Llena de fuerza. El agua agitada obliga a batallar para abrirse camino. La pelea cuerpo a cuerpo con la marea aviva mis sentidos. Qué lejano el gusano y la muñeca hinchable. También las torpes insinuaciones de Carla. ¿Quién necesita terapias con ese mar, con ese cielo? Aun así, me intriga el funcionamiento de mi cerebro. ¿Qué sentido tiene que hayan resurgido esos recuerdos lejanos convertidos en dardos? Es como si en mi memoria hubiera un cuadro pintado de negro. Los años han desconchado la pintura y descubierto trazos previos cuya existencia desconocía. No acabo de distinguirlo, pero el dibujo que se insinúa tras las fisuras me repugna. Pero ¿y si ese dibujo no existía en un principio y mi imaginación lo ha pintado a posteriori? La memoria es tramposa. Distorsiona y falsifica recuerdos. Yo idolatraba a Luis por entonces. Me encantaba saberme dueña de su atención y de la de sus amigos, tan mayores y bien plantados. No me disgustaba que me rodeara la espalda con el brazo al hablar. Ni siquiera que colocara una mano descuidada en mi rodilla. Cuando al día siguiente se dirigió a mí como si nada hubiera sucedido, yo hice lo mismo. Y durante años el recuerdo de lo sucedido no me atormentó demasiado. Seguí haciendo mi vida sin traumas ni psicólogos. Con una opresión en el pecho cada vez que alguien me preguntaba por mi primera vez, eso sí. Con la necesidad de inventarme una primera vez alternativa, también. Pero sin ese agujero dentro. Ese agujero se ha cavado en silencio, progresivamente. Su vuelta ha desconchado la pintura del cuadro de mi memoria. Cada «hermanita» despega una muesca negra y tras ella aparecen esbozos de susurros y fricciones que se me encallan en la boca del estómago.

Nado a crol hasta unas rocas algo más alejadas. Recuerdo las instrucciones de mi profesor de natación. Muy tranquila. Moderando la fuerza. Sin excesivo chapoteo. Hago todo lo contrario: en cada brazada estampo con furia el brazo contra el agua como si me fuera la vida en ello. También con las piernas hago una fuerza excesiva, como si quisiera competir con las olas. Salgo del agua agotada pero satisfecha. Gloria dormita bajo el sol. Entreabre los ojos al notar mi presencia. «Marga sigue sin dar noticias, joder. Ya le vale. Se va a perder a Glenn Dakota la muy imbécil». Han pasado más de diez años desde su

desaparición y sigue pensando en ella como en una amiga. Niego con la cabeza. Aquí cada loco con su tema.

ISA

Las chicas llegaron hacia las siete con el sol en las mejillas, las melenas crujientes y onduladas, el mar en sus ojos vidriosos. Sus rostros desprendían la lozanía de quien ha pasado el día al aire libre. Yo, en cambio, seguía hecha un cromo. Mi día había transcurrido de la cama al sofá y del sofá a la cama. Como no me veía con fuerzas para cocinar no había comido más que unas tostadas con queso y unos restos de patatas fritas. Solo había salido a la calle un momento para comprar una esterilla eléctrica en el bazar chino de la esquina. Había olvidado la mía en Barcelona y aplicar calor en la zona me ayudaba a mitigar el dolor. El verano canario no resultaba muy acorde con el uso de una esterilla eléctrica, así que para no acabar derretida en el sofá había tenido que encerrarme en el comedor con el aire acondicionado a toda pastilla. Un lamentable derroche de energía en el que no me habría atrevido a incurrir de haber estado Gloria en el apartamento, pero al que me entregué sin remordimientos ya que ese maldito dolor sacaba lo peor de mí. Me encontraba una pizca mejor que por la mañana, pero seguía muy dolorida y no me veía con ánimos de salir esa noche.

Como ya temía, Gloria no quiso ni oír hablar de eso y empleó más de media hora de reloj en convencerme de que esa iba a ser una noche inolvidable y de que perdérmela supondría un error imperdonable del que me arrepentiría durante el resto de mi vida. Su empeño rozaba el delirio al afirmar que tenía el presentimiento de que Marga estaría en el bar esa noche, que como antigua fan de Glenn Dakota que era, seguro que tendría localizados sus movimientos en la isla y que si había leído la nota habría atado cabos y deducido que nosotras también estaríamos allí. Por supuesto, este argumento no se sostenía por ningún lado, pero no me vi con valor de contradecirlo porque hacerlo habría sido como negar la existencia de los reyes magos a un niño.

—Pero Gloria, ¿no me ves? Si no puedo ni moverme. Os arruinaré la noche en un rincón, retorcida de dolor. No tiene sentido, de verdad. Qué más querría yo que ir, pero es que me están matando estos pinchazos.

—Tú por eso no te preocupes, que yo te garantizo que el dolor se irá.

Se hizo a la calle con ademán decidido antes de que pudiera poner en entredicho su sorprendente afirmación. Volvió poco después cargada con una bolsa y tras pasar por la cocina, se presentó en el comedor con un par de generosos chupitos. Se sentó a mi lado en el sofá del comedor y me alargó uno.

—Bebe —me ordenó.

La miré con una mezcla de impotencia y resignación porque sabía que no iba a detenerse hasta salirse con la suya. La conocía desde hacía demasiados años ya como para saber que mis débiles súplicas no tenían nada que hacer contra el arrollador torbellino de su insistencia. Gloria iba a utilizar todas sus armas para convencerme, tal y como hacía cuando teníamos veinte años y nos arrastraba hasta Esparraguera o Corbera de Llobregat para verla tocar con su grupo.

—¿Qué es?

—Jägermeister.

Me reí. Gloria sabía muy bien que yo no era de bebidas espirituosas y que el Jägermeister era el único licor de alta graduación que disfrutaba bebiendo. Sabía que el sabor que tenía cuando se mezclaba con una bebida energética me recordaba al de los chupa-chups Kojak de la infancia, y que golosa como era, no tenía problemas en ingerirlo a un ritmo considerablemente más acelerado que el habitual en mí, que por lo general podía tirar toda una noche con un par de cervezas.

—¿No crees que me sentará como un tiro, estando como estoy? —pregunté. Era una pregunta absurda, ya que en esos momentos Gloria me habría administrado lejía si eso le permitía salirse con la suya.

—Te va a sentar de la hostia —sentenció solemne, animada ante la sospecha de que me estaba ablandando.

—Pero cómo se puede ser tan lianta —dije. Me lo bebí de un solo trago y ella hizo lo propio. Entonces se levantó del sofá, excitada.

—¡Voy a ducharme de un salto, ve pensando en qué música te apetece escuchar y nos preparamos luego otro, esta vez a lo cubata, con Red Bull, ya verás qué bueno, como en los viejos tiempos!

GLORIA

Servían comida en la taberna irlandesa, así que decidimos cenar allí, yo pedí una hamburguesa con queso, Isa un plato combinado y Lucía una ensalada César; yo debería haber hecho como ella, ya que estaba comiendo sin control prácticamente desde que habíamos llegado a la isla, en un principio había aterrizado con buenas intenciones, limitando la compra del súper y eso, pero luego ya me desmelené para acabar pasando de todo. Pero es que reanudar la dieta entonces habría sido como volver antes a Barcelona, adelantar la esclavitud de contar calorías, escanear productos y esconderme de David cuando pico entre horas. Estaba de muy buen humor porque esa tarde mi hermana me había dicho que su amiga le había confirmado que podrían hacernos un hueco en el colegio aunque estuviéramos fuera de plazo, lo que sin duda era una fantástica noticia. Había hablado con mis padres, como siempre contentísimos con lo bien que se habían portado Joan y Sofía, que en ese sentido la verdad es que daba gusto, y con los niños, encantados porque los abuelos les habían prometido llevarles al cine a ver la peli de D'Artacán cuando la estrenaran. Con David no había hablado a pesar de que le había llamado antes de salir, aunque lo hice a sabiendas de que a esa hora no era probable que cogiera el teléfono porque estaba entrenando. Qué palo volver a Barcelona, dije, no solo por lo mal que estaban las cosas con David sino por la persona en la que me convertía allí, siempre enfadada y ojerosa, todavía no me podía creer que le hubiera dicho eso al cabrón de Mierdolás, y al oír ese nombre Isa soltó un psssss porque justo acababa de beber y casi se atraganta, cómo lo has llamado, dijo mientras dejaba el vaso de nuevo en la mesa, los ojos llorosos y toses entremezcladas con la risa. Estaba ya bastante achispada por los bebercios que le había preparado en el apartamento y se encontraba mucho mejor, si es que el alcohol es el mejor analgésico, ya se sabe. Expliqué lo que le había dicho al niño antes de amenazarle, lo de tú te llamas Nicolás o Mierdolás, deberías llamarte Mierdolás porque eres un mierdas, y entonces Lucía se rio también, la carcajada fue generalizada y a pesar de que me avergonzaba de mi comportamiento la verdad es que también acabé riendo porque realmente era absurdo todo aquello. Mi risa era extraña, de todas formas, de esas risas inestables, temblorosas, que fácilmente pueden transformarse en algo amargo, y es que la sombra de esa amenaza de muerte crecía a medida que se acercaba la fecha de volver a Barcelona y yo me convertía en un ser desquiciado. Creéis que le he creado un trauma a ese niño de por vida, les pregunté, esta vez sin reír, con los ojos repentinamente húmedos, y Isa, que tan horrorizada se

había mostrado el otro día al oír la historia dijo, qué va, mujer, estos cabrones tienen la piel muy dura; y Lucía dijo algo muy sorprendente entonces, algo que nos dejó muy impresionadas tanto a Isa como a mí por lo extraño que era verla sincerarse. Dijo que se me había ido la olla, sí, pero qué más habría querido ella de pequeña que tener unos padres que se preocuparan hasta tal punto por su bienestar que fueran capaces de perder los papeles de esa forma, que su madre se habría muerto antes que quedar mal delante de alguien y que su padre no se enteraba de la misa la mitad. Y lo dijo afectada, además, que también ella parecía estar esa noche paseando por la precaria membrana que separa la risa del llanto, de pronto parecía baja de defensas y se mostraba frágil, iella!, que fuera adonde fuera jamás se dejaba su careta. Isa le preguntó si estaba bien, porque también se dio cuenta de que algo estaba pasando, y ella dijo que sí, sí, solo era un comentario. Yo se lo solté tal cual, le dije que me sabía mal que ese tema le afectara pero que también era agradable verla sincerarse de vez en cuando, que a veces una podía sentirse muy poca cosa a su lado, empequeñecida frente a su máscara implacable, ella se lo tomó a mal y dijo que no entendía cómo me podía parecer agradable verla de bajón. Yo repliqué que, joder, no era eso, y estaba a punto de saltar con que resultaba muy rastrero por su parte creerse así, pero Isa posó su mano sobre la mía y me disuadió con la mirada, diciéndome sin decirme nada: déjalo estar, no la lées, ya se le pasará.

LUCÍA

¿Qué me pasa? ¿Por qué me da por mirar atrás? Me han contagiado con tanto recuerdo. Bebo. Como. Respiro. Eso es suficiente. Se acabó ya la tontería. No tiene sentido mirar atrás. No sirve de nada. Es por culpa de Gloria. Empezar un viaje en busca de una amiga perdida hace más de diez años. Correr a un bar al encuentro de un viejo ídolo de adolescencia. ¿Todavía no se ha enterado? Hace mucho que dejamos la adolescencia atrás. Tenemos treinta largos y todavía no hemos aprendido que es imposible viajar en el tiempo. Que los errores del pasado permanecerán allí para siempre. También las alegrías. Que nuestros padres envejecen, chocarán y acabarán muriendo. Que también lo haremos nosotras. ¿Qué sentido tiene todo eso? Callo, porque no quiero ser una ceniza. Callo, porque necesito recomponer mi máscara, ¿no es así como la ha llamado Gloria? Callo y ensarto la lechuga en el tenedor. Callo y como luego un par de picatostes.

El silencio se interpone entre nosotras hasta que Isa habla: «En septiembre empezaremos con un *in vitro* porque llevamos dos años intentándolo y nada. Parece que es por la endometriosis, que dificulta mucho el tema, pero tengo la reserva ovárica muy baja y la cosa pinta regular». Gloria y yo la miramos sorprendidas. «Aquí tienes la respuesta a tu pregunta del otro día», me dice, «la de por qué no soy madre todavía». ¿Hay recriminación en su voz? No. Isa no es así. Nos explica cómo funciona el proceso. La hormonación para que los ovarios produzcan cuantos más óvulos mejor. La punción para extraerlos. La fecundación de los óvulos extraídos con el semen del padre. La transferencia del embrión en el útero de la madre. Cada paso implica sus riesgos. Es posible que no se extraigan óvulos suficientes o que no prospere la fecundación de los que se extraen. Es posible que sí se fecunden pero luego el embrión no se implante. O que sí lo haga pero se acabe teniendo un aborto espontáneo... La freno. «Nada de eso tiene por qué pasar, Isa. ¿Por qué te pones siempre en lo peor?» Gloria interviene: «Bueno, déjala. Está compartiendo sus preocupaciones con nosotras». Paso por alto su comentario y me dirijo a Isa directamente. «Acuérdate de lo de la barra de equilibrios, tanto preocuparte y al final no tuviste ni que pisarla. Pues esto igual. No trates de desenrollar el ovillo antes de tiempo». Gloria no entiende la referencia. «¿Qué decís de un ovillo?»

ISA

El dolor se había esfumado, se había disuelto en efervescencias y alcoholes y una presencia cálida había ocupado su lugar. Las luces de la taberna eran un batiburrillo dorado, las conversaciones, una amalgama sonora que a la vez aturdí y acariciaba. Me había lanzado a contarles lo del *in vitro* sin pensar, ya que mi idea era hacerlo solo en caso de que el proceso prosperara. Quería adelantarme a posibles contratiempos, evitar la situación a la que se llegaría si la cosa no iba bien, pasaban los años y yo seguía sin quedarme embarazada. La presión sería cada vez mayor, también la compasión que despertaría cada nuevo intento fallido. Pero nada de aquello parecía tan tremendo ahora que los contornos se difuminaban. Al fin y al cabo, era un alivio poder hablar con mis amigas de este asunto que me inquietaba, y si la misma Lucía había bajado la guardia y nos había hablado de esos lejanos conflictos con sus padres, también yo podía hacerlo.

–Me da un palo espantoso volver a la oficina el lunes –dijo Gloria.

–Pero en el curro estás mejor, ¿no? Después del bonus ese que te dieron.

–Estoy algo mejor, sí, ha costado diez años que confíen en mi criterio pero parece que lo voy logrando. Aunque el ambiente todavía deja bastante que desear. Por no hablar del sueldo. Después de dos años de teletrabajo, además, cuesta volver a la rutina de la oficina.

–Nosotros podemos escoger, pero yo prefiero ir –dijo Lucía–. En casa me agobio todo el día encerrada.

Como habían terminado las clases, yo iba a emplear lo que quedaba del mes en preparar un par de artículos y programar consultorías para los proyectos de fin de carrera de los que era tutora. A Gloria le bastó escuchar esto para dirigirme una mirada maliciosa:

–¿Tendrás que verte con tu niñato, entonces?

Quise hacer ver que no sabía de qué me estaba hablando, pero se me escapó la risa. En cualquier otra circunstancia me habría molestado su falta de discreción al sacar a relucir algo que le había contado confidencialmente, pero la distensión alcohólica hizo que no me importara esa vez.

–¿Quién es tu niñato? –preguntó Lucía muy interesada.

La puse en antecedentes: tenía un alumno que aprovechaba el más mínimo atisbo de duda por mi parte para ponerme en evidencia delante de la clase. Cuestionaba el año de publicación de tal obra o el mensaje de tal autor, o hacía preguntas rebuscadísimas,

imposibles de responder sin investigación previa. Al principio creía que lo hacía porque era un pedante sin remedio, pero poco a poco me di cuenta de que le divertía verme sonrojada y titubeante. Había pasado meses preocupada por ese asunto, preparándome las clases hasta niveles enfermizos, ensayando respuestas mordaces frente al espejo, soñando con él por las noches. Hasta que una mañana le había puesto los puntos sobre las íes.

—Una cosa es ser crítico y otra impertinente —le dije—. Agradecería que antes de preguntar reflexiones sobre si el propósito de tu pregunta responde al afán del saber o al de vacilar a tu profesora. A estas alturas ya conocemos todos tus vastos conocimientos sobre la materia, no hace falta que te esfuerces tanto en lucirlos a la mínima ocasión. Entiéndeme, me gusta el sonido de tu voz, pero no tanto como te gusta a ti. Y si tienes alguna duda acerca de si tu pregunta es pertinente, pregúntate, ¿se la harías al profesor Berenguer o al profesor Plaza? En caso afirmativo, dispara. Si no es así, mantén silencio, por favor. Que no te engañe mi juventud ni mi tono de voz a veces apocado. Sé de lo que hablo y exijo que se me respete.

Mis palabras fueron acogidas con una ristra de aplausos que fueron un bálsamo para mi autoestima. Una alumna incluso se lanzó con una alegre consigna feminista: ¡Grande, profesora Puig! ¡Abajo con el paternalismo patriarcal! Salí de la clase con una sensación de triunfo que jamás había experimentado.

Aquella misma tarde había venido a verme el niño a mi despacho y se había disculpado. Fingía estar avergonzado, con la mirada baja y una sonrisa modosa en el rostro, como si creyera que con su numerito de niño tímido iba a hacerme olvidar su historial de desplantes. El encantador de serpientes logró algo todavía más difícil: encauzar mi resentimiento por unos derroteros impensables que lo habían convertido en algo tierno y absurdo. Aquella visita provocó un hormigueo completamente impropio que acabó desembocando en unas fantasías más impropias todavía. Porque tras la arrogancia que escondían sus formas, incluso cuando pretendía parecer humilde, sus palabras sonaron sinceras. Me aseguró que el motivo de sus constantes intervenciones era el hecho de que mi clase le motivaba más que las demás. Que jamás había pretendido faltarme al respeto sino todo lo contrario, que la profunda admiración que me tenía le llevaba a hacerse el listo para asegurarse una atención mayor que la que granjeaba al resto de alumnos. Y mirándome fijamente, con ese iris limpio que se derramaba bajo el sol de la mañana, me pidió si por favor podía ser la tutora de su proyecto sobre sensualidad y erotismo en la literatura mística española.

—*Mamma mia!* —soltó Gloria—. ¿Ese es el tema de su proyecto? Qué listo es, cómo sabe lo que te pone cachonda.

—Qué dices, Gloria, por favor...—dije entre risas.

—Espera, espera. Explícale lo más importante. Lo del Facebook. ¿Tienes todavía su petición de amistad? Enséñale la foto —cogió mi móvil de encima de la mesa y me lo dio.

Obedecí con ademán resignado. Le enseñé la foto y la reacción fue la esperada: una

sonrisa de picardía, un silbido de admiración. El niño era guapo, la verdad, y por la insolente manera que tenía de mirar y de hablar, era muy consciente de sus encantos.

—¿Por qué no le has aceptado? —preguntó Lucía.

—No sería apropiado. No quiero que piense lo que no es.

—Pero ¿y si te ha agregado para estar al día de tus artículos académicos?

Me encogí de hombros, sin saber qué responder, y por esa leve vacilación mía Gloria se vio con derecho de clicar en mi móvil para aceptar la solicitud de amistad. La miré atónita por unos segundos, sin dar crédito a lo que acababa de hacer, luego sentí el pálpito de mi sangre en las sienes y las mejillas.

—Me cago en ti, Gloria...

Gloria me miraba con una línea fina apretada por boca, tratando de contener la risa. Lucía negó con la cabeza, pero estaba claro que aquello le divertía. Me esforcé en sonar enfadada.

—¿Pero cómo se te ocurre? No tenías derecho a hacer eso. No sabes lo creído que es este tío, ahora se va a creer que yo también le voy detrás.

—¿También como él te va a ti?

—También como todas las tías de su edad le van. En serio, ya te vale.

Me acabé riendo porque en ese momento no me parecía tan grave lo que el niño pudiera pensar de mí, pero tenía la certeza de que no me haría ninguna gracia al día siguiente.

GLORIA

Saqué la petaca de Jagger y le preparé otro cubata a Isa a modo de ofrenda de perdón, me sentía un poco mal por lo que acababa de hacer pero a la vez me entraba la risa al recordar su rostro horrorizado tras mi hazaña, pobre Isa, qué paciencia debe tener conmigo a veces; tras darle mucho la brasa conseguimos que nos permitiera cotillear en el Facebook del niño: era un *poser* en toda regla al que le gustaba hacerse *selfies* con sombreros, miradas pretenciosas y aires nihilistas, que fotografiaba en blanco y negro callejones vacíos con meados en las esquinas y árboles sin hojas y flores marchitas en cubos de la basura, un veinteañero despeinado, intensito y atractivo que sin duda nos habría encandilado de adolescentes y que a nuestra edad nos desconcertaba, por una parte nos ponía cachondas y por otra nos hacía reír. Cuántos años debe de tener, le pregunté, unos veintidós o así, hostias, veintidós, o sea que te llevas quince años con él, ¡quince años!, pero cómo podemos tener ya casi cuarenta, es que no lo entiendo, cómo ha podido pasar tan rápido el tiempo, por favor, y Lucía saltó de inmediato, que tenemos treinta y cinco, hostia, que todavía nos queda para los cuarenta, y no empieces con lo de qué viejas somos porque no lo soporto más, de verdad, que te repites más que yo qué sé. Tienes razón, tienes razón, pero es que me está costando aceptar el paso del tiempo, lo siento, fuimos jóvenes tantos años que ya estaba acostumbrada a serlo, todavía no puedo creer que Guillem y La Pitus y la de filo y Carlos Gancho y todos esos profes del cole que nos daban clase fueran más jóvenes que nosotras ahora, es que no me cabe en la cabeza. Y Lucía: pues esto solo va a ir a peor, Gloria, así que más vale que lo superes cuanto antes, además tú llevas sintiéndote vieja desde que tenías veinticinco años, que ya por entonces estabas rayadísima de ser casi una treintañera, también entonces te sumabas años antes de tiempo y todo, ya os vale a las dos, la una tan ceniza que siempre se pone en lo peor y que no hace más que tirarse piedras encima y la otra que se echa años de más y se preocupa por ser una cuarentona antes de tiempo, ¡se acabó tanto derrotismo!, que seguimos siendo jóvenes, la vida tiene todavía mucho interesante que ofrecer y la mejor edad es la que uno tiene, así que se acabaron las tonterías.

¡Bravo, bravo!, le aplaudí, porque tenía toda la razón, y me volví de nuevo hacia Isa para preguntarle si tenía ganas de sentarse con el niño a comentar versos subidos de tono, ella se rio y dijo que no, que era un crío arrogante y caprichoso que creía que todo el mundo estaba a su merced y que además le daba mucho trabajo porque se pasaba el día escribiéndole *emails*. Me había sentado de cara a la puerta y cada dos por tres se me

disparaba el corazón creyendo ver entrar a Marcos, o a Marga, o a Glenn Dakota, estaba excitada y nerviosa como antes de un concierto, con la mandíbula apretada y la pierna arriba abajo, arriba abajo. Esa iba a ser la última vez que viera a Marcos ya que al día siguiente íbamos a Bajamar y al siguiente volvíamos a Barcelona, la última oportunidad de sentirme como me había sentido el otro día, con las piernas ning, nang colgando de una nube de exaltación y romanticismo; el alcohol me había encendido y ahora imaginaba cómo sería besarle y sentirle dentro, pero no, ino!, más me valía desterrar ese pensamiento ya que no llevaba a ninguna parte. Estuve tentada de compartir con ellas las ganas que tenía de ver a Marcos y la angustia que sentía al desear lo que no debía, pero finalmente me limité a confesarles que me asustaba y me entristecía la idea de no volver a follar con nadie que no fuera David hasta mi muerte. Lucía dijo que era por culpa de esta sociedad absurda en la que nos habían obligado a creer que el sexo y el amor iban de la mano cuando no es así, no es así en absoluto. Isa calló con prudencia, como siempre que se sacaban estos temas, yo tenía ganas de preguntarle si a ella le pasaba como a mí, pero no me atreví; Lucía, en cambio, se lanzó con indiscreción, tú has estado con alguien además de con Carlos, le preguntó, así con un par de narices. Isa dijo que no, pero pareció quedarse con ganas de decir algo más, Lucía y yo nos dimos cuenta y le insistimos, qué pasa, hay algo que no nos estás contando, y entonces matizó: una vez estuve a punto, y nosotras, qué, cómo, con quién, nunca nos lo habías contado, y ella no, no os lo había contado porque en realidad fue una tontería. Fue durante el tiempo en que Carlos y yo lo dejamos, un día en que empezaba a asomar del túnel le llamé para preguntarle qué tal estaba, él me dijo que bien y tras varios rodeos confesó que se estaba viendo con alguien. Yo sentí dolor y a la vez alegría de sentir ese dolor, porque ese dolor me acercaba a la vida y al amor, pero en vez de hacérselo saber me despedí de él civilizadamente, colgué el teléfono y lloré, lloré, y decidí buscarme a alguien yo también, así que llamé a Víctor, os acordáis de él, mi amigo de la universidad que había venido alguna vez, exacto, pues antes de hundirme en el túnel siempre me tiraba la caña cuando salíamos por la noche y a mí me hacía gracia. Le llamé y le propuse quedar en su casa porque vivía en un piso de estudiantes, él no sabía nada del túnel, creía que yo había dejado de ir a clase por lo del cáncer de mi madre. No le conté nada más, solo que lo había dejado con Carlos y que tenía ganas de verle, y me lancé a besarle a pesar de que ni siquiera tenía demasiadas ganas, lo hice como un experimento, como algo que tenía que sacarme de encima, le besé y él me correspondió pero de pronto me cogió una especie de vértigo extraño porque me di cuenta de que no sentía esa emoción que esperaba sentir al estar con alguien por primera vez, ese hormigueo de cuando los protagonistas de las películas se besan o incluso cuando la chica se lía con el primero que ve en un arrebató de lujuria, pues yo no sentía nada de eso sino únicamente incomodidad, así que me acabé largando. De modo que no, no he estado con nadie más aparte de Carlos, al día siguiente le llamé y le pregunté si quería volver conmigo, él dijo que sí y hasta hoy. Yo nunca le hablé de esta tontería y él tampoco me dijo con quién se

había visto en el tiempo en el que había estado enterrada viva. Lo curioso fue que nuestra vida sexual después de la ruptura fue mucho mejor de lo que había sido antes, con el tiempo él aprendió más trucos y yo aprendí lo que me gustaba y lo que no. Yo me había pasado los cinco primeros años de relación con él sin tener un orgasmo, sí, no me miréis así, es la verdad, los dos éramos jóvenes e inexpertos y no teníamos ni idea de nada, pero cuando volvimos fue como si nuestros cuerpos también hubieran madurado, no sé, fue curioso. Por supuesto que a veces me pregunto cómo sería estar con otros, pero no es algo que me quite el sueño, porque sé que una cosa es la fantasía y otra la realidad y yo puedo fantasear con tíos, con el niño, incluso, aquí Isa se sonrojó y por un momento pareció que casi no nos podía mirar a la cara a pesar de la taja que llevaba, pero en la vida real al único al que quiero en mi cama es a Carlos.

LUCÍA

Guiris borrachos desfilan por un karaoke cutre. No hay escenario. Cantan en una esquina a pie de suelo, frente a una televisión. Destrozan «Sweet Caroline» y «Summer of '69». Marcos llega cuando acabamos de cenar. Gloria sonríe como una adolescente. Roja como un tomate. «¿Ha aparecido Dakota?». Negamos con la cabeza. Me da rabia que Carla no esté con él. Me enfada más que me entristece. ¿No voy a volver a verla, entonces? Da igual. Mejor. Que se busque a otra para psicoanalizar.

Isa lleva una turca considerable. Ella, que no canta nunca, se une a los guiris que berrean desde la esquina. Me obligo a cantar con ella para animarme. Alzo la cerveza. La hago oscilar de un lado a otro. La miro con complicidad, también a los berreones de otras mesas. Sonrío demasiado. Canto demasiado alto. Me invento la letra de los trozos que no conozco.

Marcos y Gloria se hablan a la oreja para vencer el escándalo. Yo canto cada vez más fuerte. Mi disfraz se agarra a mi piel hasta fundirse en ella. Me integro en el ambiente alcoholizado. Empiezo a ser una más en vez de solo fingirlo. Distingo una silueta entre el grupo de guiris. Cuarenta y largos. Greñas rubias. Aspecto de rockero trasnochado. Aviso a Gloria y ella mira adonde miro. Primero, confusión. Luego, mirada que aumenta de tamaño. «¡Es Glenn! ¡Es Glenn Dakota!». Gran alboroto. «¡No puede ser! ¿En el grupo de los que berrean? ¡Pero si cantan fatal!». «¡Es él, mirad! El de la derecha con camisa a cuadros». «Dios, ise le da un aire, sí! ¿Pero creéis de verdad...?» «Yo creo que sí. Si no lo es, se le parece muchísimo...» De pronto, Isa lanza un chillido que nos deja con la boca abierta. «¡Gleeenn!». El guiri se vuelve hacia nuestra mesa. Sonríe. Nos quedamos heladas. Nos miramos. Chillamos. Nos descojonamos. Le saludamos con frenesí.

ISA

Aquel chillido escapó de mi boca como si hubiera sido arrancado desde fuera, nació en algún lugar de mi interior con el que no estaba familiarizada para llevar a cabo algo completamente impropio de mí, siempre acostumbrada a medir mis palabras y más aún las pronunciadas a cierto volumen. La sorpresa fue generalizada, tanto la de las chicas como la mía: hacía siglos que no me emborrachaba y se me había olvidado lo que era liberarse del corsé de las vergüenzas y las buenas formas. Sucedió a sus risas incrédulas la excitación generalizada tras ver a Glenn devolvernos el saludo. Nos miramos con los ojos como platos, Gloria nos apretó del brazo a Lucía y a mí y nos quedamos las tres enlazadas en ese círculo de euforia y estupefacción. Durante esos segundos de pupilas centelleantes y respiración acelerada fue como si nada más importara. Lucía se olvidó de los malos rollos con su familia, Gloria se olvidó de Mierdolás, yo me olvidé de mi baja reserva ovárica. Volvíamos a ser unas chiquillas estúpidas que se habían escapado para ver a sus ídolos en el Sidecar, nos sentíamos tan vivas y unidas como entonces. En ese momento se acercó un trabajador de la taberna y dejó sobre la mesa un código QR para que pudiéramos consultar las canciones disponibles en el karaoke. Asentimos con entusiasmo, pero sin darnos tiempo a escanear el código, cuando el hombre ya se daba media vuelta, Gloria le dijo:

–Ya sabemos qué queremos cantar: «Inside Your Eyes», de Unfocused. ¿La tienen?

El hombre esbozó una sonrisa socarrona y asintió con la cabeza.

–*You're next.*

Se acercó con tres micros antes de que tuviéramos tiempo de comentar cómo íbamos a proceder. La intención era pedirle a Glenn que cantara con nosotros, pero no sabíamos ni cómo ni cuándo hacerlo, nuestra mesa era un hervidero de risas y frases entrecortadas.

–¿Y si no quiere? ¡A lo mejor le da palo!

–¡En el último estribillo! Se lo pedimos al final de todo, así no le machacamos tanto.

–Solo tenemos tres micros, ¿qué hacemos, compartimos?

–¿Y si no está vacunado? *The vaccine, Glenn, please!*

–Vamos a pedir un micro más, somos cuatro, con él seremos cinco...

No dio tiempo de pedir nada porque al momento empezó a sonar la música y nuestras voces quedaron sepultadas entre los aplausos y vítores procedentes del grupo de guiris en el que se encontraba Glenn.

–*This is for you, Glenn!* –me sorprendí chillando, y las risas que provocó mi comentario, sobre todo en Lucía y Gloria, hicieron que las primeras frases de la canción sonaran alborotadas.

Soy un cero a la izquierda a la hora de entonar, mi cabeza es incapaz de trazar la relación que existe entre los sonidos y las notas, y cualquier canción que sale de mi boca es una canción desafinada. Pues bien, aquella noche me olvidé del autoimpuesto código de conducta que me alejaba del bochorno del desafíe y me lancé a cantar la canción con imprudente energía. El alcohol actuó como un gentil amortiguador que me arrebató la conciencia de mis limitaciones musicales, y no solo canté sino que disfruté de lo cantado, que llegaba a mis oídos convertido en algo inauditamente armonioso. Avanzó la canción a gran velocidad. De repente ya habíamos llegado al final y nadie le había dicho a Glenn que cantara con nosotros. Supongo que dio igual porque ya lo estaba haciendo desde su sitio, acompañado por el coro *hooliganesco* que conformaban sus amigos. Acabó la canción y la taberna se inundó de aplausos. Nos abrazamos como si acabáramos de realizar una gran gesta, a lo lejos oíamos el palmoteo y los vítores de los guiris. Y entre las brumas del alcohol y lo surrealista de la situación me pareció que Glenn Dakota nos lanzaba un beso desde la distancia.

GLORIA

Qué risa, por favor, me dolía la barriga de tanto reír y por un momento tuve miedo de hacerme pis encima porque es que no podía más, me había cogido un ataque fuerte en el momento en que Isa soltó aquello de *this is for you, Glenn!* y desde entonces a la mínima estallaba por cualquier cosa, era una risa de reír pero también de nervios, una risa histérica y un punto desquiciada, porque era muy fuerte tener a Glenn Dakota en ese mismo bar aplaudiéndonos y riéndonos las gracias, mi gran amor platónico de la adolescencia, el rostro de los pósters de las paredes de mi cuarto, el hombre que había escrito todas esas letras que yo aprendía de memoria, traducía con ayuda del diccionario VOX y canturreaba para mis adentros en el autobús de camino al colegio con los *walkmans* en las orejas y ese sentimiento de exaltación en el pecho. *I can find all I need inside your eyes, I get lost la la lí inside your eyes...* Qué momentazo, joder, ya le valía a Marga habérselo perdido, era lo único que le habría faltado a esa situación para ser redonda, porque ella era la otra verdadera fan, que a Lucía y a Isa les gustaba, pero Marga era de las acérrimas como yo, que grababan casetes y daban la brasa exaltando las virtudes del grupo a todo el que escuchara, de las que se sentían invencibles y capaces de todo cuando oían una de sus canciones animadas, con el corazón pim pam, pim pam mientras caminaban por la calle o recogían el cuarto, de las que se regodeaban en la oscuridad de sus canciones tristes y disfrutaban incluso de esa desazón en las costillas tras los cristales empañados de una ventana, o en paseos invernales de nieblas y fuentes con palomas y niños de narices rojas, o en atardeceres de otoño con el amarillo en los ojos y el crepitar bajo los pies. Ella era de las que soñaban con miradas y cosquilleos y amores exaltados por las noches, de las que eran incapaces de no cantar cuando sonaban sus canciones, de las que tenían la cabeza llena de pájaros. Ella tendría que haber estado también allí, retorcida por la risa y por los nervios, poniendo voz a la banda sonora de su adolescencia aunque fuera solo para despedirse de ella, para decirle adiós con la mano mientras se alejaba calle abajo.

Al acabar la canción abracé a Isa con fuerza, y luego a Lucía, también a Marcos, con la diferencia de que no me separé de él al finalizar el abrazo sino que le di un beso en la boca con todas las de la ley, dejándome llevar por la euforia del momento pero a la vez perfectamente consciente de lo que hacía, apretándole con fuerza en lo que en un principio iba a ser un simple estrellar de bocas, pero que poco a poco se convirtió en un beso de labios y lenguas. Allí estaba el cosquilleo en su máximo esplendor, el revoloteo

en el estómago y en la cabeza, el temblor, el palpito y el chisporroteo; en esa taberna de guiris borrachos y graznidos desafinados, Jägermeister en petaca y ojos de luces difuminadas, flotando en la noche encendida nuestras respiraciones agitadas y los ecos de risas lejanas.

LUCÍA

Isa y yo nos sonreímos. ¿Está Glenn Dakota lanzándonos besos? ¿Están Marcos y Gloria enrollándose en nuestra cara? Hace unos minutos era una huraña que fingía pasarlo bien. Ahora tengo la risa floja. La noche se ha vuelto divertida y surrealista. «¿Nos acercamos?» Isa asiente con pachorra, alcohol en vena que la convierte en otra persona. Gloria asiente también, labios enrojecidos con la huella de un beso.

El ídolo juvenil es hoy un tipo atractivo de cuarenta y largos. Mismo pelo revuelto que entonces, ahora salpicado de canas. Ojos claros. Brazos fuertes. Camisa de leñador. *We are your greatest fans!* Le explicamos que el 2001 nos escapamos para ver a Unfocused en el Sidecar. Que tuvimos que fingir un robo para distraer al segurata ya que Isa no tenía la edad. Dakota chapurrea español con soltura y acento divertido. Nos hacemos fotos con él y se nos arrima. Al hablar posa la mano en la cintura de su interlocutora. Es un ligón venido a menos que recoge las siembras de su pasado. Gloria le aturde con sus gritos. A Isa le ve todas las gracias: la mira como un niño mira su bocadillo de la merienda. Conmigo lo intenta sin demasiada convicción. Aparto su mano de mi cintura y no vuelve a dirigirme la palabra. En otro momento de mi vida me habría liado con él. Hoy siento recelos. Hay algo en él que me disgusta. Algo blando en su sonrisa y sus mejillas. Los labios tan húmedos. Las manos tan largas.

Marcos es amigo de uno de los guiris, han coincidido en algún concierto. Hablan de cómo la escena musical se reactiva poco a poco tras la pandemia. Un montón de locales han cerrado, otros malviven a duras penas. A partir de la semana que viene el pasaporte covid será obligatorio para los conciertos y el ocio nocturno. Gloria se cansa de aguantar la vela y se nos une. Pronto nos separamos en dos grupos: Marcos y ella, el guiri y yo. El guiri tiene la nariz llena de pecas y unos profundos ojos azules. Es mono pero muy joven, aunque a mí esto me da igual. La visión de Isa y Glenn tan juntos me inquieta. Es como ver a una gaviota volar sobre un gorrión. Él le pide copas y le acaricia el cabello. Ella se ríe como una colegiala.

GLORIA

Qué hago, qué hago, qué hago, tengo muchas ganas de volver a besar a Marcos, de llevármelo al apartamento y follármelo como si no hubiera un mañana, pero no puedo, no puedo, vaya noche, con Glenn Dakota allí tan cerca, con esos ojos de uno y de otro, *I get lost inside your eyes...* Pero los amores platónicos tal vez fueran mejor así, platónicos, se conservaban mejor tras la vitrina de la idealización que en la vida real. Glenn estaba derretido con Isa, mírala ella tan contenta, era gracioso verla así, tan pizpireta y despreocupada, aunque Lucía no parecía pensar lo mismo, se me acercó con el ceño fruncido y los labios apretados, oye, qué hacemos, Isa está borracha perdida y ese tipo es un baboso, yo me reí, qué dices, mujer, déjala que disfrute, por un día que se suelta el pelo, no hay nada de malo en coquetear un poco. Lucía siguió refunfuñando, que si Isa no estaba acostumbrada a beber tanto, que si incluso se le trababa la voz al hablar y bla bla bla, y yo, ay, Lucía, no te rayes, yo creo que se ponía así porque le daba rabia no ser ella el objeto de deseo de Glenn Dakota, ella siempre tenía que ser la más guapa y la que más ligaba, como cuando en las colonias inglesas me dejó tirada y como me dejaba tirada todas esas noches de fiesta en el Razz y en el Karma en las que se iba con el primero que la abordaba. Esto, claro está, no se lo dije, pero lo pensaba, sí, lo siento pero lo pensaba, que no soportaba no ser el centro de atención, que se ponía ya nerviosa por no haber cazado todavía a su polvo de esa noche, aunque parecía que eso lo iba a remediar con el niño pequeño con el que estaba hablando.

La noche avanzaba y ya eran casi las dos, la hora del cierre, Marcos y yo nos habíamos ido apartando hacia una esquina y acabamos besándonos de nuevo, qué sensación, cuántos años sin sentir eso, Dios mío, nueve años ni más ni menos, esa era la primera vez que había besado a otro desde que estaba con David y se me había olvidado que un beso podía hacerle a una temblar y estremecerse. El hombre del bar nos avisó de que iban a cerrar en breve y de que fuéramos desalojando, miré alrededor y no encontré ni a Lucía ni a Isa, le dije a Marcos que me iba al lavabo y que por favor las avisara si las veía. Ya tenía decidido que iba a llevármelo al apartamento cuando cometí la imprudencia de mirar el móvil y pam, un mensaje de David: que si había visto mi llamada, que si ya hablaríamos con calma de lo del colegio, que si había estado pensando y quería probar a hacer terapia de parejas para solucionar nuestros problemas. Me quedé de piedra porque yo le había hecho esa misma propuesta mil veces y las mil se había reído en mi cara, por lo que si había vencido sus prejuicios hasta el

punto de cambiar de opinión era porque realmente quería salvar lo nuestro. Y yo también quería, porque era David, joder, que Joan tenía sus ojos y Sofía su sonrisa, habíamos compartido tantos buenos momentos y nos debíamos un intento más o a malas, en caso de que no funcionara, la seguridad de que habíamos hecho todo lo posible.

En el lavabo me miré al espejo y quise retener en mi memoria la sonrisa saciada y los ojos ensoñados que habían pintado en mi cara esos besos con Marcos, porque eso era todo lo que serían, porque recuerdos era todo lo que iban a poder ser.

ISA

Una convulsión nacida del estómago se abrió paso en mi interior hasta desembocar en una arcada que me arrancó de la cama. Corrí hacia el baño y arrojé con furia un abundante líquido amarillo que me quemó en la garganta. Tras esa arcada llegó otra y luego otra y otra más, mi cuerpo entero se retorció para expulsar ese veneno corrosivo de mi interior. Al acabar me quedé tirada en el suelo, agotada, incapaz de hacer otra cosa que sentir el malestar que se extendía por cada milímetro de mi ser. No recordaba haberme encontrado tan mal en la vida. La cabeza me dolía tanto que parecía que iba a estallar. Las extremidades me pesaban como si fueran de piedra, tenía náuseas y el alambrado en el vientre estaba más afilado que nunca. Me sentía sucia, dolorida, desgraciada. Era un despojo humano incapaz de levantarse del suelo del lavabo. Me quedé allí todavía un rato más, desorientada y asqueada, hasta que con mucho esfuerzo conseguí ponerme de pie y me apoyé en el lavabo para no perder la estabilidad. Me enjuagué la boca, me lavé los dientes sentada en el váter porque no tenía fuerzas. En algún lugar dentro del casco cruel que me oprimía el cerebro se abrió paso un terrible desasosiego. No recordaba cómo había vuelto al apartamento, ni siquiera cómo había transcurrido la mayor parte de la noche anterior. La última imagen más o menos nítida que acudía a mi memoria era la de estar charlando con Gloria y con Glenn Dakota en la taberna después de haber cantado en el karaoke. Lo sucedido después era un vacío de nieblas salpicado de fugaces fogonazos de conciencia. Recordaba unos chupitos dulzones en una barra. Unas risas, las mías, y las farolas convertidas en un conjunto de puntos desenfocados. La lejana ansiedad de mirar alrededor y no encontrar a alguien. Mi boca expirando el humo de un cigarrillo, ¿había estado fumando? Mi cerebro era como un zapato viejo y raído a través del que se colaban piedras y porquería. Las piedras se me clavaban en las sienes y me dolían, pero más allá del dolor, más allá de las capas y capas de vacío albergaba una sensación muy concreta, muy real: un profundo sentimiento de vergüenza. Estaba encogida no solo por el malestar sino también por el presentimiento de haber actuado de manera bochornosa, de deberle disculpas a alguien, de haber arruinado la noche. Me levanté como pude, me lavé la cara otra vez, también los dientes. Fui consciente entonces de mi atuendo: no llevaba puesto el pijama, sino la camiseta y las bragas de la noche anterior. Salí del lavabo, el apartamento estaba silencioso, la primera claridad de la mañana llegaba desde la terraza. Me invadió una profunda impotencia. Me dio miedo no recordar. No podía creer que esto me estuviera

sucediendo a mí, que no solo no había tenido lagunas mentales hasta entonces, sino que tendía a dudar de la gente que se escudaba en ellas tras una noche de borrachera. Parte de mí siempre las había considerado una excusa para no asumir consecuencias, pero no era eso lo que estaba haciendo yo, al menos no conscientemente. Yo de verdad no recordaba lo sucedido la noche anterior. Mi memoria, mi cabeza me había dejado tirada.

Volví a la habitación y me metí en la cama, sin fuerzas ni para ponerme el pijama. Un frío extraño se extendía por las piernas y los brazos, como si en vez de sangre circulara un líquido frío por mis venas. Me tapé hasta arriba y respiré hondo, tratando de aislar el malestar físico como aconsejaban en el curso de meditación, pero no sirvió de nada. Subyacía al dolor físico un malestar mucho más intenso que se acentuó con la aparición de un nuevo fogonazo. Recordaba el asiento rugoso de un coche y una canción machacona sonando desde un bar cercano. Recordaba unos labios recorriéndome el cuello. Unas manos estrujándome el culo, Dios mío. Y los chillidos de alguien muy enfadado. Deslavazados retales de memoria trataban de cobrar sentido en mi cabeza: una bronca, insultos, un brazo que tiraba del mío, recriminaciones, de nuevo un profundo sentimiento de vergüenza. Una frase, una frase que se estampó contra mi rostro como una bofetada.

—¡En qué coño pensabas, en qué coño estabas pensando!

LUCÍA

Me despierta un fuerte dolor en la mano. La tengo hinchada. Morada. Un montículo en la parte superior. Dedos convertidos en butifarras. Nunca hasta ayer le había pegado a nadie. Puto Glenn Dakota. Puta Gloria con su bebe, bebe. Qué fin de fiesta más desastroso. Es temprano, pero no me apetece ir a correr. Se supone que íbamos a ir a Bajamar esta mañana, pero dudo que Isa y Gloria puedan moverse de la cama.

Gloria aparece por la cocina. Rímel corrido, moño hecho trizas. Se sirve un vaso de agua y se sienta en un taburete. Me mira con estúpida cara de guasa. ¿Qué es lo que le hace tanta gracia? «Me sorprende verte tan pronto», le digo, «creía que amanecerías a las mil». «¿Por? Tampoco iba tan mal». «Creía que sí, después de la reacción que tuviste con lo de Isa». Gloria suelta una risita. «¿La reacción que tuve yo? Te recuerdo que fuiste tú la que se lio a puñetazos». Otra odiosa risita. «Todavía me cuesta creerlo». La sangre me sube a la cabeza. Subo el tono: «¿Qué es lo que te cuesta creer, Gloria, que tu querido Glenn Dakota se estuviera aprovechando de Isa? ¿Es eso lo que te cuesta creer?» Gloria arquea las cejas. Niega con la cabeza. «Joder, Lucía. Se estaban dando el lote y qué. No es nada que no hayas hecho tú con mil desconocidos». «¿Pero no viste cómo iba Isa? ¡Si no se aguantaba en pie! ¡Si ni siquiera hablaba con coherencia! No sabía ni dónde estaba. ¿Y por qué crees que la separó de nosotras y se la llevó al coche, para hablar de su próximo disco?» «¡Salieron fuera para fumar y para enrollarse! ¡Lo que haces tú cada noche!». Eso me enerva. «¿Y tú crees que Isa es como yo? ¿Alguna vez en tu vida la habías visto comportarse así?» «¿Y acaso tú no la has criticado por ese mismo motivo? ¿Acaso no la has llamado mojigata y aburrida? ¿Qué pasa, que si tú no ligas nadie más puede hacerlo?». La miro con incredulidad. No puedo creer que me salga con esas. Gorda resentida de las narices. «No sé si realmente eres una inconsciente y no te das cuenta de lo que pasó, o te das perfecta cuenta y mientes antes de aceptar tu parte de responsabilidad. Que no paraste hasta que Isa estuvo del revés y por tu puta culpa casi la viola un desgraciado».

Un ruido nos lleva a girarnos hacia la puerta. Isa ha aparecido en la cocina y nos mira con el rostro descompuesto.

GLORIA

Isa parecía un fantasma, tenía la cara entre blanca y verde, los ojos rojos hundidos en profundos socavones negros, párpados hinchados, mirada perdida; se dirigió a la nevera y la abrió con dificultad, como si le costara un gran esfuerzo, se sirvió un vaso de agua, se tomó una pastilla, se sentó en un taburete y, apoyado el codo en la mesa, se llevó la mano a la frente y estuvo un rato así, con la cara tapada. Isa, le dije, Lucía está exagerando, vale, no te rayes. Lucía no dijo nada, pero suspiró muy fuerte como para demostrar su desacuerdo. Isa intentó hablar pero rompió en sollozos: no puedo... esto es horrible... además me encuentro fatal... Lloró un rato más y luego se secó con un trozo de papel de cocina que dibujó unas marcas rojas en su cara. No sé si está exagerando o no, dijo cuando logró tranquilizarse, porque no me acuerdo de nada de lo que pasó ayer, es horrible esta sensación, qué pasó, explicadme por favor, nada será peor que esta incertidumbre; que bebiste algo más de la cuenta y te liaste con Glenn Dakota, nada de lo que preocuparse, mujer, que no pasa nada en absoluto, y aquí Lucía se enfadó, ¡joder, Gloria, claro que pasa, pasa algo desde el momento en que Isa nos está diciendo que no se acuerda de nada! ¿Es que no lo ves? ¡Pasa que jamás debimos haber permitido que ese cerdo se la llevara fuera para hacer con ella lo que le diera la gana, hostias, cómo no puedes verlo! Me doy cuenta entonces de que Lucía está casi llorando, ella, que no llora jamás, que ni siquiera lloró cuando se murió su abuela, ni en el funeral de Xavi ni nada, de pronto tiene los ojos llorosos, y en ese momento me digo, vale, aquí está pasando algo, aquí hay algo más que yo no sé.

ISA

Sus explicaciones fueron abriendo nuevos senderos en mi memoria, todavía penumbrosos y medio obstruidos por el olvido pero capaces de tejer como mínimo un fino hilo conductor sobre lo sucedido. La cosa podía resumirse en unos pocos puntos: tras haber charlado un buen rato a solas con Glenn Dakota y haberme dejado invitar por él a unos chupitos y tal vez a alguna copa, los dos habíamos salido fuera sin avisar a nadie. Al percatarse de nuestra ausencia nos habían llamado, pero ninguno de los dos había cogido el teléfono. Nos habían buscado sin éxito en las inmediaciones del bar hasta que uno de los guiris había sugerido mirar unas calles más atrás, en una explanada de tierra en la que Glenn solía aparcar. La telaraña en mi cabeza perdía espesor a medida que avanzaban en el relato, entre sus agujeros se colaban recuerdos lejanos: el sonido de mis sandalias sobre la arena, mi voz preguntando adónde íbamos, la de Glenn contestando que aquí cerca, aquí cerquita, en castellano, utilizando el diminutivo. Al vernos allí dentro del coche dándonos el lote, los amigos de Glenn e incluso la propia Gloria se habían puesto a silbar y aplaudir. Lucía había reaccionado de manera diferente: había golpeado el cristal con el puño de malas maneras y al salir Glenn Dakota del coche, le había propinado un puñetazo en toda la cara. Una nueva imagen se coló por la grieta, la de un chorro de sangre oscura y brillante resbalando en el surco que separaba una nariz de una boca. Uno de los guiris se había puesto a increpar a Lucía, pero antes de que la cosa fuera a más, yo me había puesto a vomitar sobre las ruedas traseras del coche de Glenn y todavía había vomitado un par de veces más en el camino de vuelta al apartamento.

LUCÍA

Un paquete de tabaco. Esa es la excusa que balbuceó el muy cerdo cuando le pregunté por qué coño la había llevado hasta allí. Para coger un paquete de tabaco olvidado en el coche. «Siento mucho haberos arruinado la noche», dice Isa. Nos apresuramos a contradecirla. Gloria afirma que antes de todo lo habíamos pasado muy bien. Que ella estaba divertidísima. Que hacía mucho que no se reía tanto. Yo asiento, aunque el mal trago final ha empañado el recuerdo de la noche y ahora me es imposible calificarla de divertida. No digo nada porque no quiero echar más leña al fuego. Y porque Isa no tiene la culpa.

Isa se mete otra vez en la cama y aparece un par de horas más tarde. Dice encontrarse algo mejor. Aun así, no tiene ganas de ir a Bajamar. Que vayamos nosotras, que no nos preocupemos. Me parece una putada dejarla sola con la resaca y el mal rollo. Propongo que nos quedemos, pero Gloria salta como una fiera. «¿Pero qué decís? Mañana ya volvemos, hoy es nuestra última oportunidad de ver a Marga. Encontrarla era el propósito de nuestro viaje». Resoplo por toda respuesta. Me parece absurdo que a estas alturas tenga que repetirle que Marga no quiere vernos. Isa, pálida, rendida, se encoge de hombros. «Pues vamos a Bajamar, qué remedio».

GLORIA

No podía creerlo, no podía creer que estas pasaran tanto de todo, que de verdad les importara un pimiento ver o no a Marga, que fuéramos a pasar nuestro último día en Tenerife así, de mala leche, con Isa con cara de muerta mirando a través de la ventana y Lucía malhumorada como si yo hubiera hecho algo malo. Isa ya tenía una edad, joder, se había dado el lote con un tío que no era Carlos, y qué, por favor, qué ganas de montar un drama por eso. Se suponía que ese iba a ser el momento más emocionante del viaje, el reencuentro, al fin, y se lo estaban cargando con sus gilipolleces. Encima sonaba una música de mierda por la radio y Lucía se mostraba inflexible: quien conduce escoge, estaba resentida conmigo y me lo hacía pagar con esa basura. Al llegar a Bajamar propuse ir directamente a casa de Marga, pero Isa dijo de ir a un bar porque tenía ganas de potar, ella se fue al lavabo mientras Lucía y yo pedimos cafés y bocadillos; mientras esperábamos en las mesas a que nos los trajeran, se nos acercó un gordo y nos dijo que teníamos que ponernos la mascarilla, lo que nos extrañó bastante porque normalmente era suficiente con ponérsela al pedir y ya, pero bueno, obedecimos y comentamos la jugada: parece que las cosas siguen complicadas, sí, cuando se ve una luz al final del túnel aparecen nuevos rebrotes, qué horror, de verdad. A partir del lunes se implantará lo del pasaporte de vacunación en Tenerife, dijo Lucía, lo pedirán en todos los sitios, y yo me descuidé y dije, pues me ha ido por los pelos; de inmediato me di cuenta de que la había cagado, de que la había cagado soberanamente. Lucía me miró raro, qué quieres decir, pero antes de poder contestarle me di cuenta de que Isa estaba allí de pie y lo había oído todo; me fulminó con la mirada, clavó en mí sus ojos enrojecidos que echaban chiribitas y dijo, es coña, no, dime que es coña, yo me quedé callada y entonces Isa se enfadó conmigo como nunca jamás se había enfadado antes.

ISA

–¿Estás diciendo que no estás vacunada?

Lo violento de la situación me aceleró el corazón y avivó las náuseas, que amenazaron con hacerme vomitar de nuevo. Gloria se removió y aún tuvo la desfachatez de esbozar una media sonrisa que acabó de hacerme estallar. La realidad se me presentaba difusa y lejana, como protagonizada por alguien ajeno a mí, a la manera de un sueño. Era posible que todavía estuviera algo borracha de la noche anterior, y tal vez por eso no me acompañaba mi acostumbrada prudencia. Me sentía traicionada y muy enfadada. Desde fuera me contemplé alzando el tono de voz.

–¿Estás diciendo que nos has mentido descaradamente y nos has puesto en riesgo? – Gloria dijo algo, pero no la dejé terminar–. Sabes perfectamente que jamás habría accedido a hacer este viaje de haber sabido que no estabas vacunada. Puede que a ti no te importe esto del virus, no debe de importarte si obligas a tu madre a cuidar a niños que han estado en contacto con positivos, pero a mí sí me preocupa. Me preocupa mi madre que ha sobrevivido a un cáncer y me preocupa mi padre que tiene ya una edad, y los he puesto en peligro por tu culpa. No solo por este viaje, sino por todas las veces que hemos quedado y luego he quedado con ellos. Tú callada, claro que sí. ¿Y se puede saber por qué no te has vacunado?

–Fue un poco por accidente... Cuando me citaron estaba muy constipada y pensé que no era el mejor momento. Y luego pasaron los días y salió lo de los trombos por la tele y me entró miedo. Todavía no están tan claros los efectos secundarios, el tiempo medio de ensayo clínico de una vacuna es de año y medio, ¿y sabes cuánto han tardado para esta...?

La interrumpí:

–¿Ahora sabes más tú que la comunidad científica? Por favor. De todas formas, si eres tan ignorante como para no querer vacunarte, tú misma, ¿pero mentirnos? Eso es imperdonable.

No estaba acostumbrada a hablarle así a la gente y tal vez por eso me temblaba la voz, las piernas, las manos. Una nueva arcada se abrió paso por mi organismo agitado y me apresuré hacia al lavabo para darle salida.

LUCÍA

Nos quedamos sin palabras. Gloria mira por la ventana para ocultar su conmoción. Suscribo todo lo dicho por Isa, pero me da pena ver a Gloria tan desarmada. La situación es grave, nunca hemos visto a Isa así. ¿Y si no es capaz de perdonarla? Tras unos segundos de silencio, Gloria trata de quitarle hierro al asunto: «Se ha quedado a gusto», dice.

Me explica que tras el constipado llegó a concertar una nueva cita, pero que David la acabó convenciendo de no presentarse. No lo veía claro. No había necesidad de arriesgarse. Ya se vacunarían más adelante si se demostraba que todo iba bien.

Me muerdo la lengua para no decirle que ese es el argumento más egoísta que he oído en mi vida. No entiendo que alguien con tanta personalidad como Gloria pueda dejarse manipular por ese patán, aunque esto no es una novedad. La vara de medir que Gloria utiliza con David es diferente a la que utiliza con el resto del universo. A él se lo tolera todo. Que se meta con sus padres. Que decida la comida de su plato. Que se escuche música que no le gusta. Le tolera incluso no ser melómano, afrenta imperdonable en cualquier otro ser viviente. Lo de la vacuna es solo la punta del iceberg.

Isa vuelve un rato después con muy mala cara. Ha visto un hotel por allí cerca. Va a coger una habitación para descansar. Pasa de ir a ver a Marga. Iba a hacerlo por Gloria, pero ya no le merece la pena el esfuerzo. Se despide solo de mí: «Nos vemos por la tarde, llámame cuando queráis volver».

GLORIA

Isa ha perdido la cabeza con todo esto del virus, no es normal esta reacción, dije, y Lucía me miró con severidad: no deberías haber mentido, es una falta de solidaridad no vacunarse, pero mentir sobre ello ya es el colmo. Estuve a punto de replicarle que no habría mentido de no haber estado Isa obsesionada y medio loca con ese tema, pero finalmente me eché para atrás porque solo me faltaba que Lucía se pusiera también en mi contra. Me sorprendía además que no tuviera ningún interés por reencontrarse con Marga, incluso me parecía una falta de consideración teniendo en cuenta todas las molestias en las que había incurrido para llegar hasta allí: contratar a un detective, pagarlo, organizar el viaje, en fin, mejor pensar en otra cosa y no hacerme mala sangre. Según el informe de los detectives Marga no vivía lejos de donde estábamos, en una casa a apenas diez minutos en coche, y hasta allí nos dirigimos una vez nos fuimos del bar. Yo estaba nerviosa, pero no me apetecía compartirlo con Lucía ya que ella se mostraba apática, cero emocionada con toda esta historia, lo que me hacía sentir a mí ridícula e infantil; se suponía que iba a ser una aventura excitante y en cambio iba a acabar siendo de lo más deprimente. Me sentí muy sola y muy triste y de pronto me sorprendí pensando en Marga como en mi amiga de entonces, alguien que pudiera darme consuelo en ese momento de mierda, como si tras la puerta de la casita adosada fuera a encontrar a la vieja aliada con quien soñaba con viajar y cantar por el mundo en vez de a la desconocida en la que se habría convertido tras todos estos años. Cogimos de nuevo el coche y aparcamos frente a su casa, situada en una zona residencial a pocos metros de la carretera principal. Paredes blancas, geranios en los balcones, vegetación asomando por detrás que insinuaba la existencia de un pequeño o no tan pequeño jardín; pues no se lo ha montado mal nuestra Marga, no, dice Lucía con retintín, y ese tonito suyo me disgusta; no sé muy bien por qué, me da rabia que se sorprenda por eso, como si no hubiera dado un duro por Marga y le extrañara que viviera en una casa agradable, no sé, supongo que estaba de mal humor por lo sucedido con Isa y cualquier cosa me irritaba. El corazón me iba a mil por hora cuando llamé al timbre de la casa, pero seguí con mi cara de palo, si se trataba de una competición para ver quién demostraba menos interés yo iba a ganarla, faltaba más. Había imaginado ese momento muy diferente, las tres con la risa floja de nervios, sujetándonos de los brazos y apretando los dientes, con los ojos brillantes y un venga, va, vamos a tranquilizarnos, que tenemos una edad, y Marga pensará que estamos perturbadas, pero nada de eso, en su lugar dos tías rancias con

cara de palo frente a su puerta. No acudió nadie al primer timbrado, tampoco al segundo ni al tercero, joder, no me jodas, eso sí que no me lo esperaba. Miré a Lucía, qué hacemos, ni idea, qué quieres hacer, no lo sé, paseamos un poco y probamos luego de nuevo, vale, caminamos sin rumbo por la zona, casas blancas con jardincito, algunas más grandes y otras más pequeñas, una explanada con vegetación asilvestrada, plantas de agave que escapaban de un muro de piedra, terrazas y tejados de color naranja, árboles desnudos con unas garras que arañaban las farolas, bajamos, y bajamos un poco más hasta llegar al mar, atravesamos un muro blanco con grafitis y nos adentramos en una playa de arena volcánica, la alta marea la había convertido en una franja oscura. Un baño, propongo, y Lucía, vale, aunque el mar parece revuelto, mira todos esos surfistas allá al fondo, tan felices, y era verdad, había mucho surfista en el agua y muy poca gente en la playa, solo un grupo de jóvenes y una guiri con un niño que intentaba hacer volar una cometa. Extendimos nuestras toallas y nos quedamos en traje de baño, pero el viento nos disuadió de bañarnos; me habría gustado apuntarme a algún curso de surf, dijo Lucía, además, el novio de Marga ¿no era profe?, pues habría sido la excusa perfecta, lo probé hace años en el País Vasco y me lo pasé pipa, aunque no fui capaz de pillar ni una ola. Yo la escuchaba mientras observaba distraída a un surfista que salía del agua, aparcaba la tabla en la zona donde estaba la guiri con su hijo, se quitaba el neopreno y ayudaba al niño a hacer volar la cometa. El viento nos hizo llegar alguna frase suelta, hablaban en perfecto castellano, no eran guiris después de todo, me fijé en la madre y tuve una revelación en el mismo momento en que Lucía la tuvo también. Nos miramos, ojos muy abiertos, labios apretados, estás pensando lo mismo que yo, sí, creo que sí, podría ser desde luego, podría serlo perfectamente. Tenía su pelo y su estatura, pero la distancia a la que nos encontrábamos nos impedía estar seguras al cien por cien, venga, vamos allá, vamos a acercarnos y si es Marga hablamos con ella. Ay, Dios, el corazón disparado y las piernas temblorosas sobre la arena que ardía, miré a Lucía y ella sonrió y pude verlo en sus ojos, ahora sí, ella también estaba emocionada por reencontrarnos con Marga, al fin, nuestra amiga desaparecida de un día para otro, nuestra cómplice de risas y lágrimas, la que me escribía notas en la agenda cachondeándose de los profesores y me llamaba por las tardes solo para hablar; tantos planes que nunca llegamos a hacer, tantos castillos en el aire, viajes y romances en el horizonte al son de guitarras estridentes y golpes de batería, las risas en la fuente y las costras en las rodillas, tan cerca y tan lejos la eterna primavera de nuestras infancias y juventudes. Pensaba en todas esas cursiladas en vez de en lo importante, en lo que tocaba: qué íbamos a decirle, cómo justificar nuestra presencia allí, no podíamos escudarnos en la casualidad, no después de haberle dejado una nota a sus compañeros de trabajo. Anduvimos sin hablar, Lucía sujetándose el sombrero para que no se le fuera volando, yo observando tras mis gafas de sol cómo a cada paso cobraba nitidez el rostro de nuestra vieja amiga y el presentimiento se pintaba de realidad, era ella, era Marga, no había duda, qué decir, qué hacer, llegó el momento de detenernos, ya casi estábamos a

su lado pero ella no nos prestaba atención, atenta como estaba al vuelo de la cometa de su hijo. Me fijé entonces en el niño, en ese niño rubio y bronceado que correteaba bajo el sol, justo en ese momento se giró y le vi la cara: algo se detuvo de pronto, la sangre abandonó mi rostro, las piernas me flojearon y le dije a Lucía no te pares, sigue andando, y ella, por qué, y yo, fíjate en el niño, en su cara, fíjate en su cara, no te acuerda a alguien. Lucía me miraba sin entender, se giró porque ya lo habíamos dejado atrás pero no consiguió verle la cara, por lo que seguía sin saber de qué estaba hablando; entonces deshizo sus pasos para acercarse de nuevo e hizo ver que buscaba algo en la zona donde se encontraba el niño, que siguiendo el vaivén de la cometa estaba en ese momento bastante separado de sus padres. Contuve la respiración al ver que el niño se la quedaba mirando con curiosidad; al darse cuenta, Lucía le sonrió y se dio media vuelta.

ISA

En el hotel me dijeron que solo tenían la *suite* con vistas preparada a esa hora y que si quería otra más económica tendría que esperar hasta las dos. Pagué sin rechistar, en ese momento habría donado un riñón con tal de poder estirarme un rato. El malestar se agravó a medida que me acercaba a la habitación, como si mi cuerpo tuviera conciencia de que el descanso estaba próximo y me metiera prisas. Inserté la tarjeta en la ranura y cerré la puerta tras de mí: el contacto del aire acondicionado con el sudor que envolvía mi cuerpo me hizo estremecer. Tras pasar por el lavabo, me dejé caer sobre la cama y enterré mi rostro en la almohada. Me costó dormir a pesar del cansancio extremo, el dolor físico se mezclaba con la vergüenza y el rencor y tejía en mi interior una maraña de malos sentimientos que me impedían conciliar el sueño.

El tema de la vacuna había sido tan solo el catalizador del resentimiento que sentía por Gloria a raíz de los acontecimientos de la víspera. Por supuesto estaba siendo injusta, yo era responsable de mis propias decisiones y no tenía sentido culpar a terceras personas por mis actos, pero ese penumbroso estado en el que me encontraba acentuaba mi lado más inmaduro y mezquino. Nada de eso habría sucedido de no ser por Gloria, me decía, ni habría bebido como una cosaca, ni me habría liado con ese asqueroso, ni el día de hoy estaría siendo tan espantoso.

Acabé por caer y dormí del tirón casi dos horas. Al despertar me encontraba mejor, el martillo que repiqueteaba en la frente había aflojado su cadencia y los pinchos en el vientre parecían haberse redondeado. La destemplanza del ánimo era la misma, pero había mutado del enfado a la tristeza. El descanso me había concedido la lucidez necesaria para darme cuenta de que yo era la única responsable de encontrarme en esa situación. Mi debilidad, mi sangre de horchata me habían llevado hasta allí. Era como un muñeco de barro que todos manoseaban a su antojo, como una pasta maleable que se adaptaba a cualquier recipiente. No sabía imponerme, ese era mi problema, y así me iba, todo el mundo me tomaba el pelo: los alumnos en la clase, mis amigas en los viajes, los babosos en los bares.

Tenía una llamada perdida de Carlos, pero no me veía con ánimos de hablar con él. No tenía ganas de mentirle, tampoco de decirle la verdad. Su recuerdo había dejado de ser un pensamiento cálido para convertirse en una espina. El pobre Carlos preparando bocadillos para todas, dándome instrucciones sobre cómo recuperar los geranios, soportando durante años mis tristezas y mis inseguridades. Así se lo pagaba,

cogiéndome la peor trompa de mi vida y dejándome meter mano por un viejo rockero. A Carlos no se le podía ni pasar por la cabeza que yo fuera capaz de algo así. Su confianza en mí era ciega e incondicional, y esa feliz circunstancia se volvía ahora en mi contra como una manzana envenenada. Porque sí, yo iba borrachísima la noche anterior, ¿pero podía echarle toda la culpa al alcohol? ¿Acaso no llevaba un buen rato hablando con Glenn antes de lo sucedido, acaso no le había dedicado la canción y le había sonreído pícaramente desde la distancia? ¿Acaso no me masturbaba pensando en otros, acaso no envidiaba esa libertad de Lucía para acostarse con quien le viniera en gana? Me lo había buscado, estaba claro. Algo en mi subconsciente reprimido había aflorado a la superficie y me había llevado hasta ese coche. Al fin y al cabo Glenn Dakota era un ligón consumado que no necesitaba aprovecharse de nadie. Yo le había dado motivos para creer que podía besarme, manosearme y follarme, que es lo que habría hecho de no haber aparecido Lucía. De nuevo apareció el fogonazo de sus labios en mi cuello y el malestar de mi interior se extendió como la gelatina. Me tapé hasta arriba como queriendo ocultar los malos pensamientos. Me lo había buscado y esa resaca era lo mínimo que merecía.

LUCÍA

Asiento. Sé a lo que se refiere. Ese rostro me es muy familiar. Es el rostro de alguien muy cercano, pero no caigo, ¿es a Marga a quien me recuerda? Se le da un aire, pero no es ella. No. No es ella a quien me recuerda. Es otra persona. El niño nos mira desde la distancia como si percibiera nuestra atención. Una voz, la de Marga: «¡Carlos, ven aquí, no te alejes tanto!». Vuelvo a mirar al niño. El corazón me da un vuelco. Miro a Gloria. Ella asiente. Me llevo la mano a la boca. «¿Qué hacemos?». No me contesta. Seguimos mirando a Marga y a su hijo desde la distancia. Estamos las dos en estado de *shock*. Permanecemos así un rato más hasta que Gloria dice: «Vamos», y se pone a andar en dirección a Marga. Yo le cojo del brazo: «Espera, ¿qué quieres hacer? Tenemos que pensar cómo actuar». «Quiero hablar con ella. Quiero pedirle explicaciones». «No te las debe, Gloria. Han pasado diez años. Nosotras la hemos espiado y la hemos perseguido contra su voluntad, ella no quería ser encontrada. Ahora sabemos por qué».

GLORIA

Que no, que me niego a dejarla escapar, sí, hombre, que no me da la gana, después de tanto dinero y de tanto esfuerzo, venga ya, que no, hombre, que no, que yo voy a hablar con ella. Como mínimo ponerla en un aprieto, que nos explique por qué tiene un hijo con la misma cara que el marido de Isa, puto Carlos, qué hijo de puta. Con su carita de no haber roto un plato, qué poca vergüenza. Y Lucía, espera, Gloria, por favor te lo pido, espera un segundo, ¡espera, joder, piensa antes de actuar por una vez en tu vida! Vamos a pensar con la cabeza, por favor. Marga desapareció hace diez años, ¿no?, la misma edad que debe de tener ese niño. Acuérdate, desapareció poco después de que Isa y Carlos volvieran. Fue ese año, el 2010. En ese último cumpleaños en el que la vimos Isa y Carlos ya habían vuelto. Y acuérdate también de que vimos poco a Marga ese año en que Isa enfermó. Yo estaba en Londres y no me di tanta cuenta, pero tú siempre te quejabas de lo colgada que habías estado, conmigo fuera, Isa deprimida y Marga que nunca podía quedar, ¿no te acuerdas? Eso decías siempre. Y Isa es la primera en saber que Carlos estuvo con otras cuando lo dejaron, él nunca lo negó, así que no hay razón para insultarle, después de todo no estaban juntos. Asentí, pero todavía estaba descolocada, me costaba asimilar todo aquello; por mucho que Isa y Carlos no estuvieran juntos era muy feo lo que habían hecho, más encontrándose Isa como se encontraba, con una depresión de caballo. Pero tú crees que Carlos no sabe que tiene un hijo, le pregunté, porque yo veo difícil ocultar algo así. Y Lucía, estoy segura de que no lo sabe, de haberlo sabido habría querido formar parte de su vida, no me cabe duda, por mucho que no estuviera con Marga habría querido implicarse, con lo responsable y buenazo que es, y se lo habría explicado a Isa lo primero de todo, claro está. Por eso Marga huyó de un día para otro, por eso se largó sin mirar atrás y su madre nos dijo que dejáramos de buscarla y nos olvidáramos de ella. Marga quiso desaparecer y criar a su hijo sola, sin Carlos y sin nosotras en su vida. Me atrevería incluso a decir que Marga estaba enamorada de Carlos y que si desapareció fue precisamente para no fastidiarle, porque sabía que él quería a Isa y que probablemente no habría vuelto con ella de haberse enterado que esperaba un hijo suyo. Me quedé pensativa, sí, es posible que así fuera la cosa, al fin y al cabo su hijo se llamaba como él. Y me remonté a esos tiempos lejanos en los que vestíamos uniforme y nos reíamos por los pasillos, y pensé en esa realidad que existió antes de que Isa y Carlos empezaran a salir y me sorprendí al encontrar recuerdos de esos sentimientos de Marga hacia Carlos, sentimientos infantiles

que no iban más allá de querer sentarse cerca en la hora del patio o nombrarlo como primera opción en el juego de diez chicas, diez chicos, sentimientos a los que nadie dio mayor importancia y que quedaron sepultados en el olvido desde el momento en que Isa y Carlos empezaron a salir, pero que allí estaban y que tal vez habrían condicionado de manera decisiva todo lo sucedido después.

ISA

Bastante más recuperada tras la siesta, decidí amortizar la habitación y prepararme un baño. Volqué los jabones de cortesía colocados sobre el lavabo y llené la bañera con agua demasiado caliente, tanto que me costó entrar en ella y tuve que rebajarla con posteriores chorros de agua fría. Al salir le envié a Lucía la dirección del hotel y les ofrecí darme un baño en la piscina. Seguía enfadada con Gloria, pero sabía que tendría que hacer las paces con ella más pronto o más tarde, por lo que no tenía sentido retrasar el momento. Luego, llamé a Carlos. Le conté que la noche anterior había querido paliar con alcohol los dolores de la endometriosis y que hoy había tenido una resaca espantosa hasta el punto de abandonar a las chicas en su expedición en busca de Marga.

–Pobrecilla –dijo–, ¿y ahora cómo te encuentras?

–Mejor, parece que empiezo a levantar cabeza. Carlos...

–¿Qué?

–Si finalmente lo del *in vitro* fuera bien y todo tirara hacia delante, ¿crees que sería una buena madre?

Al otro lado de la línea, Carlos se rio.

–¿A qué viene esto ahora? Por supuesto que serías una buena madre. Serías la mejor de las madres.

Sonreí, pero los ojos se me humedecieron. Porque una buena madre no habría hecho nada de lo que había hecho ella: cogerse una cogorza monumental, dejarse meter mano por un rockero, pasarse el día de resaca vomitando. Tampoco una buena esposa, y tal vez Carlos mereciera saberlo. Tal vez Carlos mereciera saber el tipo de persona con la que estaba casado.

LUCÍA

Gloria pone el grito en el cielo. «¿Qué pasará cuando ese niño crezca y quiera saber quién es su padre? ¿Y no tiene Carlos derecho a saber que tiene un hijo?». Trato de hacerla entrar en razón. Le digo que imagine las consecuencias de desvelar semejante secreto. El mazazo que supondría en las vidas de Carlos y de Isa, ahora que además tratan de ser padres. El mazazo que supondría en la vida de Marga. Del surfero que ejerce de padre en funciones. Del propio niño. Nosotras no tenemos derecho a desvelar un secreto de tal magnitud. No tenemos derecho a conocerlo siquiera. «¿Qué hacemos, entonces, nos vamos sin más?», dice. Hemos andado sin rumbo fijo por la playa y ahora nos encontramos casi en la orilla. El viento nos despeina. Las salpicaduras del mar humedecen nuestros rostros. Gloria se gira hacia donde está Marga con su familia: unas siluetas en la distancia. Yo asiento, pero ella se resiste. «Joder, Lucía, no podemos irnos sin más. Es Marga, nuestra Marga. Y está allí, a unos pasos. No volveremos a tenerla tan cerca». «¿Qué es lo que te impide marcharte sin más?», le pregunto, «¿el temor a no volver a verla?». Ella asiente, al borde de las lágrimas. «Pero es que eso ya ha sucedido, Gloria, no vas a volver a ver nunca más a esa Marga de tu juventud. Esa persona ya no existe más que en tu recuerdo. Marga ha continuado su vida y ha escogido mantenernos al margen. Tiene derecho. Tú deberías hacer lo mismo. Esos tiempos fueron muy bonitos, pero ya pasaron. Tienes que dejarlos ir...»

GLORIA

Supongo que tenía algo de razón, pero me daba rabia admitirlo porque hacerlo suponía reconocer que aquella expedición había sido un error desde el principio y porque no estaba preparada para dejar todo eso atrás, esos años en los que se respiraba la primavera en las calles, en los que tras la lluvia olía a pino y a tierra mojada, en los que por mis auriculares sonaban canciones que me conmovían hasta arrancarme las lágrimas. Necesitaba algo de la Gloria de entonces para enfrentarme a esa vida en la que despertaba con ojeras y en la que todas las canciones sonaban mediocres; pero Lucía se rio y me llamó ingenua, y me dijo que tenía todas las de perder si persistía en continuar encerrada en el tramposo refugio del pasado, que la nostalgia era una quimera y que llegaba un momento en que había que plantarle cara. Que sonaban canciones de mierda por la radio cuando teníamos quince, veinte, veinticinco años y seguirían sonando siempre, pero que también sonarían otras que me ilusionarían y me arrancarían canturreos de los míos. Y me di cuenta de que tenía toda la razón, y de que en vez de perseguir a amigas del pasado tenía que valorar a las del presente: a esa Lucía pragmática que me anclaba los pies en la tierra y me hacía ver que soñar era importante pero también lo era seguir andando, a esa Isa generosa y comprensiva que siempre estaría dispuesta a perdonarme. Que en casa me esperaban Joan y Sofía, dos seres maravillosos que dependían de mí y me querían con locura, que si seguía balanceándome en mis telas de araña me perdería cómo crecían, que tenía que llevarles al Tibidabo y de paseo en Golondrina como mis padres habían hecho conmigo, y hacerles ver lo únicos, maravillosos y especiales que eran. Que el presente, el presente era lo único que importaba, el viento que soplaba en ese momento, la arena húmeda y negra bajo nuestros pies, las olas que plas, plas, se estrellaban contra las rocas. Nos giramos hacia Marga por última vez y vimos que la cometa había enloquecido al ritmo del ventarrón, que ahora volaba completamente descontrolada y parecía tener vida propia. El pobre niño correteaba agotado, pero la cometa estaba desbocada y oscilaba con cada vez más violencia hasta el punto de que llegó un momento en que se le escurrió de las manos. ¡La cometa! Marga, el surfero y el niño corrieron para alcanzarla, pero al momento se dieron cuenta de que no había nada que hacer y observaron entristecidos cómo tras dibujar frenéticas espirales, se perdía en la inmensidad del cielo. Y de pronto el viento arrastró unas palabras, las de Marga, que presa de un arrebató de extraña

euforia decía: ¡No pasa nada, buen viaje, cometa!, mientras oscilaba el brazo de un lado para otro, ¡despídete, Carlos, cántale una canción de despedida!

ISA

–¿Qué pasa, Isa? –me preguntó Carlos–. ¿Estás bien?

Imaginé su rostro preocupado, su mirada concentrada en un punto, bajo sus cejas fruncidas, y esa imagen estrechó todavía más el nudo de mi garganta. Negué con la cabeza como si pudiera verme.

–El caso es que ayer... –las lágrimas convirtieron la habitación en un revoltijo de colores y formas–, ayer pasó algo de lo que me arrepiento.

–¿El qué?

–Pues fuimos al bar ese y vimos a Glenn Dakota...

El sonido de unos nudillos contra la puerta me interrumpió.

–Carlos, perdona, que acaban de llegar las chicas –las insté a pasar y les hice un gesto para que esperaran un momento–. ¿Te puedo llamar luego?

–Claro, pero ahora me has dejado preocupado. ¿De qué te arrepientes? ¿Estás llorando?

–No, bueno, el tema es que bebí mucho. Demasiado.

Se me quebró la voz. Sentí entonces que alguien me cogía del brazo. Me volví y vi a Gloria, que me miraba con severidad mientras negaba con la cabeza.

–Ni se te ocurra –susurró.

Al ver que dudaba, se me adelantó.

–¡Carlos! –chilló– Que tenemos a Isa un poco pocha porque ayer bebió por encima de sus posibilidades y casi le vomitó encima a Glenn Dakota. Hoy está de resaca, avergonzada y lo ve todo negro. Nada que no pueda superarse con descanso.

–¡O con otra cogorza! –bromeó Lucía, también alzando la voz para que Carlos pudiera escucharla.

Carlos se rio al otro lado de la línea.

–¿Le vomitaste a Dakota? Madre mía, debió de ser una noche para recordar. Bueno, ya me contarás. Te dejo con las chicas, que acabéis de disfrutar de vuestra última noche.

LUCÍA

Solas en la piscina. Silencio y brisa. Algún pájaro lejano. El reflejo de hamacas y plantas sobre el agua tranquila. Una luz azulada desde el cielo. Las tres sentadas en el bordillo, con las piernas en el agua. Pienso en Marga a los veinticinco. Embarazada, tal vez enamorada del novio de una amiga. ¿Qué habría hecho yo en su lugar? Abortar. Callar para siempre. Seguir con mi vida. Marga había cortado con todo para criar a su hijo sola en esa isla. Había que tener las cosas muy claras para hacer algo así. Estar muy segura de lo que se quiere. ¿Quién lo habría dicho de esa Marga que lloraba por los tíos que no le hacían caso en las madrugadas de borrachera?

La vida nos lleva por caminos inesperados. Extraños. A menudo contradictorios. Allí estaba yo disfrazada de mujer fría y autosuficiente, con la molestia de Carla entre las costillas. Presumiendo de vivir siempre al día, pero incapaz de hablar de algo sucedido veinte años atrás. Recelando de las exaltaciones feministas de las amistades de Gloria y soltando puñetazos a cerdos en los bares. Allí estaba Gloria, la reina de la opinión contundente y la reivindicación antipatriarcal, sometida a los caprichos de su pareja. Quitándole importancia a lo que había pasado la noche anterior. ¿Cómo no se daba cuenta de lo turbio de aquel asunto? Quería creer que había sido el alcohol. Al fin y al cabo, ella misma había confesado tener cierta confusión sobre lo sucedido. Creía que habíamos encontrado a Glenn y a Isa apoyados en el capó del coche en vez de dentro. Un detalle aparentemente trivial que para mí tenía gran trascendencia. Como el hecho de que Luis hubiera esperado a que todo el mundo durmiera para entrar en mi habitación aquella Nochevieja. Lo que marcaba la diferencia entre una borrachera que se va de las manos y una violación. Yo también tenía cierta confusión sobre lo sucedido veinte años atrás. Me había ido a dormir borracha y agotada. Me había despertado con dolor de cabeza y sangre entre las piernas.

GLORIA

Qué bonita la piscina convertida en espejo, con las nubes y las terrazas flotando en agua, con las piernas dibujando ondas sobre las que se escurría el abrazo naranja del atardecer. Isa apenas había hablado desde nuestra llegada, ninguna lo había hecho en realidad, estábamos las tres medio hipnotizadas con la placidez del entorno, los ojos flotando en el azul, los pensamientos a saber dónde, probablemente lejos, muy lejos de allí. Los míos seguían en Marga y en su hijo, en el secreto enorme que nos llevábamos con nosotras, en el abismo que nos separaba de Isa de pronto, en las decisiones que tomábamos, a veces sin pensar, que marcaban el devenir de nuestra existencia. Marga decidió huir, nosotras hemos decidido callar, y esperaba que no tuviéramos que arrepentirnos de nuestra decisión porque decisiones como aquellas eran capaces de dinamitar parejas y amistades para siempre. Era tiempo de pasar página, de soltar el cordel de la cometa y ver flotar por los aires los pósters de Unfocused, y las risas de Marga, y las charlas con Fer, y decirles adiós, ¡adiós y buen viaje!, pero también de recuperar lo que se me había escurrido entre los dedos, de rescatar ese trozo de mí sepultado bajo el corsé de la vida doméstica que oprimía demasiado, de luchar por mi espacio, por muy reducido que fuera, por mi derecho a tocar la guitarra o ir a algún concierto de vez en cuando. Y no todo había sido culpa de David, ni mucho menos, yo había tenido parte de culpa al apostar todo por esa nueva vida familiar, al aceptar como propias las rutinas de David en busca del orden que jamás había encontrado en las mías, al propiciar roles y dependencias absurdas y tolerar lo intolerable por miedo a la soledad y al abandono. Y a veces me escudaba en él para justificar mis errores, porque a mí ya me había ido bien enterrar la guitarra en el altillo y olvidar las frustraciones de no haber logrado lo que me proponía, eso no había sido culpa suya por mucho que prefiriera pensar que sí lo había sido para librarme a mí misma de semejante carga, y había sido yo la que había escogido someterme a su disciplina alimentaria, ya que cuando lo conocí tenía un serio problema con la comida, que me empapuzaba sin control y a veces vomitaba, y al pedirle ayuda a él en vez de a un profesional había descargado mi problema en la persona equivocada. Con frecuencia lo utilizaba como pantalla tras la que esconderme, como había hecho unas horas atrás con el tema de la vacuna, le había dicho a Lucía que él me había convencido para no vacunarme pero eso no era verdad, en realidad no me había vacunado por pereza y porque primero me constipé y tuve que cancelar la visita y cuando me la volvieron a

concertar se me olvidó presentarme y luego ya me dio palo concertarla de nuevo, que cierto era que su discursito de nos están manipulando no ayudó, pero él jamás me había presionado para no vacunarme. Expliqué esto último en voz alta, Lucía soltó un bufido mezclado con una risa lastimosa y dijo, pues ya te vale, Gloria, y Isa me miró seria y me dijo que este caos mío pasaba de castaño oscuro y que no era cosa de broma, que tenía que hacérmelo mirar.

ISA

El cielo desprendía una estela rosácea que caía sobre los demás colores como una caricia. Ese bálsamo lumínico tuvo efecto en mi ánimo, que se recuperaba en paralelo a mi cuerpo. Poco a poco habían cesado las náuseas, se amortiguaron los pinchazos y lo sucedido esta mañana y la noche anterior adoptó un cariz lejano. Gloria se había disculpado a su manera: la dejadez parecía haber condicionado sus actos más que la malicia o la estupidez, aunque algo de eso último también había. Nos bañamos en la piscina, estábamos solas e impregnaba el aire una profunda sensación de tranquilidad. Al caer la tarde, cogimos el coche de vuelta a Santa Cruz para pasar allí nuestra última noche. Cuando estábamos a punto de llegar al apartamento caí en la cuenta de que se me había olvidado preguntarles por Marga y que ellas tampoco habían comentado nada al respecto. Su respuesta cuando lo hice fue decepcionante.

—Nos abrió la puerta el novio y nos dijo que Marga se había ido fuera a pasar el fin de semana. Así que nuestro gozo en un pozo —dijo Lucía.

Miré por el retrovisor a Gloria, que por primera vez desde que iniciamos el viaje se había ofrecido a sentarse detrás en vez de ocupar directamente el asiento del copiloto como había hecho hasta ahora. Al encontrarse nuestros ojos en el espejo, Gloria se encogió de hombros.

—Qué se le va a hacer. El destino no ha querido que nos encontráramos, así que... Adiós, Marga —dijo, y luego instó a Lucía a subir el volumen de la canción que sonaba en ese momento en la radio y se lanzó a cantarla con entrega.

LUCÍA

Madrugo al día siguiente para correr antes de ir al aeropuerto. Hace mucho calor aunque el sol todavía está bajo. Me muevo con torpeza como si cargara con un peso. Normalmente no me cuesta volver a Barcelona tras un viaje. Me gusta mi piso. Mi rutina. Mi trabajo. Esta vez es diferente. Esta vez tengo algo oscuro y apretado dentro. La fiesta de Cristina me aterroriza. Imagino a Luis yendo de amigo de mi padre. Dándoselas de cariñoso. Rodeándome el hombro con el brazo mientras me llama hermanita. La brisa matinal me quema en el cuello. Baja un poco más y se me atasca en los pulmones.

Suena una canción ochentera por mis auriculares. Una que escuchaba mi madre mientras se emperifollaba para una de sus citas con tíos que siempre le salían rana. Que acababan dejándola por una más joven. O volviendo con sus esposas. O desapareciendo tras un polvo. Y la llevaban a advertirme, con el maquillaje corrido y una copa de más encima: «Hombres. No les des poder o harán contigo lo que quieran».

El suelo se convierte en algo inestable. De nuevo el café convertido en náusea. De nuevo las telas en los ojos. ¿Hasta cuándo va a durar esta mierda? Me niego a marearme cada vez que salgo a correr. Me niego a sentirme así otro día más. Me apoyo en un escaparate. Cojo el móvil. Tecleo: «No vuelvas a dirigirme la palabra. No me llames. No me escribas. No te presentes por mi oficina. De lo contrario, me encargaré de que todo el mundo sepa que eres un violador: tu mujer y tus hijas las primeras».

Le doy al botón de enviar. La sangre me golpea las sienes con brutalidad. Me siento en el suelo. Concentro mi visión en un punto fijo. En el señor del periódico sentado en un banco. ¿Será él también un violador de mierda? Pobre hombre. No tiene pinta. Respiro. Bebo agua. Una vez recuperada, me levanto. Me obligo a completar el recorrido de media hora antes de regresar al apartamento.

GLORIA

Me había despertado con una tristeza enorme pensando en que no volvería a ver a Marcos, los ojos se me llenaban de lágrimas solo de recordar esas canciones a su lado, no me había sentido así en mucho tiempo, si es que alguna vez me había sentido de esa manera. Le invité a desayunar a casa con la excusa de que sobraba un montón de comida que podía llevarse, y llegó sonriente con sus greñas y sus hoyuelos, me dio un abrazo y directamente se fue a la cocina a preparar unos *bloody marys*: te crees que no sé que es por esto que me has llamado, venga, hombre, que nos conocemos; yo reí y mientras le miraba remover el zumo de tomate me encogí por dentro al pensar en lo que sucedería a continuación: nos despediríamos con un abrazo y un estamos en contacto, y en el avión de vuelta a casa yo me sentiría como una mierda por no haber hecho algo más, por haber desperdiciado esa chispa que llevaba tanto sin prender en mi interior, por haberla defraudado en vez de encender con ella un fuego, y me dije que no, que las cosas no podían quedar así, que tras todos esos años destrozada por la falta de sueño y la explotación familiar, convertida en un zombi en cuya vida no había lugar para disfrutar del sexo ni del amor ni de la complicidad con la pareja ni de la amistad ni de nada que no fuera del cariño –agotador– de mis hijos –que era maravilloso, que era lo más bonito del mundo, pero que no era suficiente, no era suficiente para llenar una vida, al menos no la mía–, no podía permitirme el lujo de abandonar esa chispa a su suerte, debía darle una oportunidad, debía cultivarla, recrudecerla y exacerbarla para que ardiera y arrasara con todos esos años de apatía sexual, lanzarme de cabeza a las brasas, incendiarme, incendiarlo todo y revolcarme luego en un torrente de cenizas.

ISA

Preparamos las maletas con diligencia y en silencio, con las puertas cerradas, y cuando las tuvimos listas nos reunimos en el comedor. Pesaba cierta melancolía en el aire de esa mañana de domingo, o al menos así me lo pareció a mí, que tendía a leer sensaciones propias en los rostros ajenos. Estábamos a punto de irnos cuando Gloria cayó en la cuenta de que no habíamos hecho ninguna foto dentro del piso, lo que consideró un error imperdonable que se empeñó en subsanar tras encajar su móvil con el palo del *selfie* y hacernos desfilar por la terraza y el comedor.

Lucía se ofreció a conducir, y ante mi sorpresa, Gloria volvió a cederme el asiento de copiloto en el trayecto de camino al aeropuerto. Normalmente le habría contestado que daba igual, que se pusiera ella, pero esa mañana le dije:

–Vale, gracias.

No sé si se trató de una subconsciente y ridícula represalia por mi parte tras el engaño de la vacuna, o si sencillamente me apetecía ir delante y aproveché la oportunidad. Tal vez una combinación de ambas.

El sol brillaba rabioso a través del parabrisas y su deslumbrante reflejo me obligó a ponerme las gafas de sol. Mi móvil empezó a sonar: era Carlos, que estaba desolado porque le había salido un imprevisto en el trabajo que le impedía venir a recogerme.

–No te preocupes, Lucía nos llevará, no hay problema.

–Ah, genial. Aunque tenía ganas de ir. Estoy impaciente por verte.

Yo también tenía ganas de verle. Por muy bien que hubiera ido el viaje, me apetecía reemprender las rutinas a su lado. Tenía ganas de llegar a casa y encontrármelo silbando en la terraza mientras plantaba un esqueje que le había regalado el vecino, de preparar la cena mientras hablábamos de nuestras cosas y acomodarnos luego en el sofá a ver alguna película antigua.

Tras colgar, aproveché para revisar mi correo y vi que tenía una notificación de que había recibido un mensaje del niñato en Facebook. Lo leí con curiosidad y un leve destello de intranquilidad en el pecho. «Muchas gracias por aceptar mi solicitud de amistad, profesora Puig. Me han parecido muy interesantes tus publicaciones, especialmente el artículo sobre las diferentes traducciones del Génesis y sus consecuencias en la interpretación del texto. No he podido evitar mirar también tus fotos, me ha encantado acceder a esa faceta más personal. Sales muy guapa en todas, espero que no consideres una impertinencia que te lo diga, aunque aún lo estás más al

natural, en clase, con tu mirada escurridiza y tus manos manchadas de tiza. Te deseo unas felices vacaciones y espero que a la vuelta nos podamos reunir para comentar mi tesis. Un abrazo, Ignasi».

Leí el mensaje varias veces con incredulidad. Era del todo impropio para un alumno escribir un mensaje así. Una absoluta falta de respeto hacia mi cargo al tratarme como a una amiga o un ligue en vez de como a una profesora titulada de la universidad. Aun así no me sentía indignada como probablemente debería haberme sentido. La intranquilidad en mi interior seguía allí, pero había adoptado un matiz amable, casi placentero. Me metí de nuevo en su perfil y posé mi mirada sobre su sonrisa insolente, su mirada clara de agua de piscina que parecía meterse dentro de una. Guardé el móvil y me volví hacia la ventana. Me sorprendí negando con la cabeza, como si quisiera compensar con mis gestos lo que no expresaban mis emociones. Porque lo cierto era que sentía una dulce agitación en mi interior, un palpito primaveral parecido al que sentía de joven cuando leía románticos novelones de época. Esa efervescencia en el pecho de cuando Mr. Darcy se le declaraba a Elizabeth Bennet en la lluvia atronadora o de cuando Laurie le decía a Jo que la quería desde el primer momento en que la vio. Un cosquilleo rejuvenecedor, una extraña ligereza de los sentidos. Un sentimiento ridículo y volátil como perseguir el arco iris o la línea del horizonte. Un anhelo tramposo relacionado con viejos sueños de juventud y romanticismo, absolutamente superficial y aun así, suficientemente poderoso como para hacer tambalear cimientos profundos. Un hormigueo que tal vez tuviera que ver, o no, con el recuerdo de una determinada caída del sol en la tarde o el de una mirada casual en una clase con las pizarras levantadas. Una proyección mentirosa y absurda que, sin embargo, me arrancó una sonrisa que Gloria vio a través del retrovisor lateral.

—¿De qué te ríes?

—Nada, tonterías. Carlos, que me ha dicho una cosa que me ha hecho gracia.

LUCÍA

Devolvemos el coche y un autobús lanzadera nos lleva al aeropuerto. Una notificación verde de mi móvil me atormenta. No me atrevo a leerla. Mi hermanastro es un tipo inteligente. Buscará la manera de contraatacar. ¿Podría, incluso, haber olvidado lo sucedido? No. Luis sabe lo que sucedió. Lo sabe muy bien.

A punto de despegar, me armo de valor y deslizo el dedo hacia abajo. El mensaje es de Carla. «Que tengan un buen viaje de vuelta. Siento mucho cómo acabó la cosa la última vez. No he dejado de pensar en ti desde entonces». El corazón se me acelera. Transcribo mentalmente una respuesta sincera: «Yo también lo siento. Tenías razón en todo. Gracias a ti empiezo a enfrentarme a los fantasmas del pasado. Yo también he pensado mucho en ti. Ojalá viviéramos en la misma ciudad». La pienso pero no la escribo. Porque ese nivel de exposición me revuelve el estómago. Esa respuesta me hace sentir tan ridícula que no puedo soportarlo. Esa respuesta me convierte en alguien que no quiero ser. En una víctima. En una persona herida. Blanda. Dependiente. Esa respuesta marca la diferencia entre una mujer fuerte y una mujer débil con una máscara. Llevo demasiados años construyéndome como para descuajeringarme ahora por una desconocida. No le contesto. Busco el contacto del carpintero: «¡Ya estoy de vuelta! ¿Nos vemos esta noche? Te he echado de menos».

GLORIA

Los avisos de las azafatas, los cinturones de seguridad y, tras la espera que siempre se hacía larga, de nuevo estábamos atravesando nubes, sobrevolando el cielo. Pensé en todo lo que había sucedido en ese viaje: había partido siendo una desquiciada que amenazaba de muerte a niños y volvía siendo una adúltera. Adúltera, del latín *ad* (cerca de) y *ulter* (de *alter*, otro), la que está cerca de otro, lo habían explicado en *Saber y Ganar* o algún programa del estilo, qué fantástica definición porque así era cómo me sentía, mucho más cerca de otro que de mi pareja; aunque si nos ajustábamos a esa definición yo había sido adúltera mucho antes de meterme en la cama con Marcos, había sido adúltera desde la noche en que lo conocí en el bar de micro abierto, probablemente incluso antes, porque la distancia que me separaba de David era tal que muchos otros podían campar por ese territorio a sus anchas. De pronto acudió una imagen a mi mente, nos imaginé a David y a mí en un campo de fútbol, David se encontraba en la mitad de campo de un equipo y yo en la mitad del campo del otro, por delante y por detrás de nosotros circulaban jugadores; pensé que la manera de dejar de ser una adúltera no pasaba por expulsar a todo Cristo del campo, sino por reducir la distancia que me separaba de David, empezar a caminar los dos, uno en dirección al otro, hasta encontrarnos en el medio; por supuesto que tener a otro jugador rondando a mi alrededor no iba a facilitar las cosas, pero de nada me serviría librarme de él si tanto David como yo nos quedábamos quietos en nuestras posiciones, teníamos que recorrer esa distancia y dejar al resto atrás. No sé por qué me entretenía pensando en estas chorradas, esa era mi manera de mantener la mente ocupada y así no sentirme culpable por lo sucedido, supongo, aunque lo curioso del caso era que no me sentía culpable, debía de ser una persona horrible, no sé, no me sentía culpable, no, más bien todo lo contrario, me alegraba de haber follado con Marcos, sí, me alegraba, ¡me alegraba!, porque había sido maravilloso volver a sentir, a gemir y a disfrutar, porque llevaba demasiado tiempo descuidando mi cuerpo, encerrando mi deseo, supeditando mi voluntad y mi placer al placer ajeno. Sí, tal vez fuera una egoísta y una cabrona, debía de serlo si acababa de traicionar al padre de mis hijos y no sentía remordimientos, pero y qué, francamente, si ser una egoísta y una cabrona suponía reencontrarme con mi cuerpo y conmigo misma, pues alfombra roja para esa cabrona. Tampoco me sentía triste por alejarme de Marcos, por profunda que fuera la huella que había dejado en mí, tal vez la añoranza llegaría más tarde, quién sabe, tal vez ahora que me veía obligada a

dejar a Marga atrás, la sustituiría por Marcos en mi incomprensible empeño de desear siempre lo que no estaba aquí y ahora, a saber, pero en ese momento me sentía fuerte. Sí, por ridículo que pudiera sonar, me sentía más fuerte y más sabia después de ese viaje y de esa aventura, más capaz de enfrentarme a lo que tenía que llegar ahora que habían quedado al descubierto las grandes carencias de mi relación conyugal, con más conocimientos y herramientas para recuperar el control de mi vida. Volví dispuesta a hacer terapia, ordenar mi mente, reivindicar mis horas de sueño, reclamar un nuevo reparto de las tareas domésticas. Iba a recuperar mi vida como Isa había recuperado los geranios de la terraza, que en cuestión de días habían pasado de ser un matojo de hojarasca seca a unas coquetas florecillas rosadas, iba a regar, a podar, a limpiar el jardín de mi día a día. De manera curiosa esos geranios me servían ahora de fuente de inspiración, como lo hacía también una imagen que se me había quedado grabada: esa sonrisa de Isa en el coche mientras miraba por la ventana al recordar algo que le había dicho Carlos, esa prueba de inequívoca complicidad condensada en un gesto minúsculo y a la vez tan significativo, la prueba más clara de que habíamos hecho bien manteniendo el secreto de Marga a salvo, y una esperanzadora señal de que las relaciones largas y felices eran posibles. Resultaba reconfortante pensar que una relación pudiera durar tanto sin signos de oxidación, y si ellos habían logrado mantener viva la llama tantos años, tal vez también podíamos hacerlo los demás si nos empleábamos a fondo.

Me pregunté cómo debía de ser parecerse a Isa, siempre serena y madura, o a Lucía, tan atrevida y valiente, deseé que se me pegaran algunas de sus virtudes, me dije que a partir de ahora sería un poco más como ellas. Lucharía por salvar mi relación con David, pero no me sometería como había hecho hasta entonces: se había acabado el ceder con todo y el follar por obligación. Y si la terapia no funcionaba, si nada lo hacía y seguían las peleas y la incomunicación, habría llegado el momento de tomar una decisión, pero en ningún caso alargar la hostilidad insostenible de ese último año.

ISA

El avión sobrevolaba Barcelona y las familiares siluetas de la ciudad empezaron a adivinarse desde la distancia. El sol brillaba sobre el trazado cuadriculado de los edificios, el corte en canal de la Diagonal, la costa bañada por el manto azul del mar. Aterrizamos y el aeropuerto nos recibió con su ajetreo cosmopolita. Las intensas corrientes de aire acondicionado del interior de la terminal convirtieron el calor de fuera en una inesperada bofetada en nuestro rostro. Pasaban pocos minutos de las seis de la tarde y el mes de julio ardía sobre el asfalto.

Anduvimos hasta el *parking* y nos subimos al coche de Lucía. Esta vez yo me senté directamente en el asiento de atrás.

—A pesar de no haber conseguido nuestro objetivo, lo hemos pasado bien, ¿no? —dijo Gloria

Lucía se me adelantó al contestar.

—Yo buscaba desconectar y pasar un buen rato con vosotras, por lo que para mí sí se ha cumplido el objetivo del viaje. Lo de Marga siempre fue la excusa.

Contra todo pronóstico, Gloria asintió con la cabeza y no replicó. Me sorprendía gratamente lo bien que se había tomado el devenir de los acontecimientos y así se lo hice saber.

—Yo también creía que me afectaría más, pero este viaje me ha hecho darme cuenta de que no sirve de nada aferrarse al pasado. Que a veces es mejor dejarlo ir y a otra cosa, mariposa.

—¡Solo te ha costado diez años! —bromeó Lucía.

—Lo que me da pena es que el percance con Dakota empañe nuestro recuerdo de Unfocused. Fueron bonitos todos esos años con sus pósters en las paredes y la cabeza llena de pájaros.

Lucía dijo que no tenía por qué, que una cosa era el artista y otra su obra, pero yo entendía a qué se refería. A mí también me daba miedo que ese episodio corrompiera las memorias ligadas a aquel primer concierto de las tres, a aquella noche en que habíamos visto el futuro brillar a lo lejos como un faro y nos habíamos abrazado sintiéndonos invencibles, con la íntima certeza de que seríamos amigas para siempre.

Las cosas habían cambiado desde entonces, no había duda. Tras muertes, nacimientos, enfermedades, recuperaciones, amores y desengaños, la vida se veía desde un prisma más realista, menos ingenuo. Ahora no había certezas sobre amistades

imperecederas, tampoco la promesa inmaculada del futuro por estrenar. Pero las posibilidades seguían amontonándose al girar la esquina y las estaciones cambiarían el color del cielo según cambiaran las temperaturas. Y nosotras estábamos vivas en esa vida en la que todo era impredecible y nada estaba escrito. Por lo que Unfocused era lo de menos. Lo importante eran los momentos compartidos y los que quedaban por compartir. Por mucho que ya no nos viéramos a diario, ni nos contáramos todo lo que nos preocupaba, por mucho que las distancias crecieran con el tiempo y las cosas se complicaran con la edad. Solo nosotras habíamos recorrido ese camino que nos había llevado hasta allí. Eso fue lo que pensé en ese momento y traté de explicar con más o menos acierto.

–Vaya verborrea te ha cogido de repente, ¿no? –se burló Lucía–. Si pareces Gloria. No, qué digo. Te pareces a como estabas cuando le diste al canuto y empezaste a desvariar mirando el mar.

–¿Te acuerdas? Cuando se puso la máscara del Decathlon para pedir. O en el karaoke, ese *this is for you, Glenn!* Qué risa. O ya puestos a recordar momentazos: cuando tú aporreaste a Glenn Dakota en toda la cara, madre mía, fue un puñetazo en toda regla, qué fuerte. Quién hubiera dicho que eras una macarra, tú, que en el cole llevabas la bufanda pija y el colgante del oso ese que parecía que tuviera tetas.

Nos reímos con ganas. Ya nos habíamos distanciado lo suficiente del suceso como para ver su lado cómico. Ya había nuestra sabia memoria arrinconado las penumbras de lo sucedido para inmortalizar en nuestro recuerdo tan solo lo bueno, lo divertido. Ya se habían convertido esas recientes anécdotas en batallitas que Gloria recordaría dentro de veinte años, si seguíamos vivas y seguíamos siendo amigas, cuando quedáramos para cenar en un restaurante y se quejara de lo rápido que había pasado el tiempo. Lucía la reprendería y la instaría a vivir el presente, y yo pensaría en todas las veces que habríamos tenido esa misma conversación. Y quién sabe si Carlos y yo tendríamos hijos para entonces, si la vida se habría mantenido apartada de ese tan temido túnel negro, si seguirían avergonzándose mis fantasías sexuales o se me aceleraría el corazón con las sonrisas arrogantes de los niños estúpidos. Quién sabe si Gloria seguiría con David, si seguiría tocando la guitarra y renegando de la música de la radio, si seguiría siendo tan caótica, difícil y divertida. O si Lucía seguiría fría e implacable, acumulando conquistas sexuales y éxitos profesionales, dejando ver, tan solo muy de vez en cuando, un resquicio de vulnerabilidad que daba la impresión de esconder mucho más. Era imposible saberlo y era mejor así, no se debía desenredar el ovillo del futuro antes de tiempo. Cada día, cada minuto, era una nueva oportunidad de cambio o de permanencia. Todo era azar, todo era maleable, todo era como la brisa o como los sueños.

Lucía arrancó el coche y la radio empezó a sonar a todo volumen, una de esas emisoras que Gloria consideraba demasiado comerciales.

–¿Me dejas conectar mi *bluetooth*? Tenemos que buscarnos un nuevo himno.

–¿Un nuevo himno?

–Ahora que el de Glenn Dakota ha caducado...

Miré por la ventana y me fijé en el trasiego de los coches. Todos aquellos coches ocupados por gentes como nosotras, que volvían a casa o emprendían un viaje, que guardarían secretos y tendrían sus miedos, en cuyos corazones permanecería, tal vez, todavía, la huella de sus amores platónicos. Pensé en Xavi, en el fugaz cruce de miradas de esa otra vida.

Dentro del coche, Gloria acabó convenciendo a Lucía para conectar su móvil.

–Listos –dijo con aire solemne–. La canción que suene será nuestra. La cantaremos a voz en grito y la recordaremos para siempre vinculada a este viaje y a nuestra amistad. ¿De acuerdo?

–De acuerdo.

Puso el modo de reproducción aleatorio y le dio al *play*. El rugido del coche se fundió con la música y a su ritmo, avanzamos hacia nuestro destino.

Canción de despedida
Elisenda Hernández Janés



JUNTA DE EXTREMADURA

Esta novela fue galardonada con el XLII Premio Felipe Trigo, convocado por el Ayuntamiento de Villanueva de la Serena. Formaron parte del jurado, presidido por Juan Eslava Galán, Carmen Blázquez Vázquez, Antonio Barrantes Lozano, Antonio Tocornal, Susana García Nájera, Isabel Román Román, Isabel María Pérez González e Ignacio F. Garmendia

Primera edición en libro electrónico (EPUB): abril, 2023

© Elisenda Hernández Janés, 2023
© Fundación José Manuel Lara, 2023
Avda. Reino Unido, 11, 1ª. 41012 Sevilla (España)

Edición al cuidado de Ignacio F. Garmendia
Maquetación y diseño: Manuel Rosal
Ilustración de cubierta: Shutterstock
Conversión a libro electrónico: Juan José Sánchez Cotes

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

ISBN: 978-84-19132-19-2 (EPUB)